

ALESSE, F., *La Stoa e la tradizione socratica*, Napoli, Bibliopolis, 2000, 387 pp.

Francesca Alesse se ha ocupado especialmente del estoicismo medio, y en este ámbito de estudio ha publicado sus obras *Panezio di Rodi e la tradizione Stoica* (Napoli 1994) y *Panezio di Rodi. Testimonianze* (Napoli 1997).

En este interesante libro que ahora comentamos — publicado como Núm. XXX en la serie de Anejos de la Revista *Elenchos*, Colección de textos y estudios sobre el pensamiento antiguo fundada por Gabriele Giannantoni— F. Alesse se propone estudiar cuántas y cuáles fueron las fuentes socráticas que estuvieron a disposición del fundador de la Stoa al finalizar el s. IV a.C., y cuáles fueron las relaciones que los estoicos de los s. III y II a.C. creyeron poder establecer entre sus propias doctrinas y la tradición socrática.

El libro se articula en tres partes. Tras una breve Introducción (pp. 13-23), la parte primera («La discendenza della Stoa da Socrate», pp. 27-178) trata de reunir todos los elementos útiles que permiten determinar el grado de conocimiento que los estoicos antiguos tenían de la literatura socrática. En este sentido la autora considera necesario reconstruir el «estado de conservación» del socratismo en el período histórico de la formación de Zenón de Citio. La parte segunda de la investigación («La difesa del socratismo», pp. 181-262) analiza la defensa del socratismo contra las desviaciones y las críticas de Platón y Aristóteles. Y la parte tercera («Gli Stoici e Socrate», pp. 265-343) estudia la verdadera herencia doctrinal del socratismo en la Stoa.

La obra finaliza con unos Índices, bastante útiles al lector, de Lugares (pp. 347-374), de Nombres antiguos (pp. 375-380) y de Nombres modernos (pp. 381-387).

En definitiva, el libro de F. Alesse afronta de manera acertada el problema, no exento de dificultad, de la influencia real de Sócrates y la tradición socrática en el estoicismo antiguo y medio. Supone, pues, una útil y valiosa contribución en este campo, merecedora por ello de nuestra felicitación.

ÁNGEL MARTÍNEZ FERNÁNDEZ

ARTEMIDORO DE DALDIS: *El libro de la interpretación de los sueños*. Edición de María del Carmen Barrigón Fuentes y Jesús María Nieto Ibáñez. Akal / Clásica nº 53, Madrid, 1999, 431 págs.

Hasta hace una década pocos estudios había merecido en España este autor griego del siglo II d. C., salvo breves alusiones en manuales de literatura griega y en libros específicos de los sueños. Su vida y obra permanecían casi desconocidas en la bibliografía española, cuando en 1989 Elisa Ruiz García publicó una primera traducción castellana bajo el título *La interpretación de los sueños* (Madrid, 1989, Bibl. Cl. Gredos, nº 128) con un extenso estudio introductorio, índice final de nombres propios y varios centenares de notas a pie de página explicativas del texto traducido.

Igualmente hemos de recordar la gran aportación que en este campo de la interpretación de los sueños ha hecho Miguel Ángel Vinagre Lobo, quien en 1992 defendió su Tesis Doctoral, dirigida por el Catedrático de Filología Griega, Dr. D. Enrique Ramos Jurado, bajo el título *La literatura onirocrítica griega anterior a Artemidoro Daldiano* (Universidad de Sevilla, inédita), de la que se han publicado en forma de artículos varias partes: «Etapas de la literatura onirocrítica según los testimonios de Artemidoro Daldiano», *Habis*, 22, 1991, 297-312; «La literatura onirocrítica griega hasta el siglo II d. C. Estado de la cuestión», *Revista de Estudios Clásicos*, 101, 1992, 63-75; «Artemidoro Daldiano ante la tradición onirocrítica previa», *Excerpta Philologica* II, 1992, 113-130; «Autores no onirocríticos en la obra de Artemidoro Daldiano», *Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos*, vol. II, Madrid, 1994, 469-476; y el capítulo «Serapis y los libros de sueños», en J. Alvar (ed.), *Sexo, muerte y religión en el mundo clásico*, Madrid, 1994, 125-134.

Los dos jóvenes filólogos que ahora presentan esta nueva edición de Artemidoro han realizado un amplio estudio introductorio sobre los libros de los comentarios de sueños (Βιβλία ὄνειροκριτικά), precedentes e influencias posteriores, circunstancias de su redacción y problemática concerniente a su contenido. La abundancia de datos y notas que acompañan este estudio y el análisis minucioso del contenido del tratado cuya traducción se presenta, permiten al lector tener un amplio conocimiento de cuanto se puede saber hoy del autor y de su obra. Además una bibliografía sobre ediciones, traducciones y estudios específicos completa la Introducción, de tal forma que se facilita al interesado las principales referencias para profundizar en algunos aspectos. Tras la traducción del texto el libro incluye tres índices: uno, de nombres de personajes, ciudades, obras literarias, gentilicios y personificaciones; otro, temático; y un tercero, de pasajes literarios citados. La información que se facilita en ese estudio y en los índices se completa con ochocientas cincuenta notas a pie de página.

El estudio introductorio se ha dividido en varios apartados: a) biografía, de la que sobresale su datación en el siglo II d. C., en un período de tiempo vital que coincide con el que hasta hace poco se atribuía a Galeno, 130-200, y su ubicación natal en Éfeso, a pesar de que el autor de los *onirocrítica* se autoproclamara oriundo de Daldís; b) su producción literaria, de la que sólo se ha conservado la obra sobre los sueños ahora traducida; c) precedentes de su doctrina; d) sus ideas propias; e) su posible adscripción filosófica; f) la lengua y estilo; g) su influencia posterior, y h) cuestiones referentes al texto y su transmisión.

La bibliografía es básicamente la que Elisa Ruiz García había incluido en su estudio, ampliada con las publicaciones posteriores a 1989 y enriquecida con otras referencias no recogidas por aquélla (por ejemplo, Annequin, 1987, 1989; Avotins, 1977; Björck, 1964). Entre otros estudios que pudieran añadirse, tal vez convendría la cita del artículo de A. Bravo, «La interpretación de los

sueños: Onirocrítica griega y análisis freudiano», en I. Rodríguez Alfageme y A. Bravo García (eds.), *Tradición clásica y siglo XX*, (edit. Coloquio, Madrid, 1986, 124-141), en el que se aborda la misma cuestión desde la perspectiva de la obra aristotélica, su repercusión en Artemidoro y en las teorías freudianas; acompaña una interesante bibliografía. Por otro lado, tal vez hubiese sido conveniente apuntar que puede haber otros tratados sobre los sueños, aunque constituyan un subgénero diferente del redactado por Artemidoro, a fin de completar el excelente panorama que se ofrece de la cuestión en la Introducción. Nos referimos, entre otros, a la obra de Filón de Alejandría y sus libros *Sobre los sueños*, de inspiración bíblica; (véase, por ejemplo, el estudio de Sofía Torallas Tovar en su «Introducción» a la obra de Filón *Sobre los sueños. Sobre José*, en *Bibl. Clás. Gredos*, nº 235, Madrid, 1997).

En cuanto a la edición, los traductores indican en una Nota Textual las cincuenta y seis variantes elegidas de otros editores y comentaristas, que diferencian su texto del texto de Pack (Leipzig, 1963), al que se sigue en todo lo demás. Respecto a la traducción resulta muy amena y fácil de entender, por el hecho de que sus autores se han esforzado en reflejar la lengua cotidiana y sencilla que Artemidoro usa en el texto. Se han incluido en ocasiones, si bien situadas entre corchetes, frases que el lector podría entender como traducción del texto. Así ocurre en I, 29 (p. 100): «[es decir, la esposa, los hijos y los familiares]», cuando parece que se trata de una explicación de los traductores, para que el lector comprenda que «la gente que suele acercarse a nosotros y nos besa», no se refiere a otras personas que a la propia familia. Quizá hubiera sido preferible trasladar esa explicación a una nota a pie de página. Lo mismo sucede en I, 31 (p. 103), cuando entre corchetes se dice «[Por ello el hecho de que esto no suceda a los muertos es señal absoluta de salvación, y para los enfermos es mejor perder todos los dientes, pues así se curarán antes]», que parece una explicación del epígrafe anterior, pero que no lo dice Artemidoro en el texto griego, sino los traductores; de ahí que consideremos que iría mejor esa aclaración en nota a pie de página. Puede haber ocurrido que los traductores hayan considerado preferible mantener, pero entre corchetes, algunas expresiones incluidas en el texto y que los editores hayan considerado interpolaciones; de ser éste el caso de algunos pasajes situados entre corchetes, habría de haberse indicado en el texto o haberse anunciado en la parte correspondiente de la Introducción (pp. 53-54). Es más, los traductores se han esforzado en traducir aquellos pasajes considerados interpolaciones por el editor R. A. Pack, y citan como ejemplo el pasaje II, 12, referente a la infidelidad conyugal; entendemos que se trata del pasaje de las páginas 186-187: «a un cierto individuo... se lanzó a la peor acción deshonesta», que en nota 42 indican que es fruto de una glosa; pero en la imprenta han debido olvidar los corchetes que los traductores habían anunciado en p. 54; por su parte, en la edición de Elisa Ruiz García (p. 217) dicho pasaje aparece en letra cursiva, diferenciada del resto del texto, y entre corchetes.

Es destacable, además, la labor de los dos traductores vallisoletanos (ella ejerce en la Universidad de Valladolid, él en la de León), quienes han incluido más de ochocientas notas explicativas del texto, de los personajes, citas literarias, referencias a pasajes internos anteriores y posteriores o a párrafos del estudio introductorio.

Finalicemos este rápido comentario del libro de María del Carmen Barrigón Fuentes y Jesús María Nieto Ibáñez destacando la mejora ortográfica que la editorial Akal viene aplicando en esta colección, dado que apenas si se ha filtrado alguna errata. Lejos queda aquella lamentable edición del volumen primero de *Akal Historia de la Literatura. El Mundo Antiguo 1200 a.C. - 600 d. C.*, que tantos fallos introdujo en un texto cuyo original alemán es, en cambio, excelente. Felicitemos por ello al Director de la colección Akal / Clásicos Griegos, Dr. D. Manuel García Teijeiro, quien viene seleccionando obras y autores griegos de cuyas ediciones se están ofreciendo un estudio introductorio muy completo y unas traducciones muy elogiadas.

LUIS MIGUEL PINO CAMPOS

BAUZÁ, H. F., *El mito del héroe. Morfología y semántica de la figura heroica*. Córdoba, (Argentina), F.C.E., 1998, 193 pp.

El autor, con quien tuve el honor de compartir un seminario doctoral en la universidad compostelana, plantea un ameno y documentado recorrido a lo largo de la figura mítica del héroe, desde la antigüedad grecorromana a la más actual modernidad, partiendo de una base empírica que implica la necesidad que el ser humano tiene de «héroes» a quien idolatrar e imitar.

La figura, indudablemente arquetípica, del héroe, ha sido empleada a lo largo del tiempo como un medio de justificar ciertas actitudes y situaciones individuales o colectivas (por lo tanto, sociales). Ha servido, así, a las diversas estirpes, linajes o dinastías como el medio ideal de enraizar en un pasado ejemplar, paradigmático. Desde esta óptica son los héroes, genéricamente, «fundadores». El héroe es un modelo ideal que debe ser seguido, en tanto que ejemplifica una ética concreta que socialmente debe ser imitada.

Los héroes son aventureros sin límites, esencialmente transgresores, que luchan denodadamente por conquistar lo humanamente inconquistable, y por conseguir un orden, para así llegar a la inmortalidad, una parte de la cual es inherente a su morfología en su condición de semidioses. A través de sus viajes, aventuras y hazañas, que suelen provocar la envidia o los celos divinos, el héroe se convierte en un ente que simboliza el dominio de lo irracional del ser humano: es la lucha interior contra instintos y pasiones. El hombre siempre ha sentido la necesidad de ídolos a quien adorar; ha estado predispuesto a reve-

renciar a todos los que se destacan por su valor, temperamento o gallardía, tratando de imitarlos. Los héroes vendrían a ser «la imagen de lo que cada uno de los hombres hubiera querido ser»(p. 123); psicoanalíticamente hablando, los deseos profundos del género humano, que por razones de diversa índole, no se pueden cumplir en su realidad, en especial el traspaso habitual de cualquier límite. El héroe aparece, por lo tanto, como un gran símbolo para los hombres. Parafraseando a Joseph Campbell, el héroe simbolizaría el control de lo irracional a través del empleo de una serie de valores éticos que se consideran los propios de alguien virtuoso. Su búsqueda, disputas y aventuras le suelen conducir a una trágica muerte (en su condición de ente ambivalente, dual, contradictorio), que a su vez, lo ensalza y lo hace perdurable en la mentalidad mítica del hombre. En definitiva, aparte de combatir externamente contra sus enemigos, debe hacerlo en su fuero interno contra sí mismo. Un claro ejemplo de estas peculiaridades es Heracles.

De alguna manera, pues, el héroe tiene también aspectos humanizantes, que lo acercan al hombre común: sufre, pasa su vida en continua iniciación-purificación, y suele llegar, finalmente, a una muerte y apoteosis que le reporta un premio especial: generalmente, la inmortalidad o una gloria imperecedera, entendida, a veces, como la continuidad de su vida y hazañas en el recuerdo colectivo.

Ahora bien, ¿cómo es el héroe?, ¿cuáles son sus características y peculiaridades morfológicas?. En la concepción griega, es un ser intermedio, un auténtico mediador entre lo divino y lo humano y entre lo civilizado y lo salvaje, porque es ambivalente y dualista, con una línea de actuación y una naturaleza constitutiva variable, desde aquellos aspectos culturales, valerosos y civilizadores, hasta los desmesurados y criminales, destructivos o despóticos. Nuevamente, el más claro ejemplo es Heracles. Asimismo, el héroe es un ser singular, que actúa normalmente solo, destacado sobre los demás por sus excelencias; un verdadero semidiós en el sentido más religioso del término. La categoría heroica romana aparece puesta en relación al concepto de *lares* y *genius*, denotando cierta politización en el término genérico. El héroe, insertado en lo intemporal del mito, y la «heroicidad» que destila, implica valor y honor. Combate y se enfrenta a peligros que cualquier mortal no encararía bajo ninguna condición, porque busca la gloria y el reconocimiento, que muy explícitamente los poetas se encargaron de reconocerle, especialmente Píndaro.

Desde el siglo pasado se han querido sentar las bases constitutivas del héroe, delineando así su morfología. Muchas son las teorías que han intentado explicar al héroe, pero en realidad, no se puede dar una definición estricta, única e invariable de «héroe», como tampoco de «mito». Se ha concebido a los héroes como antiguos dioses venidos a menos en su importancia, categoría y prestigio, como hombres que se heroizaron por su valor y acciones extraordi-

narias, o bien como una categoría especial de seres, distinta a las demás, y que presenta como característica definitoria su *areté*. Estas encorsetadas clasificaciones han intentado, a su vez, destacar diversas categorías dentro del héroe, cada una de ellas con sus relevantes particularidades más o menos específicas, es decir, con sus funciones y rasgos diferenciadores peculiares. En general, por lo tanto, el «héroe» no se puede explicar bajo un único prisma, pues su origen es sumamente heterogéneo y sus peculiaridades bastante dispares.

En las páginas centrales de su obra, el profesor Bauzá analiza la figura heroica de cuatro de los principales héroes de la antigüedad griega, Heracles, Edipo, Aquiles y Prometeo, haciendo especial hincapié en reflejar todas aquellas particularidades específicas que definen al héroe, fundamentalmente las de carácter simbólico, dejando para los apartados finales unas específicas consideraciones acerca de los héroes modernos, estudiados desde el racionalismo e iluminismo del siglo XVIII hasta las manifestaciones culturales mass-mediáticas de pleno siglo XX.

Nuestros nuevos y modernos héroes, fundamentalmente más cotidianos y carentes de la religiosidad de sus homónimos de la antigüedad, están más cercanos, más vivos y presentes, aunque sólo sea por su evidente contemporaneidad, que aquellos héroes gloriosos de tiempos antiguos. Son héroes, casi se podría decir, de consumo, que llegan precedidos de una amplia campaña publicitaria. En este sentido, particularmente significativos son la masa de héroes y heroínas de la ciencia ficción, expresada a través de la literatura y el cine, o en cualquier caso, siempre a través de los mass-media.

JULIO LÓPEZ SACO

CÉMELIS, Petros G. (ed.), *Πρωτοβυζαντινή Ελεύθερια. Τομέας Ι*, Rethymno, Πανεπιστήμιο Κρήτης, 2000, 319 pp.

El territorio de la antigua ciudad cretense de Eleuterna ha sido objeto desde 1988 de excavaciones arqueológicas sistemáticas por parte de arqueólogos de la Universidad de Creta, las cuales nos han permitido conocer una gran cantidad de interesantes hallazgos y han producido hasta ahora fructíferos resultados. Para ello se dividió la región en tres sectores: el oriental (Sector I), del que es responsable Petros Cémelis; el central (Sector II), a cargo de A. Calpaxís, y el occidental (Sector III), del que es responsable N. Stampolidis.

La excavación en el Sector I descubrió una Basílica paleocristiana, aparte de otros numerosos hallazgos no menos interesantes de la época protobizantina. El libro que comentamos es el segundo volumen de la obra del mismo título, al que seguirá el volumen primero, que ha sufrido un retraso

debido a la recopilación del material y que incluirá —según indica P. Cémelis (p. 12)— los estudios siguientes: 1. La basílica y el asentamiento protobizantino (P. Cémelis), 2. Las tumbas y el ajuar y 3. El amuleto de oro (A. Yangaki), 4. Las puertas de bronce y 5. La cerámica vidriada (N. Poulou-Papadimitríou), y 6. La imagen grabada de piedra (V. Penna). En ambos volúmenes se publican los hallazgos de la fase de construcción protobizantina del Sector I, a lo que seguirá en su momento la Eleuterna helenística y romana.

El primer volumen que ahora reseñamos se estructura de la forma siguiente. Precede un Prólogo de Petros Cémelis (pp. 11-12) y una amplia Bibliografía (pp. 13-35), a lo que sigue el grueso de la obra que se presenta en una serie de apartados que corren a cargo de diferentes especialistas. Así, Christine Vogt se ocupa del extenso apartado titulado «The Early Byzantine Pottery» (pp. 37-199), Philip Gouin y Christine Vogt estudian «Quarrymen and Potters in Ancient Eleutherna» (pp. 201-205), Eleni Aloupi, Vassilis Kilikoglou y Peter M. Day tratan de «Provenance and Technological Characterisation of Fine Tableware» (pp. 207-222), Louise Joyner presenta «Appendix: Petrographic Analysis of Domestic Pottery» (pp. 223-235), Y. Z. Tzifopoulos se ocupa de «The Inscriptions» (pp. 237-259), donde hace una cuidada edición de 16 inscripciones acompañadas de excelentes fotografías, K. Sidirópoulos estudia con detalle el apartado dedicado a «Νομισματικά ευρήματα» (pp. 261-287), y por último Jrisi E. Bourbou presenta «Παλαιοπαθολογική μελέτη και ανάλυση του πληθυσμού» (pp. 289-319).

En suma, nos encontramos ante una obra realizada con gran esmero y rigor científico, que supone una excelente contribución para un mejor conocimiento de la Creta protobizantina. Felicitamos por ello al coordinador de la obra, el profesor Petros Cémelis, y a los demás colaboradores de la misma.

ÁNGEL MARTÍNEZ FERNÁNDEZ

FERNÁNDEZ GARCÍA, A. J., *El infinitivo en el Dafnis y Cloe de Longo: estudio funcional*, Amsterdam, Adolf M. Hakkert, 1997, XVI y 330 pp.

El presente libro es, con ligeras modificaciones, la Tesis Doctoral del autor que, con el mismo título, fue leída en la Universidad de Valladolid en 1995, dirigida por el profesor Manuel García Teijeiro.

El objetivo de este trabajo es estudiar el uso del infinitivo en la novela *Dafnis y Cloe* de Longo, basándose para ello en los principios de la gramática funcional. Con este estudio, como señala el autor (p. 1), se pretende demostrar que, frente a una progresiva disminución en el uso del infinitivo en la koiné —a excepción quizá del infinitivo sustantivado, el infinitivo con

ὄστε y el infinitivo final— en Longo existe una reacción en contra de la pérdida del infinitivo y del empobrecimiento lingüístico que ello suponía. En esta reacción debe haber influido el movimiento aticista y la Segunda Sofística de la época imperial.

Tras una Introducción (pp. 1-29), se presenta el estudio propiamente dicho del infinitivo en Longo, el cual aparece estructurado en los apartados siguientes: pp. 30-39, Infinitivo como sintagma nominal obligatorio de un nexus (SN₁); pp. 40-92, Infinitivo como sintagma nominal opcional del grupo verbal (SN₂); pp. 93-109, Infinitivo como sintagma nominal opcional del grupo nominal (SN₃); pp. 110-119, Infinitivo como adyacente; pp. 120-123, Infinitivo modificador; pp. 124-133, Infinitivo sustantivado; pp. 134-139, Perífrasis de infinitivo; pp. 140, Otros empleos del infinitivo; y pp. 141-176, Ampliaciones sintácticas del infinitivo.

La obra termina con un apartado dedicado a «Datos numéricos del infinitivo en Longo» (pp. 177-180), un capítulo de conclusiones (pp. 181-187), unos Índices, que facilitan la búsqueda y el manejo de todos los infinitivos de *Dafnis y Cloe* (pp. 188-317), y una Bibliografía selectiva (318-330). En cuanto a los Índices, se ofrecen dos: uno, en el que se recogen todos los infinitivos de la obra de Longo según su función sintáctica (pp. 189-261), y otro, en el que los infinitivos se presentan según el orden de aparición en ella (pp. 262-317).

En suma, nos encontramos ante un excelente trabajo que se centra básicamente en describir los empleos del infinitivo en Longo y que contribuye a un mejor conocimiento de la lengua de este autor.

ÁNGEL MARTÍNEZ FERNÁNDEZ

GARCÍA HERNÁNDEZ, Benjamín (Ed.), *Estudios de Lingüística Latina*, Actas del IX Coloquio Internacional de Lingüística Latina (Universidad Autónoma de Madrid, 14-18 de abril de 1997), Ediciones Clásicas, Madrid, 1998, XVIII + 1155 págs. en 2 volúmenes.

Con gran celeridad para lo que suele ser habitual en este tipo de publicaciones, ven la luz las Actas del IX Coloquio Internacional de Lingüística Latina, que recogen, en dos volúmenes de cuidada edición, 78 aportaciones que sobre la lengua latina presentaron en tal evento investigadores procedentes de 14 países europeos, EE.UU. e Israel, entre los que destaca sobre todo la presencia de especialistas en Lingüística latina cuya trayectoria ha marcado sin duda la pauta en la investigación, según las teorías y métodos de la lingüística actual, en los últimos tiempos.

Las comunicaciones, en los idiomas oficiales del Coloquio y encabezadas por un resumen de su contenido en inglés (excepto en el caso de M. Poirier, en que

va en latín), se han dividido en cuatro capítulos que corresponden a «Fonética y Morfología», «Sintaxis y pragmática», «Lexicología y semántica» y «Estilística y métrica», a los que se adscriben respectivamente 10, 46, 17 y 5 comunicaciones. La orientación, muy general, de los títulos de los capítulos responde al objetivo de dar cabida en ellos a trabajos a veces difíciles de clasificar.

El principal valor de estas Actas reside sin duda en que constituyen un excelente medio para mostrar de manera conjunta los temas de investigación en boga en Lingüística latina, y el loable propósito de esta publicación de dar a conocer el panorama de los estudios actuales obliga, por así decirlo, a ofrecer lo más posible de otros campos de estudio distintos de la sintaxis (a la que se adscribe la inmensa mayoría de las comunicaciones), intentando paliar la evidente desproporción entre el capítulo que se le dedica y los demás.

Así pues, seguiré la misma organización temática que presentan las Actas para repasar, aunque brevemente por razones de espacio, los aspectos y campos de estudio sobre la lengua latina que ocuparon a los investigadores en dicho evento.

(i) En el primer capítulo, dedicado a la Fonética y Morfología, los trabajos abarcan, desde el origen indoeuropeo de determinados fenómenos latinos, a la comparación entre el latín y otras lenguas indoeuropeas, o bien se centran exclusivamente en la lengua latina y su evolución interna, dominando en general la perspectiva diacrónica.

Dos comunicaciones inciden en la teoría glotámica: la de Ph. Baldi, que señala su menor eficacia para explicar el desarrollo de las aspiradas en las lenguas itálicas que la teoría tradicional indoeuropea, y la de C. Padilla Carmona, que revisa, a la luz de la teoría glotámica, ciertos términos latinos cuya etimología se explica mejor si se considera que *k y *H son variaciones alofónicas del mismo fonema velar sordo.

Analizan respectivamente la realidad fonética de la velar nasal O. Álvarez Huerta, que señala la falta de bases para postularla en latín, y del dígrafo <rh> A. López Fonseca, que, basándose en los autores antiguos y en el comportamiento de los préstamos griegos, resuelve que existiría un solo fonema /r/ con una realización sorda y aspirada y otra sonora.

Desde la perspectiva grafemática, X. Ballester concluye que *i longa* es un grafema complejo alógrafo de <Ī>.

Por otra parte, tratan cuestiones de Morfología latina estudios como el de A. Christol, que explica la desinencia de infinitivo pasivo *-ier/-r(i)* como un desarrollo del latín que, a diferencia de otras lenguas indoeuropeas, especializa formas en origen nominales para la expresión de la diátesis. R. Jiménez Zamudio tiene en cuenta la influencia de las lenguas itálicas sobre el latín al interpretar los nombres femeninos en *-ai* del latín de Preneste como Nominativos influidos por el etrusco.

De historia de la lengua tratan comunicaciones como la de E. Nieto Ballester, que señala que *med* (Ac.) recibe la *-d* por influencia del Ablativo de la flexión temática y que *mihi*, cuya realidad fonética es *mi*, parece un intento de resolver la falta de paralelismo silábico entre ésta y las formas bisílabas de 2ª y 3ª personas. Asimismo, F. González Luis estudia la variación hacia el género neutro de ciertos derivados latinos en *-ia*, debido a causas como la confusión entre las *a* breves del femenino singular y neutro plural.

Por último, H. Petersmann postula la posible existencia de un latín africano, clara según el autor en la vertiente hablada, basándose en peculiaridades epigráficas y uso de autores particulares.

(ii) Si tenemos en cuenta el número de trabajos incluidos en el capítulo dedicado a la «Sintaxis y Pragmática», sin duda la investigación en Lingüística latina se halla dominada por los estudios sobre esta disciplina. Esto se debe a que constituye un campo de estudio cada vez más heterogéneo, que, continuamente ampliado y enriquecido por el desarrollo de nuevas metodologías, reúne aspectos que sobrepasan con mucho lo que tradicionalmente se venía incluyendo dentro de él. Así pues, las Actas recogen trabajos de corte estructuralista o generativista, aunque en escaso número frente a los múltiples estudios cuya orientación parte del Funcionalismo holandés y que consagran a la Pragmática como un ámbito de investigación de singular atractivo. Asimismo, existen ciertos estudios que, por su originalidad metodológica o por su eclecticismo, no se dejan adscribir fácilmente a una determinada escuela teórica.

Así pues, la heterogeneidad que domina las comunicaciones sobre sintaxis hace necesario clasificarlas en grupos que atienden a su objeto de estudio.

Cuestiones de teoría lingüística general sobre sintaxis aparecen en las comunicaciones de R. Oniga, que recoge teorías útiles para la gramática latina desde el análisis generativo en constituyentes y «papeles temáticos» o de E. Sánchez Salor, que analiza las nociones de *sintaxis propria/figurata* en la tradición gramatical, donde se adelantan conceptos actuales como por ejemplo la oposición sistema/habla.

Por otra parte, se mantiene la atención a las tradicionales categorías del nombre o el verbo, aunque con ciertas innovaciones. Aparecen propuestas conjuntas de estudio del sistema de casos, como la de P. L. Cano, que expone los rasgos o propiedades que apoyan la función sintáctica y semántica de los casos, o la de M. J. Echarte Cossío, que desde una posición estructuralista, propone un sistema de casos «modista» que excluye al Vocativo y atribuye a las preposiciones un papel desestabilizador de las relaciones casuales.

Se centran en la relación entre casos y funciones sintácticas varios trabajos de corte estructural, como el de H. Fugier, que trata los «contra-empleos» de los casos que escapan a su uso mayoritario; el de G. Serbat sobre el valor unitario del Acusativo al que, basándose en el Objeto interno y otros usos, define como caso al que la noción verbal recubre total, ocasional o parcialmente; el de

P. M. Suárez Martínez, que analiza la «función cero» en la sintaxis casual, que, pese a parecer reservada al Nominativo o Vocativo, también es desempeñada por el Acusativo y el Dativo, o el de L. Sznajder, que estudia las condiciones en que no aparece el Objeto con los verbos transitivos.

Giros casuales concretos son motivo de atención en las comunicaciones de J. de la Villa (sobre las condiciones en que se introducen giros preposicionales en lugar del Ablativo instrumental en la *Vulgata* comparando con el original griego), de J. Herman (acerca de *Dis Manibus* en la sintaxis epigráfica), de D. Shalev sobre los Vocativos que aparecen en las respuestas a preguntas previas como mecanismo de puente entre oraciones independientes, o de E. Torrego, que estudia *ad* en su empleo cuantitativo como ejemplo de la desgramaticalización de la marca relacional que aporta la preposición para pasar a marcador léxico y por tanto aparecer en el Sujeto: *ad quingenti ceciderunt*.

Dentro de la sintaxis nominal, G. Fry describe los indefinidos desde el punto de vista lógico según la teoría de Russell, y M. D. Joffre estudia los posesivos cuando designan a los participantes en el acto de habla.

Las categorías del verbo aparecen representadas también en varios trabajos. J. L. Moralejo se aproxima semánticamente a la *consecutio temporum* desde la noción de «dependencia interna» y de la consideración bidimensional del sistema temporal latino. P. de Carvalho trata la preverbación, entendida a modo de una «declinación», con un caso directo (el verbo simple) y uno indirecto (el verbo preverbiado).

La perspectiva diacrónica dentro de las categorías del verbo destaca en los estudios de G. Haverling sobre ciertos usos tardíos del perfecto e imperfecto y la necesidad de considerar en la evolución de los tiempos el aspecto verbal, de S. Kiss acerca de la voz pasiva en los procesos sin expresión del agente, con la que confluyen formas reflexivas pronominales en las lenguas romances, o de P. Molinelli sobre la evolución del subjuntivo al romance y la *consecutio temporum* en subordinadas finales y consecutivas, con el avance del indicativo y del pluscuamperfecto.

Por otro lado, un nutrido grupo de investigadores analiza la subordinación oracional. En concreto, son objeto de análisis las oraciones de relativo, con comunicaciones como la de M. Lavency acerca de las relativas epíteto o aposición a un nombre, de J. Mellado Rodríguez sobre el antecedente de las relativas como creador de diferencias entre ellas o de H. B. Rosén sobre la tipología de las oraciones de relativo: *quam quisque*, al igual que *quam quis*, forma una secuencia de dos relativas, estructura común a muchas lenguas indoeuropeas.

Prestan atención a las subordinadas concesivas M. Maraldi, que trata sobre *ut* concesivo como medio de expresión de las concesivas condicionales, C. Martín Puente, que estudia *etiam si*, que, sin estar gramaticalizada como conjunción concesiva es paráfrasis de *etsi* o *tametsi* y G. Purnelle, que expone diacrónicamente la sintaxis de *licet*.

Los usos de diversas conjunciones constituyen el objeto de varias comunicaciones. En concreto, tratan usos de *si* C. Bodelot, que analiza el *si* completivo en Livio, al que considera una estructura híbrida que todavía reúne rasgos del *si* condicional pero que, frente a otras completivas, no funciona como nominalizador, y S. Núñez, que examina ciertos enunciados con *si* (*perscrutabor fanum, si inueniam uspium aurum*) (PL. Aul. 620) que no son ni condicionales ni finales, sino un subgrupo de las oraciones causales que cabría denominar «*si* procausal».

G. Calboli trata *cum* + subj. según los modelos de Bowers y Chierchia, M. Poirier describe el uso de *dum, donec, quoad* en Ovidio y Tácito y C. Moussy se detiene en el léxico negativo en las completivas con *quin, quominus* con verbos de semántica negativa y la pérdida de carga semántica de las conjunciones. Por último, F. Heberlein trata, desde el punto de vista histórico, la expansión sintáctica o la integración de las construcciones no finitas (Acl, gerundivos, participios absolutos).

Hasta aquí la referencia a categorías que se incluirían tradicionalmente en los manuales de sintaxis. Sin embargo, el desarrollo de metodologías como la Gramática Funcional holandesa y su introducción de la Pragmática como campo de estudio explica la abundancia de trabajos centrados en la función o papel pragmático de determinados elementos de la lengua, como las correlaciones adversativas *quidem... sed, si non... at(tamen), non modo... sed etiam* y sus valores pragmáticos implicados por el uso de predicados escalares (A. Bertocchi), como *ecce*, partícula que focaliza la parte predicativa del sintagma e influye en la evolución de los demostrativos romances (P. Cuzzolin), como *iam*, cuyo significado básico responde a tres rasgos: «Polarity, Phasality/Scalarity, and Counterpresuppositional Focusing» (C. Kroon-R. Risselada), como *ita... ut, sic... ut*, con papel temático de los adverbios en las comparativas y remático en las consecutivas (S. Mellet), o como *pro* + Abl. «en lugar de» como marca de foco reemplazante (A. Revuelta Puigdollers).

La Pragmática interviene de manera destacada en estudios como los de C. Cabrillana sobre los factores sintácticos, semánticos y pragmáticos en las construcciones de *sum* con concordancia de caso entre el S-p y las diferencias y similitudes entre el tipo identificativo y el copulativo-atributivo, el de S. Luraghi sobre la función discursiva de la «anáfora cero» *hic, ille, is* en Tácito o el de J. F. Mesa Sanz acerca de *utinam* + subj. en segunda persona, que queda desvinculado de la expresión del deseo, ninguno de cuyos elementos lo representa realmente.

Asimismo, la Pragmática ha impulsado y ampliado el campo de visión de aspectos como el orden de palabras, al que se dedican comunicaciones que tratan la *traiectio*: la de R. Amacker, que la distingue de otros fenómenos como por ejemplo la prolepsis y luego examina sus características en *De lingua latina* de Varrón y la de B. Bortolussi sobre la ambigüedad sintáctica derivada de

la *traiectio* y de su confusión en determinados contextos con el Acusativo proléptico.

El orden de palabras relacionado con la subordinación aparece en la comunicación de F. Panchón, que analiza la posición de la subordinada temporal respecto a la principal en Plauto y Terencio: cuando se pospone a la principal está más integrada que cuando se antepone a ella. H. Rosén estudia las propiedades sintácticas, léxicas y comunicativas de las frases presentacionales, esto es, las que introducen entidades en el discurso y A. M. Bolkestein presenta las restricciones sobre la posible variación del orden de palabras en sintagmas nominales complejos del tipo *fama urbis expugnatae*.

Por último, otro ejemplo de la amplitud de temas que se incluyen últimamente dentro de la sintaxis lo constituyen aquellos trabajos que estudian aspectos de la lengua latina desde la perspectiva tipológica, como el de Ch. Lehmann sobre regiones espaciales en sintagmas del tipo *summo monte*, giro para el que el latín, a diferencia de otras lenguas, recurre a la modificación del sustantivo antes que a la rección por otro término, o el de A. Ramos Guerreira, que analiza la expresión de la posesión externa (en el nivel de la predicación), donde *sum* + Dat. es progresivamente sustituido por *habeo*, con lo que la fuerte gramaticalización de estas construcciones demuestra que la posesión pertenece a la gramática más que al léxico.

(iii) Pasemos ahora al capítulo dedicado a la Lexicología y la Semántica, en el que hallamos comunicaciones de calado teórico, como la de teoría semántica general que desde una perspectiva estructural presenta B. García Hernández sobre la polisemia: «una unidad significativa cualquiera tiene tantos significados cuantas oposiciones contrae», o la de M. Fruyt sobre la gramaticalización: en lugar de considerarla un fenómeno de alcance generalizado, debe evitarse el riesgo de confundirla con otros fenómenos como la erosión fonética de los significantes. Chr. Nicolas trata acerca de préstamos y calcos semánticos del griego en relación con el diagrama de Hope.

Sin embargo, predominan los trabajos acerca del significado de términos específicos, destacando un grupo de comunicaciones que tienen en común su aplicación del método semántico de B. García Hernández, como la definición clasemántica y sémica de *adquiro*, dentro del campo semántico de la adquisición, (J. F. Domínguez Domínguez), o del sustantivo *memoria*, que, según T. Jiménez Calvente, aparece dotado de cuatro significados: parte del alma en que se localiza la memoria, facultad de recordar, actividad del recuerdo y posesión del recuerdo, o de los verbos *concubare/concumbere*: el primero, durativo, se emplea para designar la relación marital y el segundo, puntual, para la extramarital (R. López Grégoris), o sobre la polisemia de *locare*: frente a la oposición *uendere/emere*, en que se recibe y da dinero respectivamente, con *locare* se puede tanto dar como recibir, lo que acarrea su indistinción con *conducere* y la posterior eliminación de este último (A. M^a Martín Rodríguez).

De diversa adscripción metodológica son los trabajos de A. Orlandini, acerca de la polisemia de *possum*, que puede aparecer en estructuras intra-predicativas, donde expresa valores radicales (posibilidad, capacidad, permiso, etc.) o estructuras extra-predicativas, donde expresa modalidad epistémica, de O. Panagl sobre *tempto/tento*, de los que el primero es una forma iterativa de *tempo* y no una forma hipercorregida de *tento*, de S. van Laer, que trata el preverbio *ob-* proponiendo añadir a su caracterización el valor semántico de «the covering». M. Kienpointner aplica la semántica estructural y cognitiva de Lakoff a los términos que significan «ira», señalando convergencias entre el latín y el alemán que apuntan a tendencias universales en la verbalización de este campo. J. Luque Moreno trata acerca de los términos *uox* (*sonus*), *sermo*, *carmen*, *cantus*, *uersus*, *oratio* según las teorías antiguas sobre el sonido y estudios modernos en métrica indoeuropea y etnomusicología. Por último, M. Conde Salazar compara el vocabulario de Aurelio Víctor y Ruf(i)o Festo.

Se dedican al análisis semántico de categorías más amplias los trabajos de F. Biville sobre los nombres propios, a los que se aproxima desde el punto de vista formal y los compara con las estructuras generales de la lengua latina, de P. Flobert acerca de los verbos diminutivos en latín y derivados en francés *-ailler*, *iller*, *oyer*, etc., de Ch. Kircher-Durand sobre los adjetivos de relación, derivados de sustantivos y sus clases y tipos de relaciones según una óptica cognitiva, o de S. López Moreda, que trata las interferencias semántico-sintácticas entre preverbios y preposiciones: al compartir ámbitos significativos, la lengua irá paulatinamente favoreciendo al sistema preposicional frente a los casos y los preverbios.

(iv) El último apartado de las Actas se dedica a la Estilística y Métrica, y es el que reúne menos trabajos, aunque de variada temática. Dentro de la Estilística se sitúan T. Adamik, que data los *Acta Petri* en el s. VII basándose en determinados usos gramaticales y léxicos, G. Bârlea y R.-M. Bârlea, que hablan sobre la simetría sintáctica antonímica en la estructura de la frase y D. Longrée, que, acerca de la *uariatio* y su relación con la coordinación en Tácito, distingue tres clases de *uariatio* (morfosintáctica, semántica y sintáctica), concluyendo que la coordinación en Tácito no implica isofuncionalidad de los elementos, sino que dependen de la misma base.

Por último, en el campo de la métrica se hallan las comunicaciones de R. Coleman acerca del acento y la cantidad en la versificación latina: compara el saturnio con el hexámetro y la transición de la versificación acentual a la cuantitativa y el fenómeno contrario en latín tardío en los metros yámbicos y trocaicos. J. Dangel trata sobre el discurso poético, organizado según una doble articulación que contempla un nivel microestructural que atañe a la palabra (cantidad, acento y significado) y otro nivel macroestructural, que contempla a las relaciones entre oración y verso, con ejemplos de la versificación yambotrocaica.

Las Actas se completan con un *index locorum latinorum*, donde se recogen las citas de autores latinos (según el ThLL) y un *index locorum uariorum*, o índice de textos varios, como por ejemplo citas de autores latinos que no cubre el ThLL y citas de autores en otras lenguas distintas del latín.

Cabe señalar, para finalizar, que estas Actas, que se suman a la serie que recoge los anteriores Coloquios, constituyen un valioso índice de referencia para estar al corriente de las últimas tendencias en la investigación sobre Lingüística latina en general y sobre sintaxis en particular, disciplina que goza de inusual vitalidad, motivada por la renovación metodológica que la ha caracterizado en los últimos tiempos y de la que estas Actas son una buena muestra y guía.

MARÍA JOSÉ ROCA ALAMÁ

GIATRAKOU, M. E. G., *Η Ιερά Μονή Αγίου Δημητρίου Καρακαλά ή Ξηροκαστελλίου. Συμβολή στην πολιτική, οικονομική, κοινωνική, εθνική ιστορία*, Atenas 1998, 278 pp.

El monasterio de Ayios Dimitrios Caracalas o Xerocastelios se encuentra en el Peloponeso, a unos 13 kms. de Nauplio, junto al pueblo Sulinari. Fue fundado a finales del s. XI o a mediados del s. XII y el documento escrito más antiguo que hace referencia al mismo es una escritura de 1696.

En el presente trabajo, que fue presentado en 1995 como Tesis Doctoral en la Sección de Historia y Arqueología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Atenas, se estudia con detalle la historia de este monasterio desde su fundación hasta 1834.

Cabe destacar que para esta investigación María E. Giatrakou utiliza un gran número de valiosos documentos inéditos, fundamentalmente del período de la Segunda dominación veneciana en el Peloponeso, de la *Turkokratía*, y de las épocas de Capodistria y de Otón, cuya relación pormenorizada figura al final del libro (p. 269). De este modo fue posible seguir la presencia histórica de este monasterio bizantino, que se entrelaza con la historia general griega, con una especial referencia al Peloponeso y a la región de Nauplio.

El interés por la presencia y la contribución de los monasterios en las diferentes facetas de la historia griega, ha sido desde siempre constante en los investigadores. Sin embargo, conviene señalar que en este caso el estudio de Giatrakou y sus resultados adquieren una mayor importancia si se tiene en cuenta que la investigación anterior sobre este monasterio era prácticamente inexistente. Una opinión generalizada de cuantos estudiosos se habían ocupado del mencionado monasterio, era que no existían datos sobre el mismo porque el monasterio había sido destruido durante la *Turkokratía* y en

la ocupación alemana, apoyando evidentemente su punto de vista en un manuscrito sin datar del Archivo de la Ἱερά Σύνοδος de la Iglesia de Grecia, según el cual «ningún dato existe sobre el monasterio de Ayios Dimitrios Caracalas», por las razones antes aludidas. Las escasas informaciones que hasta el trabajo de Giatrakou proporcionaban los diferentes investigadores, a menudo inexactas y confusas, se centraban sobre todo en la fundación del monasterio, en su denominación, y algunas en su situación económica durante los años 1834 y 1836.

De todo lo expuesto se deduce que el libro de Giatrakou supone una excelente aportación para el conocimiento del papel histórico y económico que este monasterio bizantino desempeñó en el Peloponeso y en la región de Nauplio, fundamentalmente durante los períodos de la Segunda dominación veneciana y de la *Turkokratía*.

ÁNGEL MARTÍNEZ FERNÁNDEZ

GIRONE, M., *Ἱάματα. Guarigioni miracolose di Asclepio in testi epigrafici*. Con un contributo di M. Totti-Gemünd. Bari, Levante editori, 1998, 222 pp.

En este libro María Girone recoge treinta y dos inscripciones griegas referentes a ἱάματα, curaciones milagrosas del dios de la medicina Asclepio, de sus diversos santuarios. Las inscripciones que testimonian estos ἱάματα eran celebraciones de la virtud del dios curador, aretalogías, como las denominaban los antiguos.

Tras un breve Prólogo (pp. 5-6), una abundante Bibliografía (pp. 7-26) y un apartado de Abreviaturas (pp. 27-28), las inscripciones se ordenan con un criterio topográfico en las partes siguientes: I. Atenas, pp. 29-38; II. Epidauro, pp. 39-74; III. Lebena, pp. 75-136; IV. Pérgamo, pp. 137-150; y V. Roma, pp. 151-168. Un apéndice (pp. 169-193) a cargo de María Totti-Gemünd sobre *Aretalogía des Imuthes-Asklepios (P. Oxy.1381, 64-145)* completa el volumen, estudio sobre un texto en papiro que se reproduce con amplio comentario en su sección más claramente aretalógica (ll.64-145). Por último, el libro termina con unos Índices (pp. 195-217), que facilitan la consulta y el manejo de la obra al lector.

Cada sección en la que se agrupan las inscripciones es introducida por una breve y precisa información sobre el respectivo *Asklepieion*, la cual resulta bastante útil. Dentro de cada sección las inscripciones se presentan por orden cronológico. Señalemos además que cada una de ellas consta de cinco partes, a saber: a) una introducción de carácter general, b) la bibliografía específica, c) el texto con un cuidado aparato crítico, basado en la fotografía del hallazgo, d) traducción italiana, bastante lograda, y e) comentario en forma de notas.

Conviene indicar por lo demás que el texto de las inscripciones se transcribe en minúsculas y que de algunos epígrafes se acompaña fotografía.

En conclusión, nos encontramos ante un libro de gran interés no sólo para los especialistas de epigrafía e historia griegas sino también para los estudiosos del mundo griego antiguo en general. Se trata de una excelente edición y de un estudio minuciosamente elaborado, que cumple con acierto su misión específica de ofrecer un *corpus* de *ιάματα* de Asclepio procedentes de sus diferentes santuarios.

ÁNGEL MARTÍNEZ FERNÁNDEZ

GONZÁLEZ LUIS, J. y HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, F., *Anchieta, su obra literaria y pervivencia*. Edición y traducción del poema «Summe Pater» y de la carta «De animalibus, etc.», Fundación Canaria Mapfre Guanarteme, Las Palmas de Gran Canaria, 1999, 338 pp.

Tenemos que agradecer a los autores de este libro, investigadores de reconocido prestigio en la obra de nuestro beato y miembros del proyecto de investigación Anchieta, el regalo que nos hacen de una nueva publicación sobre Anchieta. Firma el prólogo Elfidio Alonso, su paisano y último alcalde de La Laguna.

En esta obra se distinguen claramente dos partes; la primera, dividida en ocho capítulos y titulada «Aspectos de la figura de Anchieta», nos da una visión panorámica de la vida y de los escritos anchietanos y su pervivencia; la segunda comprende la edición y traducción de dos de sus obras representativas: el poema eucarístico «Padre Supremo» y la carta sobre fauna, flora y otras curiosidades que halló en el litoral de San Vicente del siglo XVI.

No pretenden los autores ofrecernos en el primer capítulo, «Datos de la vida de Anchieta», una biografía completa, que aún está por hacer, aunque sí recorren las etapas principales de su vida en La Laguna, estudios en Coímbra (Portugal) y su destino definitivo en Brasil. De ahí que Anchieta sea reivindicado por todos estos países, ya que innegablemente es patrimonio de todos ellos; con razón se le ha llamado el santo de las tres patrias.

Particular relieve alcanza la declaración del Padre Juan Fernández Gato, en 1620, compañero de Anchieta, una deposición hecha ante el juez en uno de los primeros procesos ordinarios efectuados con el fin de iniciar el proceso de beatificación de Anchieta. Nos impresiona la frescura y los visos de autenticidad, que contrastan con los elementos legendarios o misteriosos que hallamos en otras biografías de personajes de la época.

En el capítulo II se estudia su obra en prosa: catecismos, gramática tupí, sermones, diversas informaciones, etc.

En los capítulos III y IV se analizan los poemas de más aliento: *De gestis Mendi Saa* y el Poema Mariano.

En el V continúa una serie de poemas menores dedicados a la Eucaristía, la Virgen y los santos. Con ellos se inician sus obras propiamente literarias. Observamos en todos estos capítulos el mismo procedimiento: se aborda la obra en cuestión, se da cuenta de ella y se sigue el rastro de las vicisitudes que ha recorrido cada una desde que salió de la pluma del autor hasta llegar hasta nosotros: manuscritos, ediciones, problemas críticos y valoración antigua y actual de las mismas.

Los capítulos VI y VII se dedican a la poesía vernácula en castellano, portugués y tupí, la lengua nativa de los indios. La mayoría de estos poemas está compuesta «a lo divino» o son paráfrasis de textos profanos, en los que se sustituyen los contenidos originales por otros de sentido religioso y se mantiene la música. Llamen la atención los poemas en tupí, análogos a los textos en lenguas vernáculas y la incorporación de elementos indígenas en el teatro.

Con el capítulo VIII acaba la primera parte del libro que lleva el epígrafe «Anchieta en Brasil y Canarias». Se desarrolla cómo pervive la figura de Anchieta, independientemente de la veneración cada vez más creciente, a medida que se le conoce mejor, en la cultura e iconografía de ambas áreas geográficas.

La segunda parte contiene, en versión castellana, el himno eucarístico *Summe Pater*, poema de gran aliento tanto por la estructura, como por su extensión, y la carta *De animalibus*, en la que advertimos la exquisita sensibilidad de Anchieta ante los detalles. Recordemos, de paso, que Anchieta fue el primero en ocuparse de las especies vegetales y animales del Brasil, ya en 1560, a sus 25 años de edad.

La obra que ahora nos ocupa es mucho más ambiciosa que la publicada en 1997, con motivo del IV Centenario de la muerte de Anchieta, titulada *José de Anchieta, poeta, humanista y apóstol de América*, en la que tuve el honor de colaborar juntamente con los coautores de este libro. Y lo es tanto por su formato y mayor número de páginas como por el hecho de que gana en extensión con la inclusión de abundantes pasajes antológicos y descripción detallada de cada uno de los poemas. También aportan sus autores una extensa bibliografía y copiosas notas de críticos de los pasados siglos y del nuestro.

Asombra la dimensión humana, artística y mística de este hombre extraordinario, capaz de expresarse en cuatro lenguas, a un nivel de creación literaria en todos sus géneros, y de redactar la primera gramática de la más extraña de ellas. Y todo en una perfecta armonía unificada por su gran personalidad. Profunda vida interior, por una parte, y desbordante actividad que le lleva a la defensa valiente de los indios y a relacionarse por este motivo con el monarca más poderoso del mundo, Felipe II. Asombra, también, su humildad en cuanto todo lo escrito se refiere a los demás y en cuanto su buen carácter le

hace capaz de desarrollar la labor misionera y pedagógica al lado de unos compañeros no menos organizadores que él, como Nóbrega, en sintonía tan perfecta, que llega a ser instrumento sumamente útil y complementario. Ellos mismos manifiestan que «en todo le servía de intérprete aprovechándose de su industria, diligencia y consejo».

Su grandeza y eficacia aparecen manifiestas si pensamos que estuvo presente en todas las grandes acciones, aunque él no siempre fuera el primer responsable: fundación de São Paulo, Río de Janeiro, etc. También es un buen exponente de esa grandeza la tarea pacificadora en favor de la cual se quedó gustoso como rehén; su faceta de catequista, cuya labor consistía, no sólo en enseñar la doctrina cristiana, sino también la lectura, la escritura y el canto, con un método esencialmente sensorial y plástico, el más apropiado para esta gente incapaz de los niveles mínimos de abstracción, y sin reparo alguno en aprovechar, volviéndolos «a lo divino», los mismos textos profanos que corrían en España y Portugal.

Asombra este hombre genial, intrépido y generoso, en un medio hostil, pero lleno de amor y respeto hacia unos salvajes indómitos, conforme a las prescripciones de san Ignacio.

Sólo nos falta ahora contar pronto en español con su obra completa, que esperamos no tardará en llegar y que será fruto del equipo de profesores que se lo han propuesto, entre los cuales están los autores del trabajo que acabamos de reseñar.

VÍCTOR RODRÍGUEZ JIMÉNEZ

GOZALBES CRAVIOTO, E., *Economía de la Mauritania Tingitana (siglos I A. de C. - II D. de C.)*, Instituto de Estudios Ceutíes, Ceuta, 1997, 291 páginas.

La necesidad de un estudio actualizado del Marruecos antiguo, aquella región norteafricana que el mundo romano conoció como *Mauritania Tingitana*, se ve, en parte, satisfecha con la publicación del trabajo del profesor Enrique Gozalbes Cravioto. La investigación al respecto se centró, en un principio, en el Norte de África como eje constante de colonizaciones, hasta que investigadores como Charles Julien o Gabriel Camps hicieron hincapié en el punto de vista indígena. La intensa labor arqueológica en el África del Norte antigua y la bibliografía sobre el tema son extraordinarias, aunque nos hallamos ante dificultades tales como que el material bibliográfico se halla tremendamente disperso y la inexistencia, hasta el momento, de un trabajo de conjunto que sistematice la gran cantidad de datos que arrojan las fuentes. Este hecho ha sido sintomático en lo referente a esta área geográfica de la que existe una bibliografía escasa en comparación a la de otras áreas del mundo antiguo.

Gozalbes Cravioto ha venido efectuando una ingente labor de estudio de la historia antigua de Marruecos desde sus fases prerromanas, pasando por el análisis de ciertos elementos de población como los beréberes y judíos, entre otros, hasta llegar a las relaciones comerciales iberomauritanas, con gran interés por el área hoy conocida como Ceuta. Su excelente monografía, que es la adaptación de una Tesis Doctoral dirigida por el profesor Mauricio Pastor Muñoz y presentada en la Facultad de Historia de la Universidad de Granada en 1987, arroja una nueva luz al período comprendido entre los siglos I a.C. y el siglo II d.C. de la historia de la *Mauritania Tingitana*, ya que, a pesar de que existen numerosos estudios de detalle sobre ejército, relaciones hispanoafricanas, poblaciones indígenas, etc., faltan trabajos de síntesis sobre la economía tingitana y que se basen, sobre todo, en el estudio detallado, exhaustivo y crítico de las fuentes epigráficas, numismáticas, literarias y arqueológicas. De ahí la relevancia de esta obra que supone una importante contribución al mejor conocimiento de la economía del Marruecos antiguo a lo largo de estos tres siglos.

En cuanto al contenido, el autor comienza por considerar vital la necesidad de este análisis económico fundamentado en el manejo de diversas fuentes, entre las que destacan las literarias, puesto que hasta el momento los estudios sobre el Marruecos antiguo se habían centrado en la arqueología. Sobresale el que no sólo se halla basado en la obligada referencia a *Le Maroc chez les auteurs anciens* de Raymond Roget, sino que incluya autores de menor eco y, recurra, además, a estadísticas de monedas aparecidas en la *Tingitana* y a estampillas de ánforas olearias de la Bética, entre otros elementos, de modo que por vez primera se pueden establecer unas bases sólidas para una investigación de esta índole.

Tras un prólogo a cargo del director de la Tesis, Mauricio Pastor Muñoz, y de una introducción en la que se detallan las dos etapas de la investigación y el objetivo de realizar una pormenorizada síntesis acerca de la estructura de la *Tingitana* en su marco geográfico e histórico, se pasa al capítulo I, donde Gozávez Cravioto establece unas premisas básicas para una mejor comprensión de la situación de esta provincia romana y de su especificidad, debida a su localización geográfica extrema y fronteriza y a su incorporación tardía a los circuitos comerciales del Imperio. Asimismo, trata la diversidad de zonas económicas y los frenos humanos y físicos al proceso de romanización.

El capítulo II sobre **la agricultura y su evolución** desecha algunos de los tópicos de la historiografía antigua sobre el clima cálido y seco de esta región que dificultaba su desarrollo agrícola, para lo cual se basa en una serie de fuentes históricas que se hacen eco de tesis contrarias y que apuntan como dato fundamental la infrautilización de los recursos agrarios en comparación con el excelente nivel de producción. Sea como fuere, el grado de producción agraria fue suficiente y no hubo que recurrir a la importación de cereales, salvo excep-

cionales ocasiones, siendo canalizados sus excedentes agrícolas —cereales, vid y olivo— a partir de la *Baetica* mediante lo que algunos denominan «consorcio hispanomauritano». En síntesis, la agricultura de la *Tingitana* se podría caracterizar por el predominio de la pequeña propiedad agrícola, con un nulo desarrollo del modo de producción esclavista, y por la limitación respecto a las tierras de ocupación y tránsito de indígenas.

El capítulo III trata la **ganadería y la pesca** y presenta la dicotomía establecida por la historiografía contemporánea entre la población urbana y la población indígena no asimilada en el Norte de África, lo cual obedece a que la actividad ganadera tiene su marco en el medio tribal mientras que la pesquera, dedicada al atún y a la industria de la salazón y conserva —con excedentes en determinados momentos canalizados bajo el nombre de *Gades*—, en la urbana, configurándose así dos elementos en continuo choque a pesar de que llegasen a colaborar económicamente en determinados momentos.

Las rutas comerciales, estudiadas en el capítulo IV, definen a la *Tingitana* como una zona de relaciones exteriores casi insulares debido a su falta de unión terrestre con la *Caesariense* —por la inseguridad que ofrecían las tribus indígenas— y a la inexistencia de relaciones comerciales con las regiones saharianas y subsaharianas.

Su comercio marítimo se efectuó a partir de dos vías: la norteafricana, hacia *Hispania*, en primera instancia, y, finalmente, hacia Roma a través de Ostia. Ello produjo que la relación con *Hispania* fuese vital para la provincia mauritana, a pesar de que el comercio con ella fuera insignificante para *Hispania*, que orientaba sus transacciones hacia Italia, Galia o África Proconsular.

El capítulo V presenta los principales **productos del comercio** tingitano que exportaba a *Hispania* excedentes agrícolas y pesqueros —quien a su vez los reexportaba— y a Roma artículos suntuarios como madera de cidro, marfil o púrpura. Este comercio alcanzó su mayor apogeo desde el principado de Augusto hasta el siglo II d.C., lo que presenta como incierta la tesis de Rostovtzeff sobre la conquista «agrícola» de la *Tingitana* y perfila unos intereses orientados hacia los productos de lujo a los que se suman, aunque con una relevancia inferior, los esclavos, fieras, producciones de pieles y vestidos de lana, salazón de pescado y productos agrarios. Por otro lado, menos documentación se halla en el momento de abordar las importaciones y es la arqueología la principal fuente de documentación que permite determinar la presencia de elementos de utillaje, joyas de oro y plata, estatuas y muebles de metal, productos de vidrio, lámparas de terracota, aceite y cerámica de vajilla.

El capítulo VI, acerca de la **epigrafía como fuente de estudio**, presenta un pormenorizado y novedoso análisis de esta fuente a partir de documentos como la Colección Epigráfica Latina del Marruecos Antiguo. De él se extraen conclusiones tales como los distintos momentos de desarrollo económico de la

provincia —muchas veces corroborados por la numismática—, el desigual nivel de vida de las diversas ciudades —deducible del número de inscripciones públicas y privadas efectuadas— y la nula implantación del modo de producción esclavista.

Por último, la obra ofrece una actualizada y completa bibliografía sin olvidar aquellos libros que, a pesar de su antigüedad, no se revelan como desfasados y continúan siendo imprescindibles. Merece una especial mención el acercamiento a una gran cantidad de obras y trabajos en lengua española, muchas veces desconocidos, que aportan ricas y variadas perspectivas sobre la historia y economía del Marruecos antiguo.

En definitiva, el trabajo de Enrique Gozalbes Cravioto que comentamos nos proporciona una considerable cantidad de conclusiones sobre la historia de esta área geográfica en cuestión, de modo que sirve de consulta tanto al especialista como al simple interesado, dado que reconstruye la estructura económica de la *Tingitana* —que alcanza su momento álgido en el primer tercio del siglo III d.C.— e incide en su diversidad y dualidad, además de destacar la vitalidad que el comercio hispano supuso para ella, así como el gusto romano por sus productos suntuarios. La ciencia histórica se ve enriquecida por esta monografía que establece una nueva vía de estudio rigurosa y se perfila como un útil instrumento de trabajo para los historiadores de la historia del Marruecos antiguo y de la economía hispana de los siglos I a.C.- II d.C.

ALICIA M^a GARCÍA GARCÍA

GREGORY, Eileen, *H. D. and Hellenism. Classic Lines*, C.U.P., Cambridge, 1997, xii + 321 págs.

El presente trabajo de la profesora Eileen Gregory dentro del campo interdisciplinar de la tradición clásica en la literatura norteamericana es un recorrido crítico no sólo por la obra de la poeta norteamericana H. D. (seudónimo de Hilda Doolittle, 1886-1961), sino también por las diferentes posturas críticas que su producción ha suscitado. La principal preocupación de la autora es la ubicación y calificación que el clasicismo de H. D. ha recibido en la historia literaria.

H. D. fue representante a comienzos de siglo del movimiento imaginista creado por los innovadores T. S. Eliot, Hulme, Pound y Lewis, que supuso una radical ruptura con la tradición inglesa. Más tarde, sin embargo, por razones no sólo estéticas sino también ideológicas, se distanció de ese grupo. Se unió a una tendencia de los Estudios Clásicos alejada de la línea de Nietzsche (la defendida por Pound y Eliot) que hizo que su clasicismo fuese

calificado como 'romanticismo femenino', con lo que de peyorativo ambas palabras connotaban en la época. Quizá para explicar esta situación basten las palabras de la propia H. D., quien se sentía una Furia en lucha contra «toda una tribu de académicos helenistas» («a whole tribe of Academic Grecians», cit. en pág. 66).

Para Gregory el clasicismo que unió a todos aquellos artistas es radicalmente diferente del helenismo de H. D. No es éste exclusivamente un producto del fin de siglo, aunque son muchos los críticos que han visto en su utilización de lo clásico una máscara con la que ocultar y a la vez ahondar en sus propios problemas; por el contrario, su especificidad le viene de su labor de traductora, intérprete y, sobre todo, de *lectora* de textos clásicos, que van a ser percibidos de una manera radicalmente distinta.

Así pues, H. D. no habría pertenecido, según Gregory, a la línea de los últimos helenistas románticos franceses e ingleses del movimiento decadentista, para quienes Grecia aportaba un sentido tradicional, continuo, puro y hermético; por el contrario, su helenismo fue de 'corte alejandrino': Grecia se opone a Egipto, lo clásico a lo arcaico y, frente al puro helenismo continental, se sitúa la amalgama de razas, religiones y espiritualidad de Alejandría. Esta ciudad era considerada a comienzos de siglo como símbolo de 'la línea ininterrumpida' ('the unbroken line') de tradición clásica que arrancaba desde la Antigüedad. La fascinación que suscitó en modernistas y decadentistas es la misma que produjo en H. D.: la de la ciudad decadente. Gregory afirma que esta afiliación a la ciudad de Alejandría es comparable a la de Cavafis: para ambos viene a ser no una decadencia en el sentido local, concreto, sino que, por el contrario, representa la imagen universal de la decadencia de la Humanidad (en este sentido H. D. se distanciaba de Pound, para quien esta decadencia era una cualidad negativa surgida de la pérdida de una supuesta pureza primigenia). Además, no podemos olvidar que a esta línea ininterrumpida se asocia el homoerotismo presente a lo largo de su historia literaria: desde Calímaco a Teócrito o autores del siglo XX como Forster, Durrell, Doty o el mencionado Cavafis. A este último, además, le une el hecho de haber vivido en Inglaterra durante el periodo de auge de las corrientes simbolistas y decadentistas y el debate sobre el clasicismo.

Es sobre este modelo de helenismo, el asociado con la nostalgia, lo heterodoxo, el hermetismo y la amalgama de diferentes tradiciones, sobre el que Gregory reflexiona a lo largo del libro. Las páginas dedicadas a la nostalgia en su producción literaria son, en palabras de la estudiosa —lo cual podría ser un buen resumen de las claves poéticas de la obra de H. D.—. «una asombrosa indagación (*un uncanny excavation*) en las dimensiones originales de la nostalgia: desplazamiento de la guerra, privación maternal, la primacía del cuerpo y de la memoria, la oposición a los argumentos *ilustrados* contra el afecto y la añoranza» (p. 32).

Gregory disiente de otras estudiosas que, como Friedman, explican el entramamiento en la historia literaria de H. D. a partir de su posición de mujer-poeta en un mundo contado y creado por hombres. Aunque Gregory no deja de tener en cuenta esta hipótesis (que abordará en el capítulo «La transmisión y la línea femenina», pp. 52-66), afirma con todo que la explicación es inherente a su clasicismo, ya que basándose en la oposición de la época clásico-romántico, es decir, ortodoxo-ordenado-masculino frente a heterodoxo-caótico-femenino, el helenismo de H. D. no podía ser sino marginal.

El libro se divide en dos partes. La primera, como ya hemos visto, examina el helenismo de la poeta, es decir, en qué corriente crítica de los Estudios Clásicos de la época ha de situarse y definirse. La segunda profundiza en la recepción en la labor literaria y ensayística de H. D. de tres grandes clásicos: Safo, Teócrito y Eurípides.

Es en la primera parte donde la autora hace una interesante reflexión sobre el contexto bélico y academicista de los Estudios Clásicos en la época, que tan profundamente condicionó a todos los artistas de la época. En esta reflexión clasicismo-guerra, H. D. se acercó a la correlación arte-violencia y buscó en la figura de Eurípides una diferente posición ideológica; partiendo de esta base dedicará un capítulo a la repercusión de la obra de Eurípides en su producción poética. Igualmente relevante es la afirmación de Gregory de que escritores como Swinburne o Pater, afiliados al ya mencionado helenismo alejandrino, actuaron como 'antepasados' — la poeta acuña el término «foremothers» a partir del esperado por el público de habla inglesa, 'forefathers' — en una tradición homoerótica que proporcionó a H. D. un código de 'sexualidad transgresiva' para representar la sexualidad femenina, aspecto en el que recientemente ha profundizado Cassandra Laity (*H. D. and Victorian Fin de Siècle: Gender, Modernism, and Decadence*, C.U.P., Cambridge 1997).

En esta primera parte encontramos otros dos capítulos que constituyen una brillante manifestación crítica del papel que juega el erotismo en la obra de la poeta; son los que llevan por título «El modelo dórico y el erotismo blanco» («The Dorian Model and White Eroticism», pp. 90-107) y «Ascesis: el cristal y la sal» («Ascesis: the Crystal and the Salt», pp. 85-90). El primero aborda el sentido del término 'ascesis' en la obra de H. D. como imagen de la austeridad y disciplina en el arte. La autora aprovecha la recreación que Pater había a su vez hecho de este término asociándolo a la figura del joven atleta espartano. Pater, seguidor de la escuela de Winckelmann, insistió en esta figura como ideal griego y al mismo tiempo ubicó la esencia del helenismo en la institución del homoerotismo masculino. La homosexualidad masculina representaba en esta escuela un eros superior, con lo que implícitamente se marginaban del modelo el cuerpo y el deseo femenino. Ello explica la remodelación que la idea experimenta en manos de H. D., quien concibe su propio helenismo como seguidor del modelo dórico: la poeta se valdrá de imágenes utiliza-

das tradicionalmente para la representación de la homosexualidad masculina (como, por ejemplo, las estatuas de mármol como símbolo de la perfección espiritual y la androginia) para representar el homoerotismo femenino. De este modo logró deslegitimar la única posibilidad que hasta entonces se había dado: la línea abierta por Safo con la recuperación de la figura de Afrodita. Valga ello como una prueba más de la manipulación de los textos clásicos y la misoginia de estas primeras décadas del siglo XX, que fueron relevantes y especialmente notables en el campo de los Estudios Clásicos.

Un capítulo muy revelador es el dedicado al influjo de los estudios de la antropóloga de la escuela de Cambridge Jane Ellen Harrison, sobre todo porque la poeta nunca lo reconoció explícitamente. Gregory demuestra este influjo rastreando los escritos que publicó Harrison y que, de una manera u otra, sirvieron para la utilización que H. D. hizo de algunas figuras religiosas griegas como las sacerdotisas.

La segunda parte de la obra es la dedicada a la intertextualidad clásica, que, como afirma rotundamente Gregory en la introducción, es la mayor fuente de inspiración histórica, estética e ideológica de la autora. Dedicada a los estudiosos de Eurípides, una presencia constante en la reflexión sobre la producción poética de H. D. En «Eurípides: tiempo y trabajo imaginario» («Eurípides: Dream Time and Dream Work», pp. 179-233). llega a afirmar que el tragediógrafo griego es el modelo arquitectónico sobre el que se basa el helenismo de H. D. La calificación del dramaturgo que hizo la poeta norteamericana como «rosa blanca, lírico, femenino» («white rose, lyric, feminine», p. 181), junto con la producción ensayística que dedicó al autor son una prueba más de su influjo. Destaca Gregory la reflexión sobre la figura de Helena y su recreación basada en el modelo propuesto por Eurípides, así como el énfasis que pone en la importancia de la voz coral y su influencia en la poesía de H. D., lo cual es de especial interés si tenemos en cuenta la aportación a la escena griega que hizo el dramaturgo: una voz única con una identidad múltiple, una única emoción en una experiencia colectiva es el reflejo de la polifonía o voz dialógica de una obra tan reveladora como «Helen in Egypt».

A continuación encontramos un capítulo dedicado a la poeta Safo, un influjo reconocible, aunque la labor de H. D. —en este caso nula como traductora o intérprete— se haya centrado en su experiencia como lectora. Partiendo de lo ya defendido por otros críticos, Gregory se dedica exclusivamente a buscar huellas textuales de la poeta lesbiana. A mi modo de entender, una de las conexiones más bellas que establece la autora es la siguiente: «Los fragmentos de Safo le enseñan la intimidad radical en el discurso erótico dirigido a un ser imaginado [...]. Los coros de Eurípides le proporcionan un modelo de una voz común eróticamente refractada e implicada dentro de un sublimado contexto dramático» (p. 136). Tampoco olvida que la poeta griega representa en la tra-

dición occidental no sólo el amor en crisis no consumado y el deseo homoerótico femenino, sino también la recuperación de Afrodita frente a Ártemis. Conectado con este capítulo está finalmente el dedicado a Teócrito (pp. 161-173) que pone de manifiesto la huella de un erotismo corporal, en definitiva, el éxtasis sublime de lo humano y terrenal.

El libro incluye un valioso apéndice comentado de los poemas de H. D. utilizados para el ensayo y ordenados cronológicamente (pp. 233-257). En él se detalla la tradición clásica precisa para una completa y correcta comprensión de los poemas. Seguidamente encontramos una segunda clasificación de los poemas, ordenados esta vez según la intertextualidad encontrada en ellos: influjos de Calímaco, de Homero o de los ya mencionados Safo. Teócrito o Eurípides. Se leen a continuación las notas clasificadas por capítulos, donde la autora amplía su opinión o la bibliografía relativa al tema. El ensayo finaliza con la bibliografía utilizada —que no es simplemente muy amplia de perspectivas, sino que recorre un largo camino en los estudios de tradición clásica— dos índices, onomástico y de materias.

En conclusión, se trata de un libro muy sugerente, ampliamente documentado y con un gran espíritu de búsqueda de nuevas lecturas en una obra poética muy compleja; que utiliza la propia producción poética de la poeta bien como documento para reflexionar, bien como manera de ahondar en la universalidad de la tradición clásica. En definitiva, ameno y enriquecedor.

M^a CARMEN PALOMO GARCÍA

ΜΑΚΡΪΣ, Μ., *Δωδεκανησιακά Παραδοσιακά Δίστιχα. Ανθολογία*, Rodas, Έκδοση Δημόσιας Βιβλιοθήκης Ρόδου, 1997, 301 pp.

En el presente libro A. Makrís recoge una extensa Antología de dísticos populares procedentes de las islas del Dodecaneso. La antología se estructura en una serie de grandes apartados correspondientes a los diferentes temas en los que se clasifican las canciones, a saber: 1. Del amor (pp. 19-146), 2. Del exilio o del destierro (pp. 147-166), 3. Del mar (pp. 167-179), 4. Del dolor (pp. 181-194), 5. De sentencias (pp. 195-208), 6. De baile y de diversiones (pp. 209-218), 7. De boda (pp. 219-238), 8. De obstinación y de jocosidad (pp. 239-255), 9. Canciones de cuna (pp. 257-264), 10. Canciones de muerte (pp. 265-281), 11. Varias (pp. 283-292).

Dentro de cada una de estas categorías el autor establece, a su vez, un buen número de títulos y en cada uno de ellos incluye varios dísticos numerados indicando en cada caso su procedencia.

La obra se completa con la Bibliografía de las antologías de las canciones populares griegas utilizadas por el autor (pp. 293-294).

Dado el interés cada vez mayor que las canciones populares griegas justamente suscitan por su indiscutible calidad poética entre los estudiosos de la literatura neohelénica, cabe felicitar al autor de la presente antología por haber recogido en esta edición un material de tan rico contenido que nos facilita además una amplia visión sobre la canción popular griega de todo el Dodecaneso.

ÁNGEL MARTÍNEZ FERNÁNDEZ

MAÑAS NÚÑEZ, M. (ed.), *Fedro/Aviano. Fábulas*. Akal/ Clásica. Madrid 1998, 341 págs.

Sea bienvenida la edición-traducción, obra de M. Mañas, de los dos fabulistas latinos, Fedro y Aviano, no sólo para nuestra área de conocimiento sino también para el mundo hispano-parlante. La fabulística o *fabella*, según la terminología de Fedro, o *fabula* según Aviano, fue considerada un género menor por el cual la literatura latina mostró escaso interés. Pero si bien no ocupó un espacio importante en los estudios literarios de la antigüedad grecolatina, siempre resultó atrayente y despertó no poca curiosidad. En las últimas décadas no han faltado estudios generales acerca de la fábula antigua y de la fabulística posterior deudora natural de aquélla y que, sin solución de continuidad, alcanza aún a nuestros días, estudios tales como los de Wienert, Hervieux, Nojgaard, R. Adrados, Janssens y otros.

Aceptamos por consenso que el creador de la fábula fue el misterioso y moralizador Esopo del siglo VI a. C. A él remite principalmente el género fabulístico sin olvidar las influencias orientales, sobre todo a partir de la Edad Media. La fábula esópica fue superada al adoptarse en su presentación el verso en lugar de la prosa y ampliada con nuevos motivos y orientación. Así ocurrió con Fedro, el griego Babrio y Aviano quienes innovaron temas y elevaron el apólogo esópico a la dignidad de género literario. Concretamente, Fedro se gloria de no contentarse con el frío y árido relato esópico sino de añadirle los atractivos del arte, y de este modo haber hecho del angosto sendero de Esopo una larga vía.

En realidad, existía un uso aislado de la fábula, incluso antes de las colecciones propiamente dichas, uso cultivado ocasionalmente por escuelas filosóficas, historiadores, oradores y satíricos. La *brevitas* poética y la *simplicitas dicendi* pertenecen al estilo de la fábula fedriana y, en general, al género. La naturaleza de la fábula esópica aparece recogida en la antigua definición que conservamos de Teón: fábula es un relato ficticio verosímil. Así, resulta esencial a la fabulística la ficción alegórica o una cierta alegoría sostenida. Expresamente lo declara Aviano al final de su prólogo-dedicatoria a Teodosio: «He hecho que los árboles hablen, que las bestias lloren con los hombres, que las aves discu-

tan con palabras y que los animales rían de modo que incluso los propios objetos inanimados emitan sentencias acordes con las necesidades de cada individuo» (p. 310). Se trata de divertirse con los animales y con otros seres o personajes, de representar la vida y el carácter de los hombres, sirviéndose de lo más representativo de ellos, antes que censurar a individuos. De los animales, en general, se resalta lo característico de cada uno, por ejemplo, del león y del águila, el poder. Hay que conocer bien las costumbres de los animales, y de entre ellos, los animales domésticos son los más familiares y por ello los más frecuentemente utilizados en los relatos. Es que «somos —escribía La Fontaine— el compendio de cuanto de bueno y malo hay en las criaturas irracionales».

De ahí que, normalmente, del carácter didáctico-moral inherente al género, deduzca Lessing que la fábula es un relato en que se reconoce intuitivamente un principio general de moral. Por ello casi siempre aparecen los promitios, es decir, a qué circunstancias se aplica la fábula y los epimitios o moraleja que formulan una verdad. Así decía De Boufflers, en ocasiones también fabulista, que la moral necesita para ser bien recibida de la máscara de la fábula y del encanto del verso.

Mucho más se podría decir de la fabulística. De todo ello nos ofrece rica información el editor del libro que reseñamos en las sendas introducciones generosas que preceden a su edición y traducción de las fábulas. En la introducción referida a Fedro presenta en diferentes epígrafes lo siguiente: la vida del fabulista y la cronología de su colección, la relación entre Fedro y Esopo preconizada en el prólogo fedriano «materia inventada por Esopo que adorné en versos senarios», temas relativos a Fedro y a la fábula, fuentes y tipología, técnica narrativa, contenido, lengua, estilo y métrica, pervivencia, tradición manuscrita, notas sobre la traducción, resumen, fuente, tema y esquema de cada fábula. Sigue una bibliografía clasificada en repertorios bibliográficos, ediciones, traducciones y estudios. Continúa con los cinco libros de fábulas fedrianas más el apéndice compuesto de las treinta y dos transmitidas por Perotti. Y, casi independientemente del fabulista Fedro, intercala la edición de las fábulas de Aviano, anteponiendo igualmente una introducción, no tan extensa como la anterior, pero adoptando criterios semejantes a los ya señalados respecto a la fábula fedriana.

Pues bien, después de exponer las características generales de esta meritoria obra, hagamos algunas observaciones. Comparto tanto sus elogios como también algunas críticas vertidas por A. Serrano Cueto en la reseña detallada que publicó en el *Boletín informativo de la SeLat*, julio 1999, pp. 55-62. Pues, pese al buen trabajo que merece nuestro mayor encomio, también es innegable que cualquier trabajo es perfectible. En líneas generales comparto con el recensionista citado el tratamiento desigual que M. Mañas adopta respecto de uno y otro fabulista. Pues dado que se trataba de presentar en un

solo volumen ambos fabulistas no sé por qué había que disociar los estudios introductorios. Resulta pertinente esta crítica con todas sus consecuencias. En todo caso hubiera preferido yo dos volúmenes separados, aunque soy consciente de las exigencias editoriales. Para Fedro bien cabe una edición aparte, pero incluso Aviano, justamente por el hecho de haber sido marginado en nuestro país tanto tiempo, merecería dedicarle toda una edición. Realmente, posee suficiente entidad: es un autor de finales del siglo IV o de comienzos del V que intenta superar y separarse de la *rudi latinitate* de su fuente adoptando un metro más refinado, el dístico elegíaco, con influencias netas de Virgilio y de Ovidio. Por otra parte su obra constituye un corpus de 42 fábulas de influjo babriano, aunque no se reduzca a Babrio. Se podría haber destacado y desarrollado más ampliamente el carácter innovador del género fabulístico en época tan crucial, innovaciones que responden a otros parámetros y gustos literarios que apuntan y rigen en los tiempos de Aviano. Ello tendrá continuidad y pervivencia en la Edad Media, Renacimiento y posteriormente hasta llegar a La Fontaine, Samaniego e Iriarte. También podría haber tematizado los hechos de prosodia propios de la baja latinidad con un estudio métrico más detallado y de lengua. La bibliografía es abundante pero no «casi única» (p. 285), pues en 1988 dirigí una tesina en la Universidad de La Laguna en la que el profesor G. Santana Henríquez efectuó una edición y traducción de «la fábula en Aviano» aún inédita, y fruto de la cual son algunas de sus publicaciones: «Aviano y la transmisión de la fábula grecolatina» *Revista de Filología de la ULL* 8/9, 1989/1990, pp. 367-380, y «La figura del *rusticus* en las fábulas de Aviano» *Boletín Millares Carlo* 11, 1990, pp. 141-144.

Pero dejemos lo que a uno le hubiera gustado, pues lo que tenemos, sin embargo, es un solo volumen para dos fabulistas, Fedro y Aviano, y una buena traducción anotada generosamente con abundantes notas explicativas. Ahora, gracias a Akal/Clásica podemos acercarnos a estos dos fabulistas latinos en una aceptable y meritoria edición de M. Mañas que se echaba en falta y ello es de agradecer.

JOSÉ GONZÁLEZ LUIS

MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, A., *Η εικόνα της γυναίκας στην αρχαία ελληνική λογοτεχνία. Ο Όμηρος και το επίγραμμα της ελληνιστικής και αυτοκρατορικής εποχής*. Αθήνα, εκδόσεις Αλφειός, 2000. 59 pp.

En este libro, escrito en un excelente griego moderno, el autor se ocupa de la representación de la mujer en Homero y de su pervivencia en el epigrama griego helenístico e imperial.

En la *Iliada* y la *Odisea* aparece bien definido —como señala A. Martínez (pp. 8-9)— un modelo de mujer ideal que se refleja en un conjunto de virtudes o cualidades femeninas y en ciertas reglas de comportamiento propias de la condición femenina. Esta idea homérica de lo que debe ser la mujer se transmite en líneas generales en la poesía griega posthomérica debido al fuerte influjo que Homero ejerce a lo largo de la Antigüedad en la cultura, la educación y la vida de los griegos.

El autor indica (pp. 10-11), correctamente en nuestra opinión, que esta imagen de mujer reflejada en Homero y en la poesía posthomérica no sólo se fundamenta —como se ha propuesto a veces— en un modelo femenino imaginario transmitido por la literatura sino también en un concepto real admitido por todos sobre lo que debía ser la mujer. El hecho de que este perfil homérico y poético de mujer —según A. Martínez— lo encontremos también en las inscripciones funerarias en verso, donde la mujer difunta que es objeto de elogio por parte del epigramatista no es un personaje de ficción sino una persona del mundo real, hace pensar que las cualidades femeninas alabadas por los poetas responden de un modo más o menos fiel, por encima de la manifiesta idealización literaria femenina expresada en los textos mediante una serie de fórmulas comunes, al concepto que sobre la mujer existe realmente en la época correspondiente y en parte —en el caso de los epitafios métricos— a la condición real de la mujer difunta en cuyo honor se hace la alabanza.

Cabe destacar la amplia y actualizada bibliografía que se presenta en este libro sobre los estudios de la mujer (pp. 45-49 notas 1, 2, 3 y 4) y del epigrama (pp. 50-54 notas 13 y 14).

Es de notar además que la traducción que se ofrece en griego moderno de numerosos epitafios métricos es la primera que aparece publicada en esta lengua.

Asimismo, hay que poner de relieve, por otra parte, que la esmerada edición de la obra corre a cargo de Yoryis Pavlópulos, destacado miembro de la primera generación poética griega de postguerra, considerado por muchos como el mejor poeta griego de los que viven actualmente.

En definitiva, nos encontramos ante un pequeño libro, serio y riguroso, que supone una útil contribución para un mejor conocimiento sobre la representación de la mujer en los textos poéticos, literarios y epigráficos.

J. L. VECILLA FERNÁNDEZ

MARTÍNEZ VÁZQUEZ, Rafael, RUIZ YAMUZA, Emilia, FERNÁNDEZ GARRIDO, María Regla, *Gramática funcional-cognitiva del Griego Antiguo I. Sintaxis y Semántica de la Predicación*. Universidad de Sevilla, 1999, 337 págs.

Estudios parciales de Sintaxis Griega han sido los resultados habituales de cuantos estudiosos españoles se han dedicado a esta parcela de la Lingüística

del Griego Antiguo, si excluimos aquellas gramáticas escolares que ofrecen una síntesis de la lengua en sus diversos campos, o una síntesis sintáctica, como es el caso del librito de Maldonado Villena (Granada, 1987). En efecto, desde que Cirac dedicara el cuarto volumen de su *Manual de Gramática Histórica Griega* a la sintaxis del verbo y de las oraciones en 1957, sin que pudiera llegar a publicar su anunciada sintaxis del nombre (tercer volumen), hasta el libro de Francisco Rodríguez Adrados, *Nueva Sintaxis del Griego Antiguo* (Madrid, 1992), en el que entre otros campos de la sintaxis quedaron sin tocar los relativos a las oraciones subordinadas, en España sólo se han publicado estudios parciales. Recordemos el de José Sánchez Lasso de la Vega, de imprescindible consulta a pesar del tiempo transcurrido desde su publicación (Madrid, 1968) y a pesar de los reparos expuestos al autor por algunos colegas; sólo pudo presentar una sintaxis del nombre y de las categorías nominales. Recordemos igualmente el no superado libro de Martín Sánchez Ruipérez, *Estructura del sistema de aspectos y tiempos del verbo griego antiguo. Estudio funcional sincrónico* (Madrid, 1954, 1991r). Otros estudios parciales —numerosos, es cierto—, se han publicado en formato de libro, artículo y tesis, pero en ningún caso se trata de una sintaxis de la lengua griega. Cirac había anunciado su proyecto de publicar una gramática histórica del griego abarcando desde la fonética (recogida en el volumen primero) hasta la sintaxis verbal y oracional (cuarto), pasando por la morfología (el inédito volumen segundo) y la sintaxis nominal (el inédito volumen tercero); véanse los prólogos de los dos volúmenes editados. Lo mismo ocurrió con el proyecto del añorado profesor Lasso de La Vega, quien en su nota preliminar anunció tres volúmenes, del que sólo apareció el primero. Adrados renunciaba a la explicación de las oraciones subordinadas y de otros aspectos de la oración (p. 46) en su *Nueva Sintaxis*.

Tal vez pronto cambie esta situación, si se llega a hacer realidad el anuncio que el profesor Emilio Crespo Güemes ha hecho en su comunicación del X Congreso Español de Estudios Clásicos (Alcalá de Henares —Madrid—, 24-IX-1999), de que próximamente aparecería una *Sintaxis del Griego Clásico*, comunicación que versó sobre el contenido y orientación que dicho libro tendrá.

En esta intermitente tendencia a publicar estudios de sintaxis general de la lengua griega antigua ha aparecido en el primer semestre de 1999 el libro que ahora reseñamos y que se fija sólo en la Predicación, como parte de un proyecto más ambicioso. Adelantemos que se trata de un estudio muy extenso del que el lector sólo puede ver una parte, ilustrada en muchos epígrafes con un ejemplo, en la que los autores no se han detenido a explicar con proliferación de detalles cuanto su análisis nuevo aconsejaría.

Se trata de un enfoque nuevo de la llamada tradicionalmente 'oración', pero analizada desde una perspectiva distinta, que comienza desde el plano del significado y no desde la forma. Los autores, muy familiarizados con la ter-

minología lingüística reciente (funcionalismo holandés y cognitivismo de Lakoff y Langacker) han expuesto los resultados de sus análisis sin detenerse en la explicación de los pasos previos de sus conclusiones. Es por ello que seguramente muchos estudiosos de la lengua griega, y de su sintaxis en particular, encuentren numerosas dificultades a lo largo de la lectura de las más de trescientas páginas que esta publicación contiene. Veamos sus partes.

Encabeza el libro una «Presentación» del Dr. D. Alberto Díaz Tejera, nuestro profesor y Director de Tesina y Tesis, Catedrático de Filología Griega en la Universidad de Sevilla, recientemente fallecido. Su muerte ha truncado varias de sus iniciativas, cuales eran unas traducciones de Platón y Aristóteles, algunos estudios lingüísticos, etc. Nos parece, sin embargo, que este triste destino y esta desaparición prematura ha convertido esa «Presentación» en su última contribución a la Filología Griega. Son, no obstante, varias decenas de discípulos los que tratamos de seguir sus enseñanzas, su agudeza intelectual, su precisión en el vocabulario, su constante reflexión en torno al hombre actual y al hombre clásico. Pues bien, dentro de su actividad académica, en los últimos años había animado a un grupo de discípulos, como son los tres autores de este libro, a emprender el difícil proyecto de elaborar una nueva sintaxis de la lengua griega que fijase su atención ante todo en el terreno de la oración. Es cierto que sus alumnos han alcanzado una primera meta con la publicación del libro que ahora reseñamos, si bien el método y la perspectiva elegidos se alejan de las consideraciones estructuralistas y formalistas de su profesor. En la citada Presentación Díaz Tejera valoraba con estas palabras el estudio de Rafael Martínez, Emilia Ruiz y María Regla Fernández: «No se trata, por supuesto, de levantar *ex novo* una sintaxis del griego antiguo. Esta lengua soporta sobre sus espaldas, desde hace tiempo (incluso siglos) investigaciones profundas y numerosas y desde múltiples puntos de vista. Sólo se trata de aplicar a ese acervo científico heredado esta nueva perspectiva metodológica, cernida a partir de las tendencias lingüísticas actuales» (pp. 13-14). Como estas líneas muestran, hasta en su última colaboración, Don Alberto Díaz Tejera dio una lección de brevedad, concisión y precisión.

Cuando se contrasta el nuevo análisis con los tradicionales se observa la novedad de denominar 'objeto' a aquellas funciones realizadas por casos distintos del acusativo, como son en griego el genitivo y el dativo. En esta sintaxis, siguiendo los análisis de la lingüística moderna, así se hace y ello implica romper «el isomorfismo estructural» — como Díaz Tejera lo denomina — y distinguir funciones sintácticas de funciones semánticas. Mientras aquéllas son reducidas a dos (sujeto y objeto) por los funcionalistas de la escuela holandesa (Dik, Wakker, Crespo, Villa, etc.), las funciones semánticas se diversifican en una amplia variedad de tipos para su adscripción a los diferentes procesos de conceptualización de la realidad, descripción que Díaz Tejera redondeará diciendo que son «funciones que están ahí, pero desordenadas». Esta nueva

descripción llevará al presentador a la siguiente conclusión: «He aquí... un avance importante: los morfemas gramaticales de la lengua griega son muchos, pero no lo suficiente como para ahorrar los numerosos estados de los asuntos en los que los interlocutores intervienen».

No obstante, los autores de esta gramática llamada «funcional-cognitiva» se apartan de los funcionalistas cuando entienden que en la lengua griega no procede considerar funciones sintácticas únicamente las de Sujeto y Objeto, porque en esta lengua no se da la oposición regularizada entre construcciones activas y sus correspondientes pasivas, ni se mantiene siempre la misma valencia del Predicado (verbo) en pasiva y en activa. Con lo cual el método seguido se acerca a la descripción más tradicional de la función sintáctica como un concepto de relación gramatical, que aporta la novedad de que dicha relación gramatical comprende la suma de dos tipos de propiedades, las de codificación (*coding properties*: posición fija en la frase, caso, preposición, concordancia con verbo...) y las de comportamiento (*behavioural properties*: sujeto en infinitivo, participio concertado, prolepsis...) de los «términos» en una construcción dada.

Desde el primer párrafo el lector no familiarizado con la reciente terminología lingüística [reciente por cuanto que se siguen esencialmente los conceptos de, por ejemplo, Dik, Van Valin, Halliday, Fillmore, Lakoff, Langacker, Givón o Wierzbicka, cuyas obras se sitúan en los últimos treinta años], encuentra una sucesión constante de nuevos conceptos y nuevos términos, abreviaturas (en algún caso explicada varias páginas después de su primera aparición [EDA, pp. 20 y 24] y cuadros que ha de comprender y asimilar en la definición precisa y delimitada con la que es usada en el texto por sus autores. Y no es pequeño el problema que esta novedad produce. Ya hemos mencionado las palabras «codificación», «propiedades», «comportamiento». Y al tratarse de palabras que en el uso ordinario admiten varias acepciones, cuando los autores no precisan en cuál de ellas aparece, se posibilita involuntariamente la ambigüedad. Detengámonos en algún ejemplo para aclarar nuestra aseveración. La palabra 'término' es usada por los autores en una doble acepción, —tal vez no se hayan dado cuenta, pues son varias las veces en las que así ocurre—: primera, la acepción común referida a las palabras que definen concretamente un concepto; así, en p. 16, donde se afirma «La importancia del significado... es puesta de relieve por Langacker en los *términos* siguientes:» [la cursiva es nuestra]; segunda, la acepción específica, técnica en este libro y propia de estos métodos lingüísticos, como en la p. 18, cuando se habla de «propiedades de codificación... y de comportamiento... de los *términos* en una construcción dada»; y en página 19, «Entendemos que son formalizaciones de las relaciones que se dan entre un *término* núcleo, en este caso el predicado, y otros *términos*». [La cursiva es también nuestra]. Posiblemente los autores redactan en la idea de que cual-

quier lector comprenderá bien esta reciente terminología, si acude a cada una de las fuentes que se citan, en caso de que no la conozca aún. Pero si, como pensamos, el libro va dirigido a estudiantes universitarios y a filólogos griegos, habría sido conveniente haberse extendido un poco más en la explicación y precisión de los conceptos.

Hay otros términos que requerirían —en nuestra modesta consideración— una definición, aunque fuera en nota a pie de página. Por ejemplo, «icónico», «iconicidad», «icónicamente» (p. 19), cuando dice: «... la perspectiva es, además, reflejada icónicamente por la estructura sintáctica de la predicación», o «La FG entiende que en activa, la perspectiva básica y la estructura sintáctica coinciden, de modo que la estructura sintáctica es 'icónica' y refleja 'icónicamente' la perspectiva de la estructura subyacente». Tal vez se debiera haber aclarado si este concepto de estructura subyacente es usado con el mismo significado que en la Gramática Generativa o no.

Llama la atención, por otro lado, que en las primeras páginas (16-22) los autores se hayan esforzado en marcar las diferencias entre sus principios metodológicos y los de la Gramática Funcional, supliéndose esas diferencias con una aportación propia (por ejemplo, «predicado complejo» en *es alto*, p. 22), o con una referencia a la Gramática Cognitiva («unidades bipolares», p. 22). En otras palabras, se practica un sincretismo de dos tendencias lingüísticas que tienen en común el análisis desde la consideración de que lo que importa es lo que se comunica, o lo que significa la comunicación, siendo la forma un dato secundario; en la fusión de ambas tendencias se produce una tercera vía, más completa y más próxima a la interpretación tradicional. Esto último es lo que ocurre con la concepción de las voces Activa, Pasiva y Media en la diátesis (pp. 215-217), en las funciones sintácticas (sujeto, objeto y complemento), etc.

Hemos dicho al principio que una primera lectura del libro muestra que el contenido posee una densa aportación teórica, fruto de largos y numerosos análisis, y que los autores, en un afán de síntesis, han condensado tanto a veces, que su propia expresión ofrece al lector en varias páginas sucesivas una enumeración ininterrumpida de axiomas, principios o posturas que debieran haberse reflejado (ejemplificado) con textos. Valga una muestra de la página 29, cuando en el capítulo de las Funciones Sintácticas se habla de la función sintáctica y la perspectiva. El primer párrafo define las funciones sintácticas como las posiciones que ocupan los términos en la estructura formal de la oración y se definen mediante propiedades como el orden de palabras, marca casual, concordancia, etc.; en el segundo párrafo continúa diciendo «esta estructura formal tiende a reflejar icónicamente la perspectiva de la estructura semántica de la predicación. Las funciones semánticas especifican típicamente el tipo de interacción que tiene lugar entre las entidades participantes en el asunto predicado. Estas interacciones se representan desde una perspectiva

concreta...», etc. Resulta un lenguaje muy abstracto y teórico, consecuencia de un esfuerzo sintético elogiabile, pero que requiere la presencia de ejemplos que faciliten su comprensión. Está claro por lo anunciado en el título del libro que no se analizarán los niveles de proposición y enunciado o ilocución, pero cuando se trate de un lector interesado en comprender la página 29, sólo alcanzará a leer once afirmaciones o generalizaciones sin más ilustración que un pequeño cuadro del «Marco predicativo» y «expansiones». Quien conoce los términos y los métodos funcionales y cognitivos no tendrá dificultad en comprender este análisis sintáctico y semántico de la predicación en la lengua griega. Sin embargo, los no familiarizados con estas escuelas tendrán alguna dificultad.

Reflexionamos con frecuencia acerca de la efectividad en el método aplicado por la Gramática Funcional, Cognitiva y otras tendencias, que establecen como punto de partida el significado, no la forma, y no sólo el significado de la expresión que emite un hablante, sino el significado de lo que el hablante quiere decir, aunque su expresión no corresponda exactamente con su intención. Ocurre, efectivamente, que en ocasiones la expresión de un hablante, incluso cuando dicha expresión esté precedida de una profunda reflexión, no coincide con la intención de lo que quería decir, de forma tal que quien recibe el mensaje expresado entiende algo diferente de lo que el emisor considera haber emitido. ¿Cómo resolver el problema? ¿Ha de atender el análisis a lo que quería decir el hablante, pero que no ha sido expresado adecuadamente? ¿O el análisis debe atender a lo que en la práctica se ha expresado? En ésta y otras reflexiones solemos detenernos, cuando tratamos de resolver las cuestiones que nos surgen ante textos cómicos, irónicos, satíricos o, simplemente, equivocados. No siempre los niveles superiores del análisis de la oración permiten aclarar estas dudas. Entendemos, por otro lado, que la actitud de quienes se dedican a esta tarea de investigar la lengua con nuevos métodos, (nos referimos a los profesores Crespo, Villa, Rafael Martínez, etc.) es receptiva y agradecida por cuantas sugerencias (o críticas en su caso) les puedan hacer los colegas que estudian estas parcelas. Y, sencillamente, es una actitud admirable.

Si los comentarios anteriores proceden de la impresión que un lector poco familiarizado con estas tendencias pudiera recibir de la lectura del libro hasta la página cincuenta, y que a nuestro entender es producto del esfuerzo sintetizador con el que se ha redactado, a partir del capítulo dedicado al Predicado, y a pesar de su brevedad, los ejemplos que acompañan la explicación permiten comprender bien la explicación de los predicados simples, complejos y omitidos.

El siguiente capítulo es muy novedoso por cuanto que encontramos aplicado al griego antiguo toda una tipología de los llamados «estados de los asuntos», incluyendo sus rasgos (control, afección, flujo energético, dinamis-

mo y experiencia) y tipos (acción, proceso, existencia, experiencia). La brevedad explicativa y el ejemplo facilitan la comprensión de cuanto los autores quieren transmitir y, sin duda, en su aplicación a la gramática griega este capítulo es de gran provecho.

Más complejo es el capítulo quinto, el de las funciones semánticas, en el que se recogen más de treinta funciones que se amplían en otras tantas si se cuentan las subdivisiones. Los autores reconocen la labor que otros colegas han venido realizando en esta parcela (por ejemplo, Crespo). Su aportación es notable cuando han ofrecido una confluencia de los llamados por otros gramáticos «usos contextuales» (las tradicionales funciones sintácticas de los casos griegos), con la relación ofrecida en las páginas 81-213. Ahora bien, esa confluencia no significa superposición ni sustitución terminológica; se trata de una descripción nueva de los múltiples usos de los casos y giros preposicionales que desde esta perspectiva semántica dan una explicación más coherente de unos hechos lingüísticos que en las gramáticas anteriores son definidos de distinta forma o son negados por gramáticos posteriores. En este análisis no se trata de enmarcar un uso en una función sintáctica estrecha, o de ver un uso en dativo, que sólo se consideraba propio del genitivo. Se trata de un análisis desde la perspectiva de lo que significa ese uso concreto, independientemente de la forma bajo la que se presenta; es esta aplicación de la perspectiva semántica la que resulta nueva, y con nombres nuevos se denominan los grupos de clasificación; así, por ejemplo, procesado identidad, segunda entidad, tema, función cero, ruta, etc.

El sexto y último capítulo está dedicado a la diátesis de los predicados. Constituye igualmente una novedad para la lengua griega esta descripción de la activa, media y pasiva, a la que se aplican nuevos rasgos (manipulación, transferencia, traslado, experiencia, afección, proceso, pasiva facilitativa, etc.), y ello se explica con suficientes ejemplos.

El libro termina con tres largos Apéndices y una Bibliografía selecta. Aquéllos son muy útiles por el esquematismo descriptivo que facilitan respecto a las funciones semánticas, los estados de los asuntos y los rasgos léxicos. Respecto a la bibliografía está recogida la citada a lo largo del libro y baste con ello. Sí habría que precisar alguna fecha, cuando en páginas 38 y 41 se cita a Smyth (1963...), mientras en la bibliografía sólo aparece «Smyth, H. W. (1920)...»; [recordemos que este manual fue revisado en su edición de 1956 por Gordon M. Messing].

En resumen, entendemos que el libro de los profesores Rafael Martínez, Emilia Ruiz y María Regla Fernández ofrece al lector un análisis de la predicación (segundo nivel de la oración), que renueva el enfoque histórico que esta parte de la sintaxis tenía hasta ahora en la Filología Clásica española. Sus ocho partes (Introducción, Funciones sintácticas, Predicado, Tipología de los estados de los asuntos, Funciones semánticas, Diátesis, Apéndices y Bibliografía)

presentan una síntesis de cuantos estudios han debido elaborar a lo largo de varios años hasta lograr condensar en trescientas páginas una nueva perspectiva y un nuevo método de descripción de los elementos de la frase, de la oración, que reciben una denominación específica para evitar en lo posible ambigüedades y confusiones. Consideramos muy útiles todas las partes, si bien la que se incluye en la Introducción debiera haberse considerado no tanto como simple introducción, excepción hecha del primer párrafo de pp. 14-17, sino como una parte más del libro, necesaria para aclarar el marco teórico de las partes siguientes, de las diferencias respecto a la Gramática Funcional y de sus aproximaciones a la Gramática Cognitiva.

Quisiéramos apuntar algunas ideas acerca de algunos comentarios incluidos en este libro. Primero, cuando en la Presentación se destaca que el punto de vista de este método se fundamenta no en las categorías, sino en los modos de conceptualización de la realidad (p. 13), recordemos que esta idea había sido ya apuntada en su aplicación al griego por Ana Felicia Stef, profesora de griego en la Universidad de Bucarest, en su libro *Sintaxa Conditionalelor Limbii Eline*, 1979, p. 330 ss. Segundo, el hecho de que el castellano esté recibiendo una incursión de términos lingüísticos anglosajones, que en su conjunto son tecnicismos encorsetados en nuestra lengua de no fácil adaptación y asimilación, lleva al uso de palabras algo extrañas a la lengua y que no siempre reproducen el concepto que en castellano va a tener el vocablo inglés introducido. Por ejemplo, 'topicalidad', 'focalidad' (p. 21), 'volicionalidad' (p. 263), o expresiones del tipo «predicados operativos», «predicado nuclear», «predicación expandida», «constructo mental» (p. 25), o en la misma página, el verbo 'capturar' aplicado en la expresión «de una misma realidad pueden darse diferentes estado[s] de los asuntos que la capturen», seguramente sorprendan a un oído castellano afinado. Las erratas deslizadas son, en general, fácilmente subsanables por el lector, y la experiencia nos ha demostrado que el autor — o autores en este libro — se ve incapacitado ante el hecho lamentable (o mejor dicho, el poco celo e interés de muchas imprentas), que no se esmeran en presentar un texto sin erratas, con la adecuada expresión y sin faltas, por más que el autor o autores se esfuercen en corregir primeras, segundas y terceras pruebas, cuando las hay; por tanto, en este punto de erratas no apuntaremos ninguna, porque sabemos del cuidado de los autores y de su afán perfeccionista.

Finalicemos insistiendo en nuestra valoración de este libro: se anuncia como primera parte de un proyecto más completo, presenta un nuevo método y una nueva interpretación lingüística de la oración y de sus elementos en la lengua griega antigua, reúne una síntesis de varios años de trabajo (en algunos puntos excesivamente esquematizados), abre nuevas vías para una mejor comprensión de la sintaxis griega y de sus significados; hay en este libro mucho que aprender y desde estas páginas felicitamos a sus autores y les agradecemos el esfuerzo realizado. Y como nos une el haber tenido como profesor

al añorado D. Alberto Díaz Tejera, permítaseme finalizar este comentario recordando sus propias palabras sobre este libro: «Esta gramática es novedosa, pero no arbitraria, dado que se fundamenta en investigaciones serias».

LUIS MIGUEL PINO CAMPOS

Moussyllanea. Mélanges de linguistique et de littérature anciennes offerts à Claude Moussy, B. Bureau & Ch. Nicolas (eds.), Lovaina-Paris, Peeters, 1998.

Se recogen en este volumen 43 artículos con los que se rinde homenaje a Claude Moussy, Catedrático de Filología Latina que fue de las Universidades de París X (Nanterre) y París IV (Sorbona), actualmente director del *Centre A. Ernout*, y organizador del 10^o Coloquio Internacional de Lingüística Latina, recientemente celebrado. Tras un epigrama liminar de Ch. Nicolas, que recrea el tópico de la exhortación al propio libro, un prefacio de H. Zehnacker que glosa figura y carrera del homenajeado, unas notas previas de los editores y una bibliografía selectiva de C. Moussy, los 43 trabajos se agrupan en siete secciones (*Etymologica, Morphologica, Syntactica, Semantica, Onomastica et Toponymica, Pragmatica, Litteraria y De Latinitate*).

La primera se abre con un estudio de F. BADER sobre «Le nom de la 'corne' et ses métaphores dans les langues indoeuropéennes anciennes» (pp. 3-13). El nombre del cuerno, que se considera inmotivado, se relaciona con **ker-h₂*- («dar golpes»), y se estudian los problemas fonéticos y morfológicos que plantean los desarrollos de esta raíz, su polisemia y el carácter imprevisible de las metáforas que suscita, así como los principales campos semánticos en las que éstas se acomodan (zoónimos, fitónimos...). Se dedican, en fin, sendos apartados al desarrollo metafórico en relación con el tiempo y el espacio (meses, toponimia), a la cuestión de Corinto y a la relación del cuerno con el marfil a través de la idea de dureza. G. J. PINAULT («Analyse de latin *caesaries*», 15-30) defiende, con un nuevo análisis de ambas formas, la correspondencia entre lat. *caesaries*, cabellera larga y bien peinada, y scr. *késara-*, propuesta ya por Bopp en 1847. Se plantea también la relación entre *caesaries* y *Caesar*, que el autor justifica apoyándose en el significado del cabello largo y bien peinado en el mundo épico y aristocrático. G. BONNET, autor de una tesis aún inédita sobre *Emprunt et adaptation des mots latins en albanais* (1995), estudia («Faute de langue et création lexicale. Quelques exemples de tentation paronymique», 31-36) el caso de alb. *ndrikullë*, que proviene de *matricula*, pero ha heredado contenidos («nodriza, comadrona, madrina»), más propios de *mater* que de *matrix*, como si en realidad viniera de *matercula*, y *timën* («hilo de la trama»), que procede de **temen*, inusitado en la forma simple, pero empleado en el compuesto *subtemen*, en el que podría verse una interferencia de *tegmen* (cf. *tego*). En vez

de pensar en particularismos de un fantasmagórico latín balcánico, G. B. interpreta estos fenómenos como interferencias que remontan al propio latín popular. D. BRIQUEL («Deux mots latins d'origine étrusque selon Isidore de Séville», 37-39.) trata de resolver la aparente paradoja de dos textos isidorianos en que, reconociendo a *cassidam* y *lanista* un origen etrusco, se explica su sentido a partir del propio latín (*cassidam autem a Tuscis nominatam. illi enim galeam cassim nominant, credo a capite, et.18,14,1*). Isidoro (*or.9,1,6-7*) considera cuatro etapas en la lengua latina (*priscam, latinam, Romanam, mixtam*), la segunda de las cuales sería hablada por latinos y etruscos a la llegada de Eneas, lo que implicaría la equiparación del etrusco a un protolatín arcaico. Por lo demás, D. B. se muestra renuente a aceptar el origen etrusco de ambas palabras, relacionándolas más bien con el mundo griego. D. CONSO, en fin, («Sur quelques étymologies synchroniques de *famulus* et *familia*», 41-48) analiza la distinción entre *famulus* y *servus*. Mientras que para Isid.*diff.1,525* *serui sunt in bello capti ... famuli autem ex propriis familiis orti*, D. C. defiende el carácter relacional de *famulus*, frente al estatutario de *servus*: «*Famulus* est un nom de relation (on est *famulus* d'un *dominus*, tandis que *servus* est un nom de statut (on est *servus* parce qu'on n'est pas *liber*)» (p. 43). Se analiza, en fin, la relación etimológica propugnada por J. Lydus entre *famulus* y *fames*, según la cual *famuli* serían los esclavos voluntarios: hombres libres que constreñidos por la necesidad se venden a sí mismos como esclavos.

En la segunda sección (*Morphologica*), CH. KIRCHER («D'*elephantinus* à *croceus* et à *Romanus*. Éléments pour une approche cognitive de la création lexicale: à quelle différence de relation correspond la différence de quantité de la voyelle présuffixale dans les adjectifs de relation?», 51-59) estudia los adjetivos de relación con sufijos *-anus*, *-inus*, *-inus*, analizando las diversas bases (topónimos, antropónimos, zoónimos, fitónimos, sustancias naturales, minerales u orgánicas). Dos tipos de adjetivos se presentan: adjetivos *d'appartenance*, que no conocen la moción, suponen una clasificación del sustantivo al que se aplican y denotan una relación global con el contenido semántico de la base, y adjetivos que indican sólo una relación parcial en dicho contenido. Pese a que los derivados de topónimos y antropónimos son en general del primer tipo, y los de fitónimos del segundo, no puede sostenerse un influjo decisivo del contenido de la base; así, sobre *elephas* se forman dos adjetivos distintos, *elephantinus* («como el elefante»), del primer tipo, y *elephantinus* («de marfil»), que se refiere sólo a una parte del contenido global «elefante»: sus defensas. Esta doble posibilidad se relaciona con la cantidad de la vocal presufijal: la vocal larga denota una relación global, la breve, parcial. F. BIVILLE («*Bacciballum* (Petr.61,6), 'une sacrée nana'; composés tautologiques en latin», 61-68) analiza el *hâpax* petroniano como lo que P. Guiraud llama *compuestos tautológicos*, formados por la yuxtaposición de dos temas verbales sinónimos, unidos además por analogías fónicas, en este caso *bacchari* y *ballare* («danser, mener jolyeuse

vie»). Se trata de procedimientos de formación morfológica con valor frecuentativo y aumentativo, afines con ciertos campos semánticos, sobre todo el del movimiento. Esta sería, pues, la primera aparición en latín del tema de *ballare*, de gran fortuna luego en la latinidad tardía y en romance. En la parte final, se pasa revista a los diversos procedimientos expresivos (léxicos, gramaticales, sintácticos y estilísticos) que implican la reduplicación y la aliteración, y que se relacionan, por tanto, con los compuestos tautológicos, de los que se ofrecen, en fin, nuevos ejemplos. L. NADJO («Réflexions sur quelques apports de la linguistique moderne à l'étude de la composition nominale en latin», 69-76) estudia las ideas sobre la composición de los antiguos, que habían descubierto más o menos explícitamente los dos criterios básicos de identificación del compuesto: unidad de acento y «unidad de imagen», es decir, necesidad de un significado unitario, aunque incurrieran en dos defectos: la manía clasificatoria, de la que no escapan tampoco los modernos, y la falta de distinción entre compuestos (*armiger*), yuxtapuestos (*paterfamilias*) y prefijados (*impudens*). Pasa a continuación a los aportes de la lingüística moderna: mayor afianzamiento de los criterios de identificación (inseparabilidad de los elementos constitutivos, constitución de una globalidad sintáctica, orden inmutable, en que normalmente el determinante precede al determinado, y la posibilidad de generar sobre él un derivado), y una reflexión más atinada sobre su génesis; tras adherirse tibiamente a la hipótesis de Meillet-Vendryes, que veían en la yuxtaposición la antesala de la composición, L. N. critica a quienes insisten demasiado en los criterios sintácticos y frásticos, comenzando con Benveniste y terminando con los generativistas. Una mención de los aportes de Coseriu y de su escuela habría sido quizás deseable. M. FRUYT («Le renouvellement dans l'évolution linguistique: quelques faits latins», 77-87) estudia un tipo de renovación por repetición, que, siguiendo a C. Hagège, denomina *ciclo o evolución cíclica*: repetición de un mismo fenómeno en épocas sucesivas, más o menos alejadas, recreación de un giro del mismo tipo que una estructura más antigua, que por diversas razones no funciona ya o se ha vuelto caduca. La autora presenta una tipología con 11 apartados: 1) el tipo *Iuppiter pater*, renovación idéntica y visible al nivel del sintagma; 2) pérdida de estatuto del morfema: gramaticalización y degradación; 3) adverbios que significan «hoy»: en latín tardío se emplea el sintagma *hodierno die*, que implica que no se percibe ya en *hodie* la presencia de *die*; 4) el tipo *nemo ... homo*, atestiguado desde Plauto, que prueba la desmotivación de *nemo* para el hablante; 5) si se admite que la vocal temática era en i.e. un antiguo artículo determinado enclítico aglutinado tras el sustantivo, antes de convertirse en parte integrante del elemento flexional de la palabra, en la fijación de *ille* ante el sustantivo en romance puede verse una repetición del proceso; 6) recreación al nivel de la palabra (prefijos y sufijos), es decir, adición del mismo preverbio (u otro de contenido semejante) a una palabra, por pérdida de conciencia del primer preverbio; y otro tanto

puede decirse de los sufijos: cf. la concatenación de sufijos diminutivos (*agnellulus, bellulus*). El mismo fenómeno se advierte en preposiciones y adverbios (cf. *dedans < dedeintus*, con la idea de procedencia marcada tres veces, dos por *de* y una por *-tus*; 7) las desinencias verbales personales de las lenguas i.e. salieron de pronombres personales enclíticos, soldados a la forma verbal. Tras el desgaste de las finales, en romance se recrean las marcas personales gracias a los pronombres personales, esta vez antepuestos; 8) reactualización de giros negativos; 9) verbos ‘impersonales’ de sentimiento: la evolución *me miseret tui > misereor*, que tiende a la regularidad, se repite en francés: *il me souvient > je me souviens*; 10) estatuto nomino-verbal del infinitivo. Del indoeuropeo al latín se asiste a una ‘verbalización’ del infinitivo (creación de la oración de infinitivo), pero su disminución de uso en latín tardío parece en relación con un movimiento de deverbización y vuelta a un estatuto más bien nominal; 11) en las inscripciones latinas arcaicas se observa una tendencia a la caída de las consonantes finales. Tras la restauración en la grafía y en la pronunciación, se observa de nuevo el mismo fenómeno en las inscripciones de Pompeya de la segunda mitad del s. I. Unas conclusiones muy pertinentes y que apuntan sobre todo a la coherencia terminológica cierran este excelente trabajo.

En la tercera sección (*Syntactica*), C. BODELOT («*Tempto si, subsisto si ... ou les propositions hypothétiques à sens ‘final’ chez les historiens latins*», 91-100), tras recordar los dos valores básicos de *si* (implicativo e ilocutorio), detalla algunos índices contextuales que diferencian este *si* de los usos anteriores (empleo del reflexivo indirecto — como en completivas, circunstanciales o relativas con valor final — para referirse al sujeto de la principal; uso de tiempos y modos menos variado que en un periodo condicional estándar, y orden canónico principal-subordinada con *si*, y no a la inversa, como suele ocurrir en la condicional prototípica, lo que implica un cambio en la perspectiva enunciativa, indicio de que la relación de causa —> efecto que normalmente subyace en un periodo condicional se desplaza hacia otro tipo de relación más cercano a la finalidad). Un cuarto apartado, no siempre fácil de seguir, estudia los efectos de sentido finales, tomando en consideración una dimensión pragmática y/o cognitiva. Cierran el trabajo unas conclusiones orientadas a subrayar su utilidad, en especial la explicitación de las situaciones susceptibles de motivar en latín el paso del *si* hipotético al interrogativo indirecto. De corte más tradicional es la contribución de M. LAVENCY («*Le participe latin*», 101-110). Un análisis funcional de los empleos de los participios latinos, desde una perspectiva sincrónica (de Livio a Tácito), permite al autor insistir sobre la función de predicado «à part entière» que no siempre se concede al participio. M. L. sostiene el valor no pasivo de construcciones como *Ianus clausus fuit* (Liu.1,19,3), que serían simples pasados de verbo de estado, como prueban la conmutación con *uidetur* y la dificultad de empleo del llamado agente; también se considera verbo de estado *esse* con participio de futuro. La distinción entre «participe

épithète et participe incident», el primero funcionando como un adjetivo o una oración de relativo, pudiendo ser nominalizado, y el segundo como una proposición subordinada que describe una situación concomitante con el proceso expresado por la principal, lleva al análisis de sus relaciones con el *cum* histórico, el ablativo del gerundio o el ablativo absoluto. Se estudian también el *participle dominant* (*A condita urbe*), el *participle attribut* (*Homerus Laertam colentem agrum facit*), y, siguiendo la estela de J. P. Chausserie-Laprée y D. Longrée, el *participle en rallonge*, pospuesto a una frase que constituye una proposición independiente con la misma función que un *relatif de liaison* (*librum misi tibi exigi, missurus etsi non exegisses*, Plin.3,213,1). G. SERBAT («Le tour ... *id genus*; un tissu d'anaphores», 111-15) analiza el giro *id genus* y expresiones similares. Su colocación usual en la frase parece descartar una función adverbial o apositiva, apuntando más bien a una función adnominal, cuasi adjetiva. La comparación con los acusativos de extensión y duración avala la pertinencia del empleo del acusativo en este giro. El acusativo, de hecho, tiene en cualquier empleo un doble valor (p. 114), sintáctico («il signale la dépendance d'un terme 2 (Ac.) par rapport à un terme 1 dont la catégorie n'est pas spécifiée») y semántico («il appelle tout ou partie de la notion 1 à coïncider avec la notion 2, à la recouvrir en quelque sorte»). No se trataría, pues, de una aberración sintáctica, sino que el uso se ajusta perfectamente al valor doble del acusativo. G. CALBOLI estudia la lengua de un *senatus consultum* recientemente publicado («Le *Senatus Consultum de Cn. Pisone patre*; quelques considérations linguistiques», 117-30), que resulta ser el más largo hasta ahora conocido, y datable con precisión (10-XII-20 p. C). Tras plantear la posible relación con el estilo asianista, G. C. cree que las características peculiares del texto (empleo de los pronombres, *consecutio temporum*, anomalías en la combinación y concordancia de tiempos, notablemente en el estilo indirecto) son achacables a las peculiaridades de la lengua jurídica.

En la cuarta sección (*Semantica*), G. CAPDEVILLE («*Oriundus*», 133-46), tras criticar las explicaciones incongruentes de Benveniste (*Origines...*), el *ThLL*, y más recientemente, M. D. Joffre (*Voix et Diathèse...*), analiza las condiciones de empleo de *oriundus*, cuyo sufijo *-nd-* parece tan debilitado que se emplea prácticamente como un adjetivo calificativo, sin que suelan verse, por otra parte, grandes diferencias con *ortus*. La definición que propone: «*Oriundus* définit une origine en quelque sorte 'généalogique', dont le point de départ peut être proche ou lointain, et qui peut être distincte, mais pas nécessairement, de l'origine géographique. Le mot, en tout cas, n'indique jamais une filiation directe entre deux personnes, il est associé généralement à un terme collectif désignant une famille, une 'souche' (...) une classe sociale, une cité, un peuple, un territoire...» (pp. 141-3) parece muy pertinente, aunque su intento de 'salvar' el contenido propio de *-ndo-* a través de una evolución «virtualité en devenir» > «virtualité dans le passé» (141) resulta aventurado. El trabajo termina con unas

notas sobre las particularidades de su empleo en latín: relativamente usual en Livio, lo evitan los poetas clásicos, aunque se emplea esporádicamente en la latinidad tardía. Es en cambio usual en la lengua jurídica para distinguir el lugar de origen del de residencia. En romance no parece haber dejado herederos. En francés sólo se atestigua en Montaigne, aunque sí se emplea en italiano moderno para designar a los nacidos en el extranjero de padres italianos emigrantes. Este uso, que se sentía como culto y hasta pedante, pasó a la lengua coloquial a partir de su aplicación al mundillo del fútbol. No se hace referencia al español, pero cualquier aficionado al fútbol recordará la profusión de oriundos sudamericanos (uno de ellos *oriundo* ... ¡de Celta de Vigo!) que recalaron en nuestros equipos en la década de los 70, hasta el punto de que llegó a decirse —con su pizca de exageración— que cada emigrante español al Nuevo Mundo debía de haber engendrado un futbolista. Recurriendo al método de análisis sémico, J. F. THOMAS («Observations sur le vocabulaire de la joie chez Plaute et Térence» 147-155) estudia el vocabulario de la «alegría» en la comedia. Analiza primero las dos series básicas (*gaudium* y *laetitia*), y a continuación otras dos secundarias, una periférica (*hilarus*, *hilaritas*), y la otra prácticamente ajena al campo (*festiuitas*). El contenido de *laetus-laetitia-laetari* se formaliza: /sentiment de contentement/ /vécu intensément/ /devant l'heureuse réalisation/ /de quelque chose qui est très important pour le sujet/ (p. 149). El grupo de *gaudium*, de empleo más frecuente, tiene un uso más variado. Además de emplearse en los mismos contextos que el grupo de *laetitia*, documenta tres usos específicos: 1) en el intercambio de saludos, expresa un «contentement poli» respecto a personas con las que no se tiene un lazo especial; 2) expresión de alegría por un acontecimiento dichoso del que uno es testigo, pero que no le concierne directamente; 3) alegrarse de la desdicha de otros, como fruto de una cólera brusca, pero de corta duración. Esto le lleva a postular un doble semema para el grupo de *gaudere*, uno igual al de *laetari* y otro que formaliza: /un sentiment de contentement/ /poli/ /devant l'heureuse réalisation/ /de quelque chose qui n'est pas essentiel pour le sujet/. En términos estructurales nos encontraríamos pues ante el término no marcado de una oposición privativa, aunque el autor prefiere hablar de sinonimia parcial. Sin embargo, el análisis estructural exige que cada término se oponga a otro por un solo rasgo, cosa que en este caso no se cumple, a no ser que se omita el rasgo /poli/, que, después de todo, no da cuenta de la tercera acepción. En cuanto al grupo de *hilaritudo*, el rasgo destacado parece el de la exteriorización de la alegría, por lo que el autor formaliza su contenido nuclear como /un sentiment de contentement/ /rayonnant/. J. P. BRACHET estudia los verbos *exsaturare* y *exsatiare*, formados sobre sendos denominativos de *satur* y *satis* («Les verbes *ex-saturare* et *ex-satiare*: des créations analogiques d'après *explere*?», 157-62). Se trataría de dobles estrictamente equivalentes, documentados a partir de Cicerón y Livio, respectivamente, con una tonalidad diafásica más bien

poetizante, y especialmente apreciados por los poetas de época neroniana. J. P. B. se pregunta por las causas de su creación, aparentemente superflua: puesto que *satiare* y *saturare* denotan una situación de plenitud extrema, una gradación *saturo* — *exsaturo*, *satio* — *exsatio* parece innecesaria. ¿De dónde vendría, entonces, la preverbación en *ex*-? «Puisque *explere*, qui est le parangon de la famille des verbes signifiant ‘emplir’, a un préverbe *ex*-, les autres verbes de même sémantisme reçoivent le même préverbe» (p. 161), por una especie de mimetismo formal. Pero *explere* no es propiamente, creo, el parangón (¿archilexema?) de «llenar», sino de «llenar *por completo*», que es lo que en realidad significa. Ese clasema resultativo es el que explica la aparición de *ex*- tanto en *explere* como en nuestros dos verbos, o en otros muchos igualmente resultativos. Claro que, como señala J. P. B., «*saturare* et *satiare* dénotent ... le même procès que *explere*, à un degré plus élevé que celui-ci» (159), es decir, son ya resultativos frente a *explere*, por lo que parecen excluir una gradación ulterior, por denotar una situación extrema. Pero hay que recordar que, según lo que B. García Hernández ha llamado *principio de la relatividad aspectual*, siempre es posible subgraduar cualquiera de los términos de una gradación; así, un término *ingresivo* puede subgraduarse en una secuencia *desiderativo* — *conativo* — *inminencial* — *incoativo*, y también un término resultativo, colocado al final de una gradación, puede subgraduarse; cf. *lleno* — *harto*; si uno está *harto*, parece que ha llegado ya a la plenitud extrema, pero también se puede estar *hartísimo*, *requeteharto*, y hasta *más que harto* ... o *atiborrado*. De hecho, se diría que un término de por sí resultativo es tanto más proclive a regraduarse de acuerdo con ese criterio, como tuve ocasión de observar hace algunos años en mi tesis sobre los verbos de «dar»: verbos claramente resultativos, como *soluo* o *pendo* («pagar, saldar, liquidar»), tendían a originar diversos modificados que gradúan a su vez esa resultatividad ya ínsita en el nivel léxico. De la misma manera que un verbo de sentido espacial tiende a crear modificados que precisan esa espacialidad, un verbo resultativo tenderá a graduar esa resultatividad por medio de sus modificados. De modo que no parece que la creación de estos modificados sea necesariamente gratuita. F. GAIDE, autora de una serie de interesantes trabajos sobre fitónimos latinos, aborda ahora («Les noms des plantes vulnérables dans les textes médicaux latins. Lexicologie et ethnologie», 163-68), con un enfoque onomasiológico, el estudio de los nombres de plantas que sirven para curar heridas, con la exclusión de las mordeduras de serpientes. B. GARCÍA HERNÁNDEZ, autor de notables estudios sobre los verbos de la visión, nos ofrece («Lat. *seruo*. Análisis estructural e investigación histórica», 169-78) un penetrante análisis de *seruare*. Persuadido de que el conocimiento de las características semánticas de un lexema permite indagar en mejores condiciones su origen y su trayectoria histórica, el autor recuerda primero los dos contenidos básicos del grupo lexemático de *seruare* («observar» y «conservar»). Se examina luego la presumible relación etimológica con *seruus*, del que *seruo*

sería un denominativo, y la espinosa cuestión de cuál sea el sentido originario de nuestro verbo. De manera convincente se establece que es «mirar», y no «guardar», y se concluye advirtiendo sobre los peligros de la ecuación *seruus* — *seruare*. En tercer lugar se estudia la posición estructural del significado primario de *seruo*, y el sentido de su evolución. El artículo concluye con una revista de los usos técnicos de *seruo*, ámbito en el que, gracias al carácter conservador de los usos técnicos, mantuvo con mayor facilidad el antiguo sentido visual, como también en la poesía, por su conocida preferencia por el *simplex pro composito*. E. GAVOILLE («*Ars* chez Plaute et Térence», 179-90) estudia la polisemia de *ars*, con un análisis componencial inspirado en la tipología de las relaciones de sentido de R. Martin (*Pour une logique du sens*, París, 1983) y la semántica interpretativa de F. Rastier. En el corpus, tal vez demasiado exiguo (28 ocurrencias), E. G. descubre dos dominios básicos de empleo: esfera práctica (acción en general) y esfera técnica (actividad especializada). En cada uno de ellos, la adición o supresión de semas permite ir deslindando la rica polisemia del término, hasta culminar en una ilustrativa figura recapitulativa que cierra el trabajo (p. 190). El establecimiento de semas, que se extraen del contexto, y no, como en el análisis estructural, a partir de las oposiciones con otros lexemas del mismo campo semántico, parece a veces un tanto arbitrario, y no queda muy claro en qué casos estamos ante valores de lengua distintos, y en qué casos ante simples acepciones. F. SKODA, en fin, («La notion de fonte dans les textes médicaux grecs», 191-98) estudia el concepto de *fusión* en la lengua griega, expresada sobre todo por los verbos *τήκω* (factitivo: provocar la fusión) y *τήκομαι* (fundirse). Dicho fenómeno, perceptible en la vida cotidiana a través de los fenómenos climáticos o de las actividades culinarias o artesanales, da lugar a hermosas imágenes en la poesía griega, pero son sobre todo los textos científicos los que explotan las diversas facetas que pueden descubrirse en el empleo de ambos verbos en griego: licuefacción, disolución, disminución, desaparición, reblandecimiento, debilitamiento, muerte ..., que la autora estudia exhaustivamente y califica como *semas*, término empleado de nuevo, no en el sentido usual en el estructuralismo de rasgo opositivo que distingue dos unidades léxicas, sino en cuanto rasgo recurrente en el empleo de una unidad.

En la sección quinta (*Onomastica et toponymica*), A. GRANDAZZI («Tous les chemins ne mènent pas à Rome: la *via Appia* avant la *via Appia* (à propos de LIV.VII,39,16)», 201-206) presenta una hipótesis sugestiva. El pasaje de Livio, que se refiere a 342 a.C. (*ad lapidem octavum viae quae nunc Appia est*), muestra que existía una vía anterior sobre la que se construyó o amplió la *via Appia*, cuyo nombre es omitido por todas las fuentes antiguas, aunque de su existencia da cuenta también la arqueología. Esta *via*, que remonta al siglo IX, llegaba, al menos, al macizo albano, lo que explica el nombre de *via Albana* que sin ninguna apoyatura en los textos antiguos suelen darle los investigadores

modernos. Puesto que las vías más antiguas recibían su denominación, no de los magistrados que las propiciaron, ni de las ciudades a donde conducían, sino de otros nombres geográficos, y puesto que la *via Appia* y la *via Latina* partían de la Porta Capena y se dirigían al macizo albano, tal vez la clave la ofrezca la *v. Latina*, llamada así por conducir al santuario de *Iuppiter Latiaris*, donde se celebraban las *Feriae Latinae*. Tal vez la vía pre-*Appia* llevaba al santuario de Diana en Nemi, en cuyo caso bien podría haberse llamado *Via Nemorensis*, por la epiclesis de la Diana latina. El silenciamiento de este nombre por las fuentes antiguas —y su bautizo con el nombre del magistrado romano Apio Claudio— podrían obedecer a razones políticas: la voluntad romana de privar a sus antiguos rivales de uno de sus signos más evidentes de identidad nacional. C. DOBIAS-LALOU («Sur quelques noms latins en Cyrénaïque», 207-12) aborda los problemas que plantea la transcripción de nombres propios latinos en una zona de lengua griega doria, y los procedimientos documentados para su resolución. Se estudian dificultades de orden fraseológico (falta de correspondencia entre los dos sistemas de denominación), morfológico (necesidad de insertar los nombres latinos en el sistema flexional griego) y fonético, aspecto de la cuestión que aporta valiosos indicios sobre la cronología de diversos fenómenos disimulados por el conservadurismo ortográfico de la lengua fuente. M. BARATIN («Un seul nom pour deux îles et plusieurs noms pour chacune: de Halonnèse à Alonissos», 213-18) se esfuerza por identificar la antigua isla de Halonessos, nombre que actualmente lleva la antigua Ikos. Tras rechazar las identificaciones usuales modernas, retoma una hipótesis emitida por Bürchner en 1890: la antigua Halonessos se correspondería con la actual Peristera, vecina de la actual Halonessos. CH. NICOLAS («De la synonymie entre noms propres: quelques cas latins», 219-28) reflexiona sobre el grado de sinonimia entre nombres propios distintos en construcciones paradójicas del tipo *X appellatur Y*. El título en sí es un tanto provocador, por cuanto el nombre propio, un designador rígido, no parece en principio afectado por cuestiones como polisemia, sinonimia o antonimia. El término *sinonimia*, por tanto, hay que entenderlo en sentido amplio, más cercano a lo que podríamos llamar *correferencia*. Un fino análisis lingüístico y lógico permite establecer una tipología de construcciones en las que $X = Y$, aunque tal equivalencia resulta ser, en general, más aparente que real: a) $x = y$ en dos sincronías diferentes (Rómulo / Quirino); b) $x = y$ en un contexto sociológico o estilístico diferente (Clodia / Lesbia); c) $x = y$ en casos de alias o pseudónimos (Lucumón / L. Tarquinio Prisco); d) $x = y$ por un deseo de precisión (*M. Moussy s'appelle Claude / Cn. Marcius, cui cognomen postea Coriolano fuit*); e) $x = y$ en casos de antonomasia (*Quinault est un Virgile; ei Catones sunt Nerones*), pero, como señala C. N., una al menos de las variables no funciona en realidad como nombre propio individuador, sino como parangón o prototipo; f) $x = y$ por rectificación: x es, o se ha convertido en, una apelación errónea, que debe ser rectificac-

da, y g) x = y en lenguas diferentes (*Jérusalem s'appelle Al Qods en arabe*; Júpiter / Zeus), caso este último en que la equivalencia lógica parece, como señala el autor, más postulable.

La sección de *Pragmatica* comienza con L. GAVOILLE («*Dictum et les énoncés performatifs*», 231-43), que reflexiona sobre la polisemia de *dictum*, que admite dos sentidos básicos («parole en général» y «bon mot», agudeza), a partir de un análisis pragmático que parte de la teoría de los actos de habla, combinado con un análisis sémico. *Dictum*, al menos en la comedia, recubre casi siempre actos ilocucionarios performativos, ya sean declarativos, promisivos o directivos, en ocasiones con efectos perlocutorios (convencer, herir, seducir...). En cambio, no designa ningún acto ilocucionario constativo. «La parole désignée par *dictum* est donc avant tout une parole qui agit sur l'auditeur et le fait agir» (p. 237). Esta constatación se confirma por la etimología, pues la raíz *deik-, según Benveniste, significaba «montrer par la parole avec autorité ce qui doit être», y por las equivalencias contextuales de *dictum* con *iussum*, *imperium* o *factum*. La otra cara de *dictum*, es decir, la expresión de un enunciado constativo, correspondería a *uerbum*, que designaría «...non pas une parole tournée vers l'action, mais une parole qui se rapporte à son référent» (p. 239). La explicación, en fin, de *dictum* «bon mot» a partir de estos mismos criterios pragmáticos parece artificiosa ... e innecesaria; el fenómeno de especialización es algo bastante común en el léxico, y no una rareza, como parece creer el autor. El trabajo concluye con la definición sémica del contenido de *dictum* («parole / qui agit) por oposición a *uerbum* («parole / qui signifie»). A este semema básico se deben añadir, según el autor, diversos semas suplementarios, que darían cuenta de los diversos tipos de enunciados performativos («parole / qui réalse / l'état de choses représenté») con sus subtipos *promisivo*, que añadiría el sema /par l'intermédiaire du locuteur/, o *directivo*, que añadiría /par l'intermédiaire de l'allocutaire/; o perlocutorios («parole / qui produit un effet / sur l'auditeur»). En cuanto al sentido «bon mot», podría definirse como «parole / qui ridiculise / par un jeu de mots», frente a *cauillatio* («parole / qui ridiculise / par une narration»). Se detecta una cierta incongruencia en el concepto de *sema*, que a veces se emplea en el sentido de la semántica estructural (rasgo mínimo de contenido que opone dos unidades léxicas: *uerbum / dictum*; *dictum / cauillatio*) y otras para rasgos que permiten distinguir usos contextuales. *Sema* parece haberse convertido en una de esas palabras-clave que sirven un poco para todo, pero hablar de semas distintos para el empleo de una misma palabra en diversos actos de habla parece verdaderamente adentrarse en la frontera del abuso terminológico. M. D. JOFFRE («Comment s'élabore le sens d'une forme? L'exemple d'*iste* dans l'*Asinaria* de Plaute», 245-52), continúa el análisis sobre *iste* en un trabajo anterior publicado en REL 74 (1996) 145-54. La autora rechaza (con ejemplos, en mi opinión, poco probantes) la relación de *iste* con la segunda persona y la pertinencia del valor peyorativo que suele reconocér-

sele. Una revisión de los géneros y autores en que es más frecuente ilustra su afinidad con la comunicación oral, pero, en lugar de relacionar este fenómeno, como parece evidente, con la esfera del «tú», M. D. J. ofrece esta interpretación: «Car *iste* répond avant tout à une des principales exigences de l'oral, donner du relief à l'énoncé: c'est un procédé de 'mise en saillance' qui permet au locuteur d'attirer l'attention des auditeurs sur le point important de son propos, centre de ses préoccupations» (p. 246). ¿Debe *iste* considerarse deíctico? En sentido estricto, no; apoyándose en ejemplos, creo que, fuera de contexto, poco probatorios, la autora formula el siguiente aserto: «Avec *iste*, le locuteur choisit délibérément de n'apporter aucune précision d'ordre spatial ou temporel sur le concept évoqué; il veut simplement attirer l'attention de celui auquel il s'adresse» (p. 247), aserto tan difícil de admitir que la propia M. D. J. se ve obligada a renglón seguido a matizarlo, bien es verdad que con una justificación también difícil de admitir: «il arrive certes, qu'*iste* donne l'impression soit de renvoyer à l'un des deux interlocuteurs le concept qu'il désigne, soit de livrer une information sur sa position dans l'espace ou dans le temps. Il ne s'agit en réalité que d'effets de sens» (*ib.*). Sigue un estudio del reparto de empleos de *iste* en *Asinaria*, del que se deducen dos tendencias; a) en 41 sobre 65 (63'25%) «...le pronom-adjectif donne...l'impression de renvoyer à l'interlocuteur, au tu» (pp. 247-8); b) en el 43% de los empleos *iste* aparece en una interrogación o un enunciado injuntivo, frecuencia mucho mayor que la de otros deícticos, lo que indicaría «le lien privilégié qu'entretient *iste* avec l'expression de la modalité» (p. 248). Sigue, en fin, el análisis de ambas tendencias. En primer lugar, a pesar de los múltiples indicios que parecen resistirse a entrar en un corsé, y que la autora trata de impugnar con argumentos a veces circulares, notablemente el recurso a ejemplos que, en mi opinión, o no están claros, o no están bien interpretados, insiste en rechazar la solidaridad de *iste* con la esfera del «tú». En segundo lugar, se insiste en la afinidad de *iste* con la modalidad. Es cierto que es éste uno de los temas-estrella de la lingüística moderna, pero no parece que todos los fenómenos lingüísticos tengan que ver con ella: ¿no será que *iste* aparece tanto en interrogaciones y en órdenes porque ambos tipos de mensajes se dirigen a un interlocutor, a un *tú*? A. ORLANDINI, autora de valiosos trabajos sobre expresiones modales latinas, analiza ahora el verbo *debeo* («La polysémie du prédicat *debeo*», 253-63). Recogiendo en parte los análisis previos de Bolkestein y Núñez para el latín, y Huot y Picoche para el francés, distingue en *debeo*, como se intuía ya en Prisciano, dos valores principales, el uno radical (*debeo* + SN objeto), y el otro modal (*debeo* + infinitivo), con una doble posibilidad: valor deóntico (modalización interna) y valor epistémico subjetivo (modalización externa). A su vez, dentro del valor deóntico se distingue entre valor deóntico débil («avoir le droit de»), que aparece sólo en frases negativas (*non accusare alterum ... debet*), o para ser más exactos, en contextos no asertivos, y valor deóntico fuerte («il est nécessaire que p»), que apare-

ce sobre todo en enunciados de naturaleza prescriptiva (*quoniam ... existimare debetis*). El valor epistémico, por su parte (*hic debet seruus esse nequissimus*) no puede ser negativo ni sometido a interrogación. El artículo se cierra con un apartado sobre diversos giros específicos del latín que las lenguas romances (o el propio latín tardío) han sustituido por construcciones con «deber». CH. TOURATIER («L'imparfait, temps anaphorique?», 265-78) analiza —y rechaza— el posible valor anafórico que algunos lingüistas atribuyen al imperfecto. J. McCawley había planteado en 1971 la analogía entre la relación que mantienen el tiempo verbal y el tiempo de la proposición y la de los pronombres personales y los nombres a los que reemplazan, lo que permitiría hablar de tiempos deícticos, con referencia temporal propia, y tiempos anafóricos, que retoman un momento temporal ya expresado en el contexto; a estos últimos pertenecería el imperfecto. Lingüistas posteriores convirtieron en aserto lo que inicialmente era una simple comparación; es el caso, para el latín, de la conocida monografía de S. Mellet (1988) sobre el imperfecto. Con una mezcla saludable de rigor sintáctico y sentido común, Ch. T. estudia con detalle las posibles analogías, y sobre todo las clarísimas divergencias, que le llevan a rechazar el supuesto valor fórico del imperfecto, aunque es consciente de que una explicación más simple, tradicional y convincente de su valor «...perd beaucoup de séduction en se passant des deux qualifications savantes et fascinantes d'*anaphorique* et *méronimique*» (p. 272) ¿Cuál es, entonces, el valor del morfema de imperfecto? «Nous admettons donc que le signifié du morphème d'imparfait est quelque chose comme 'non actuel', son application au domaine temporel donnant la signification particulière de 'non actuel temporellement parlant', c'est-à-dire, 'passé', et son application au domaine notionnel celle de 'non actuel notionnellement parlant', c'est-à-dire 'non réel, contraire à la réalité'» (p. 277).

En la sección VII (*Litteraria*), la más amplia, J. DANGEL comenta uno de los pasajes más conocidos de los *Annales* de Ennio («Au-delà du réel et poétique de l'indicible: le songe d'Iliia», 281-93). Un denso análisis lingüístico y estilístico permite descubrir, bajo el sentido superficial y literal del pasaje, un «sens sous le sens» que «s'impose à tous les niveaux du texte ennien» (p. 287), y que permite interpretar el aparentemente inconexo devenir de la narración del sueño con un sentido claro, fruto de una elaboración textual muy rica, que una lectura superficial no aprehende. B. LIOU-GILLE («Des noms et des nombres: arithmétique et religion», 295-303) estudia diversas palabras latinas en que puede descubrirse un numeral, pero que plantean problemas en cuanto a la designación del mismo: *septimontium* se refiere a 8 lugares; *tribus* tiene que ver con 3, lo que explicaría las tres tribus de Rómulo, pero no el ajuste de 3 a 4, atribuido a Servio Tulio, y la ampliación posterior hasta 35. Un tal descuido de la aritmética elemental parece sorprendente. Pudiera ser que *tribus* no tuviera que ver con 3 (ya Livio pensaba que venía de *tributum*, hipótesis que B. L. G.

considera injustificada), pero la autora recuerda, siguiendo el estudio de G. Ifrah sobre los números, que *tres* no designaba en su origen el número 3, sino la pluralidad indefinida, en cuanto opuesta a la unidad y la dualidad. Esta correferencia imperfecta de *tres* y el número 3 justificaría la audacia designativa atribuida a S. Tulio, aunque no es descartable que las cuatro tribus servianas, basadas en lo local, y no en lo étnico, como las de Rómulo, recibieran en principio otra denominación, y acabarían por analogía recibiendo también el nombre de *tribus*. J. CHOLLET («A propos du poème 102 de Catulle», 305-13) comenta un poema de difícil interpretación en el corpus catuliano. Una batería de argumentos sintácticos, semánticos y estilísticos le permite interpretar, contra la *communis opinio*, que en el primero de los dos dísticos (*si quicquam tacito commissum est fido ab amico / cuius sit penitus nota fides animi*) es *fido* el adjetivo en dativo sustantivado, y no *tacito*, que acompaña en realidad a *ab amico*. Diversas sugerencias sobre la interpretación del resto del poema cierran el trabajo. J. M. ANDRÉ («Le vice chez Cicéron: de la terminologie à l'idéologie», 315-22), se ocupa de la terminología del vicio en Cicerón, cuya evolución estudia subrayando algunas líneas de fuerza: herencia del puritanismo tradicional, personificado en Catón, aporte de la antropología al arte oratoria e integración de la doctrina filosófica del vicio al vocabulario ancestral. La obra de Cicerón documenta un sistema coherente del vicio, dominado por cierto maniqueísmo virtud-vicio. El moralismo ancestral ha integrado al vocabulario inicial nociones griegas transcritas, como la *asôtia*, y se constata una cierta humanización de la ética primitiva. El sistema del vicio, por otra parte, pasa de la censura moral relativa a la vida privada a la *disciplina ciuitatis*. La retórica, en fin, ha desempeñado un importante papel de organización en este sistema centrado en el conocimiento de los *mores*, pero en la virulencia polémica subsisten huellas de una tradición satírica, que enlaza con los fesceninos o la comedia plautina, tradición revigorizada en la época de Cicerón por las *Menipeas* de Varrón. «Mais il reste au fond de la notion de *uitium*, comme de celle de la *luxuria*, dominante, un résidu sémantique de matérialisme rural: l'idée de 'tare physique', ou l'idée de prolifération inutile et malsaine de la végétation. Ce sens agraire primordial persiste jusqu'à la fin de l'empire comme concept juridique fondamental» (p. 321). Como un tributo al homenajeador, autor de un libro señero sobre *Gratia et sa famille* (París, 1967), J. M. CROISILLE («La représentation des trois Grâces dans l'art et la littérature d'époque romaine», 323-30) analiza, aprovechando la bibliografía anterior, y sobre todo, el excelente LIMC, la representación canónica — tres mujeres entrelazadas danzando, la una de frente, las otras dos de espalda, desnudas— del grupo de las Gracias. Se estudia primero el esquema canónico y su 'explotación', y a continuación las diversas interpretaciones simbólicas (Séneca, Cornuto, Servio...) de los antiguos. El autor concluye que el origen de la representación canónica en Roma es pictórico, y que el tema ha sido literariamente poco aprovechado en la poesía, con

la excepción de Horacio. Las interpretaciones simbólicas de los prosistas le resultan un tanto secas, faltas de vida, ... pese a haber resultado, en mi opinión, enormemente fecundas, sobre todo en el caso de Séneca, para los antropólogos modernos. L. DURET («Horace, Mécène et l'égalité d'âme. Sur une lacune prétendue dans le texte des *Épîtres* (1,18,90 sq.)», 331-39) se centra en un pasaje controvertido horaciano, que ha llevado a editores e intérpretes a imaginar una laguna. L. D., tras un fino análisis del poema, en el que reconoce su deuda con su alumna H. Vial, defiende la *lectio recepta*, con una interpretación, eso sí, que choca con la habitual, pero que parece verosímil. El tema central de la epístola es cómo vivir en la amistad de un gran señor sin perder su alma, o al menos, la tranquilidad de ésta, y en ella el poeta aconseja al joven Lolio de acuerdo con su experiencia, que debe referirse a su ambivalente relación con Mecenas. Si el cliente debe adaptar su estado de ánimo al de quien le protege, ello entraña un riesgo para la *aequanimitas*, cuya posesión es el máximo bien que puede a uno otorgarle la sabiduría. Para evitar este peligro, debe conjugarse el *savoir faire* mundano con un sabio retiro y una lectura, moderada y selecta, de los buenos filósofos. Los versos en cuestión no presentarían, en consecuencia, un elenco de las diversas personas que pueblan la sociedad, sino los diversos estados de ánimo de los poderosos, con quienes los debutantes o las personas humildes *con proyección* deben contemporizar. M. DUCOS («Les testaments dans les lettres de Pline le Jeune», 341-46) que publica ahora su comunicación al Congreso de la FIEC de Québec (1994), estudia un tema recurrente en las cartas de Plinio, y que ha atraído la atención de historiadores y juristas: el de los testamentos. Unas veces se trata de detalles anecdóticos, pero otras Plinio, en cuanto abogado, reflexiona sobre cuestiones jurídicas complejas. Debiendo conjugarse en el testamento dos factores no siempre coextensivos, la voluntad del testador y la legalidad vigente, no es extraño que su cumplimiento resulte a veces conflictivo; en dichos casos Plinio se muestra siempre favorable a respetar la voluntad del testador por encima de los pequeños defectos de forma que podrían legalmente impedir su aplicación. N. BOËLS-JANSSEN («Les noces de Messaline et les rites du mariage romain. A propos de Tacite, *Annales* 11,27», 347-58) estudia un conocido pasaje de Tácito: la parodia de boda de Mesalina y el cónsul designado Silio. En medio de la descripción cronológicamente ordenada de las ceremonias nupciales que tuvieron lugar, no queda claro a qué momento de la celebración se refiere *subisse* (...*atque illam audisse auspicum uerba, subisse, sacrificasse apud deos*...), lo que ha provocado numerosas enmiendas e interpretaciones poco convincentes por parte de editores y comentaristas. La autora cree que *subisse* está por *iugum subisse*, que designaría el franqueamiento, por parte de los contrayentes, de un umbral (*cf.* la costumbre, aún hoy, de hacer el pasillo, con sables, a los novios, en algunas profesiones), que tendría lugar en medio de la ceremonia, y evocaría el rito de paso que toda ceremonia nupcial implica. H. ZEHACKER («Philosophie, *pietas*

et culture dans l'*Alceste* de Barcelone», 361-69) analiza las líneas de fuerza morales y espirituales del poema del siglo IV, inspirado obviamente en Eurípides, pero más cercano a la etopeya que al drama, que desde su *editio princeps* de 1982 ha suscitado diversos estudios y dos excelentes ediciones comentadas (Marcovich 1988 y Nosarti 1992). Tras un resumen de contenido y estructura, se analizan los discursos de Feres y Clímene (padres de Admeto), y de la propia Alcestis. Mientras que los primeros eluden el sacrificio con argumentos especiosos que corresponden a una orientación epicúrea y estoica respectivamente, y suenan a palabrería hueca, Alcestis ofrece un don de sí y un sacrificio libremente consentido, de modo que «...le véritable débat du poème se situe entre des philosophies verbeuses qui produisent des égoïstes, et une *pietas* en action, qui est don de soi...» (p. 368). ¿Habría en ello una propaganda velada del cristianismo, o al contrario, una reivindicación del paganismo militante? H. Z. piensa que no hay indicios en favor de una cosa u la otra: en el comportamiento de Alcestis no hay más que una *pietas* exclusivamente humana. Esta importancia de la *pietas*, valor romano por excelencia, le lleva a suponer que el poeta era originario, no de Egipto, como piensa Marcovich, sino de una de las grandes ciudades orientales del Imperio, por los conocimientos del griego que se presuponen. En cuanto a la calidad del poema, a veces subestimada, H. Z. coincide con Marcovich en que se trata de la obra de un *poeta doctus*, en la que se detectan numerosos ecos literarios, pero sin dar impresión de centón, sino de una cultura y una formación bien digeridas. J. HELLEGOUARC'H, autor de páginas memorables sobre el vocabulario político romano, aborda ahora esta misma cuestión en Eutropio («Sur le sens et l'emploi du vocabulaire politique chez Eutrope», 371-77), con la intención de ilustrar las concepciones históricas y políticas del autor y su época. Se estudian no sólo sentidos y empleos de cada término, sino también su frecuencia, o su ausencia, factores que pueden ser muy significativos. El material se distribuye en tres apartados: I) palabras que designan el poder y sus detentadores; II) palabras que se refieren a las relaciones sociales y políticas; III) palabras que designan el comportamiento del hombre político. É. WOLFF («Dracontius revisité: retour sur quelques problèmes de sa vie et de son oeuvre», 379-86) recuerda la mala suerte que parece haber perseguido a Draconcio tanto en su vida como en la transmisión de su obra: su poesía cristiana se transmitió semifalseada en la edición de Eugenio de Toledo, el *De laudibus Dei* se atribuyó a Agustín, y ni siquiera el descubrimiento del verdadero Draconcio tras la edición de su poesía cristiana por F. Arévalo en 1791 o de las obras profanas en el XIX parece haber redundado en una mejor apreciación de su obra, para lo que se señalan tres factores coadyuvantes (hostilidad de la época hacia el latín tardío y medieval, estado semilacunario de su poesía, y el poeta no ofrece grandes datos sobre una época para la que apenas contamos con fuentes literarias). Sin embargo, «... Dracontius est un auteur intéressant et attachant, et le nombre des publi-

cations qui lui sont consacrés montre qu'il offre encore matière à la recherche» (p. 381). Y en efecto, tres son las aportaciones que ofrece É. W. La primera se refiere a las causas de su encarcelamiento, a las que se alude en tono ovidiano en unos versos ambiguos de la *Satisfactio* (93-94): *culpa mihi fuerit dominos reticere modestos / ignotumque mihi scribere vel dominum*. Se trataría, por una parte, de una inoportuna *recusatio*, achacable más a sus gustos literarios que a motivos políticos, a cantar las glorias de los monarcas vándalos; y por otra, de la composición de un poema áulico en favor de Hilderico, a quien su padre Hunerico quería transmitir el trono, a pesar de las normas sucesorias del reino vándalo, poema que llegaría más tarde a oídos de Guntamundo, sucesor legítimo —y efectivo— de Hunérico, y ocasionaría el encarcelamiento. La segunda cuestión se refiere a la mención de *Blosus in Romulea*, con la que se introducen cuatro pasajes del poeta en el *Florilegio de Verona*. E. W. considera que *Romulea* es sinónimo rebuscado de *Romana*, sin descartar que se refiera a la vez a «paganos», como si se hubiera querido oponer la producción profana a la poesía cristiana. La tercera se refiere a la pervivencia de la obra profana, que hasta el redescubrimiento en época moderna, no suele llevarse más allá de Arator y V. Fortunato, en el s. VI. El autor plantea la posibilidad de que el Draconcio profano fuera conocido por autores de época carolingia (Alcuino, Teodulfo, Ermoldo el Negro y el *poeta Saxo*), como probarían *iuncturae* propias de la poesía profana de Draconcio ignoradas antes de él y no atestiguadas entre nuestro poeta y el autor carolingio en cuestión. Alcuino y Teodulfo, por lo demás, conocían la poesía cristiana de Draconcio. B. BUREAU («Parthenius et la question de l'authenticité de la *Lettre à Parthenius d'Arator*», 387-98) estudia la autenticidad discutida de una carta de Arátor. La reconstrucción de la biografía del destinatario avala la autenticidad de la carta, y una vez establecido este asidero, permite servirse de ella como instrumento para conocer el periodo en que vivió Arator y para la reconstrucción de los lazos de parentesco entre las principales familias de la Galia de los siglos V-VI.

La sección VIII, en fin (*De Latinitate*), comprende tres artículos. P. FLOBERT («Le mythe du latin dit vulgaire», 401-409) insiste sobre la arbitrariedad e incoherencia de la expresión *latín vulgar*. Este uso de *vulgaris* no remonta siquiera al latín, constatación que lleva al estudio de diversas denominaciones adjetivales empleadas por los antiguos con referencia a la lengua «cotidiana» (*plebeius, cottidianus, proletarius, inconditus, usitatus, rusticus, paganus*) ¿De dónde proviene, pues, la expresión? P. F. traza someramente la historia de su invención, y señala diversos errores e incongruencias en el establecimiento de la teoría: el término está mal elegido, pues *vulgaris*, desde Dante, califica más bien a las lenguas modernas; se exagera la oposición entre latín hablado y escrito, y el carácter iletrado de quienes expandieron el latín por las provincias; se percibe un intento de dotar a las lenguas romances de un ancestro comparable al indoeuropeo, insistiendo demasiado en la precocidad de

este protorromance y en su uniformidad... Por otra parte, el concepto es impreciso cronológica y socialmente. Vista, pues, la impropiedad de *latín vulgar*, ¿qué terminología emplear? Tras pasar revista a las alternativas que se han propuesto (*Umgangssprache*, *latín usual*, *familiar*, *coloquial*, *popular*), P. F. se inclina por *latín hablado*, concepto que permite distinciones en todos los planos (diatópico, diacrónico, diastrático, diafásico), matices esenciales que permiten evitar denominaciones globalistas como *protorromance* o *romance común*, que sugieren una homogeneidad del todo quimérica. Sobre cuestiones de propiedad terminológica versa también el trabajo de B. COLOT («*Latin chrétien ou latin des chrétiens? Essai de synthèse sur une terminologie discutée*», 411-19). La autora recuerda que la controversia entre *latín cristiano* o *de los cristianos* parece haberse zanjado en favor de la segunda denominación; sin embargo, ambas podrían referirse a realidades lingüísticas distintas, y puede hablarse tanto de un *latín de los cristianos*, dominio particular del estudio del latín, como de un *latín cristiano*, a partir del s. IV, en el sentido de que la lengua latina fue entonces reconocida y propuesta por los propios cristianos como investida de una expresión de verdad, que se manifestaba en el lenguaje y en él podía descubrirse. Se ejemplifica por medio de *pietas*, término al que B. C. dedicó su tesis doctoral (1996). B. COLOMBAT, en fin, («*Les règles d'apprentissage de la morphologie dans la grammaire latine du XVII^e siècle*», 421-30) estudia la multitud de reglas para el aprendizaje morfológico que ofrece la *Nouvelle Méthode Latine* de Lancelot, primera gramática latina importante escrita en francés. Las causas de ese exhaustivo casuismo, que bien pronto se vería atemperado en las sucesivas gramáticas latinas, serían tres: la voluntad de (hacer) adquirir y controlar una competencia completa de la lengua latina, la convicción de que se podía elaborar un aprendizaje completamente razonado de ésta, pues su regularidad morfológica hacía creer factible que todo podía asimilarse en forma de reglas, y la práctica misma de la lengua en la formulación, memorización y aplicación de la regla. En todo ello, esta gramática de Port-Royal no es sino la heredera de la tradición gramatical, para lo que se toman como elementos de comparación el *Ars* de Donato, las *Institutiones Grammaticae* de Prisciano, el *Doctrinale* de A. de Villedieu, los *Rudimenta grammatices* de Perotti, las *Institutiones Grammaticae* de A. Manucio y los *Commentarii grammatici* de Despautière. La ejemplificación de este casuismo se centra en las reglas del género de los nombres, aprendizaje de las declinaciones y formación de pretéritos.

Cierran el volumen una serie de utilísimos índices (*Index personarum*, pp. 434-8; *Index scriptorum antiquiorum*, 438-59; *Index scriptorum recentiorum*, 460-7; *Index verborum latinorum*, 467-78; *Index verborum graecorum*, 478-80; *Index verborum ex aliis linguis sumptorum*, 480-3) y la *Table des Matières*. En conclusión, B. Bureau y Ch. Nicolas han conseguido reunir en este cuidado volumen un nutridísimo conjunto de excelentes estudios filológicos con los que se rinde un

digno —y merecido— homenaje al Prof. Moussy, al que también nosotros, desde estas páginas, modestamente nos adherimos.

ANTONIO M^a MARTÍN RODRÍGUEZ

NESSELRATH, H.-G. (ed.), *Einleitung in die griechische Philologie*. Stuttgart-Leipzig, B. G. Teubner, 1997. XVI + 773 págs. + 3 mapas + 1 cuadro sinóptico de la Literatura griega.

Heredera directa del historicismo de August Boeckh, quien definía la filología como «la ciencia de lo conocido» y con el propósito declarado de presentar un texto totalmente actualizado de la utilísima *Einleitung* de Gercke-Norden, ha visto la luz este estupendo volumen que, de seguro, va a hacer las delicias de muchos estudiosos y que se ha de convertir en obra de obligada referencia juntamente con otro tomo paralelo dedicado a la filología latina y preparado por Fritz Graf. Coherentes con su propósito, pues, se reproducen incluso estas palabras del viejo Prólogo de Gercke-Norden: «poner al alcance de la mano una guía para recorrer los intrincados caminos del estudio de la Antigüedad, ... una docta introducción que conserve su valor juntamente con las lecciones recibidas y sirva de complemento para el estudio personal... Asimismo debe contribuir a atenuar el abismo por desgracia cada vez mayor entre la universidad y la escuela». Entre otras novedades para acentuar su valor pedagógico se ofrece, por ejemplo, en forma de desplegable un gran cuadro sinóptico con los diferentes autores y fechas de la literatura griega. A lo largo de sus páginas no se desdeñan tampoco los métodos de trabajo más modernos, como pueden ser los CD Rom y direcciones útiles en Internet (como la del Instituto de Papirología de Heidelberg, *cf.*, p. 71).

Alterna el texto con bibliografía abundantísima y muy actualizada, ésta en cuerpo de letra menor. Es de celebrar que la investigación española también encuentre su lugar, por ejemplo con los *Poetae Epici Graeci* de A. Bernabé, o un brillante artículo de E. Suárez de la Torre sobre epistolografía (p. 279) o de C. Miralles sobre Herodas (p. 256), incluso una biografía de Láscaris por T. Martínez-Manzano (p. 24). Por lo demás, no hay notas a pie de página, lo cual facilita una cómoda lectura. Sobra decir que los veinticinco colaboradores, de primer orden, han sido seleccionados con gran acierto.

Tiziano Dorandi se ocupa de la tradición de los textos en la Antigüedad (se aprovechan referencias cruzadas con la publicación, casi simultánea de la *Neue Pauly*, *cf.* su artículo «Ausgabe»). La parte centrada en la Edad Media y el Renacimiento, hasta la aparición de las primeras ediciones impresas, estudiando las relaciones Oriente/Occidente y el humanismo italiano corren a cargo de Herbert Hunger. A él mismo debemos unas excelentes nociones de

paleografía con numerosas reproducciones de diferentes ejemplos de códices, bien ilustrativos. La papirología corre a cuenta de D. Hagedorn (cuenta con un apartado interesantísimo sobre «Aportaciones de la papirología a otras disciplinas»). El apartado de epigrafía es obra de G. Petzl, desplegando la gran cantidad de *instrumenta laboris* hoy día al uso. Se ocupan de las nociones de crítica textual Kenneth Dover y de métrica griega Richard Kannicht.

Redactan la Historia de la filología griega Nigel Wilson y Ernst Vogt, con un buen capítulo sobre la filología del siglo XX y sus diversas tendencias. Parece, sin embargo, que en la editorial no se resignan a dejar desaparecer la vieja *Geschichte der Philologie* que escribió Wilamowitz, pues ha sido nuevamente impresa ese mismo año.

La historia de la lengua griega ha sido concebida en dos partes: desde el micénico hasta el fin del periodo clásico (Klaus Strunk) y desde la *koinê* hasta los inicios del griego moderno por Peter Browning (quien dejó el texto acabado, una excelente exposición ordenada de modo muy didáctico, poco antes de fallecer el 11.3.97). En el primero nos parece parcial su tratamiento (cuenta con una útil introducción al micénico y lenguas literarias de la poesía arcaica, pero la división dialectal es de criterios de espectro reducido), pues poca cosa se nos dice de los géneros literarios de la época clásica, y menos de la prosa.

En cuanto a la historia de la literatura, bastante es lo que se debe, según parece por el gran número de referencias, a los gruesos volúmenes de *Lo spazio letterario della Grecia antica*, editados por G. Cambiano, L. Canfora y D. Lanza. Las épocas arcaica y clásica salen de la pluma de E. Degani (muy puesta al día en lo que se refiere a descubrimientos papiráceos), el helenismo por R. Hunter, época imperial por Nesselrath, Baja antigüedad por J. Hammerstaedt (con muy buen tratamiento sobre la literatura cristiana primitiva, hecho que no se da en otras obras generales de la Literatura griega). Resulta un placer, en fin, la lectura del breve tratado de Literatura bizantina de A. Kambylis (deberá corregirse un pequeño error en p. 317, pues la «editio princeps» de la *Batracomiomaquia* data del 1474, lo cual la convierte, según parece, en el primer libro griego en ser impreso; cf. R. Proctor, *The printing of the Greek in the 15th cent.*, Oxford 1900, p. 83; C. Clair, *A history of european printing*, Londres 1976, p. 125; E. Kumarianu et al. (eds.), *To ellenikò biblio*, Atenas 1986, pp. 49 y 223).

La historia de Grecia ocupa un bloque temático de cien páginas: Lehmann expone hasta el final de la época helenística (no nos acaba de convencer la selección bibliográfica sobre Alejandro Magno en p. 411, podría estar más al día), W. Ameling se ocupa de la época romana; la Baja Antigüedad por E. Pack.

Se recoge una excelente síntesis de la ciencia (A. Stückelberger), empezando ya desde los presocráticos. El panorama de la filosofía griega es debido a la pluma de Friedo Ricken. En el capítulo de la religión griega, Fritz Graf expone

los temas más importantes: arqueología, mito y fiestas. El último gran apartado se ocupa del arte griego (W. Martini, A. Borbein, R. Fleischer, D. Willers): otras cien páginas en las que se da cuenta de forma ordenada por épocas y géneros (se recogen incluso los que podrían parecer más irrelevantes, como «Kleinkunst», «Textilien», «Sarkophage» ...) de una detallada descripción de las técnicas y obras más relevantes, con gran profusión de planos y fotografías.

Más de sesenta páginas de apretados índices de materias y palabras-clave cierran muy dignamente la obra.

Naturalmente, ante un libro de conjunto siempre se podrán formular desiderata: no se atiende suficientemente, creemos, a disciplinas como son la estilística, lexicografía y semántica. Y no hubiera sido reprochable citar otros trabajos por el estilo, como el magnífico volumen editado por A. Martínez-Díez, *Actualización científica en filología griega* (Madrid 1984). Encontramos a faltar un capítulo centrado más concretamente en la arqueología (hay referencias a las formas y funciones de los templos en p. 472 s.), aunque un apartado sobre numismática (H. A. Cahn) y cinco muy buenos sobre arte, así como la completa historia de Grecia podrán cubrir su parte. En fin, así como hay un excelente desplegable sobre literatura, no veríamos tampoco fuera de lugar otra síntesis de la mitología griega, como el cuadro que confeccionó el prof. A. Guzmán para Alianza Editorial en 1995.

RAMÓN TORNÉ TEIXIDÓ

PÉREZ GONZÁLEZ, M. (Coord.), *Actas del II Congreso hispánico de latín medieval*, (León, 11-14 de Noviembre de 1997). León: Universidad, Secretariado de Publicaciones, 1998. 2 vols. 924 pp + índices.

Entre los días once y catorce del mes de noviembre de 1997 se celebró en León el segundo Congreso hispánico de Latín Medieval. En él participaron numerosos congresistas, se presentaron once ponencias y ochenta comunicaciones, y tuvieron lugar dos mesas redondas. Gracias a la colaboración del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de León y al profesor Pérez González disponemos de sus *Actas*, dos volúmenes en los que se recogen la mayor parte de las investigaciones que allí se expusieron. Estas *Actas* se dedican al profesor D. Joan Bastardas i Parera cuya semblanza realiza en las primeras páginas de las *Actas* el profesor D. Pere J. Quetglas.

Por lo que se refiere a la distribución interna de esta obra, aclara el profesor Maurilio Pérez que, si bien se prescinde en esta ocasión de una organización temática, se incluyen varios índices. Así pues, el primer bloque o bloque de ponencias abre la publicación y, aunque dichas ponencias atienden a distintas secciones (I. Crítica Textual y Codicología. II. Paleografía, Epigrafía e

Historia medievales. III. La literatura latino-medieval y sus géneros. IV. Latín medieval y lenguas romances), aparecen por estricto orden alfabético.

Y a continuación, en el segundo bloque, se ofrecen más de setenta comunicaciones también ordenadas alfabéticamente. La consulta de las *Actas* se ve facilitada por la existencia de unos índices (pp. 927-969). El cierre de esta publicación lo constituyen dos mesas redondas tituladas *Lexicon Latinitatis Medii Aevi* y *Revista bibliográfica virtual*.

En la sección dedicada a la Crítica textual y codicología se encuentra la interesante ponencia del profesor Díaz y Díaz «Manuscritos y crítica textual. Problemas codicológicos» en la que pone de manifiesto cómo los manuscritos, al ofrecer distintas soluciones para resolver los dos problemas de un libro (la durabilidad y facilidad de uso), se han convertido en el eje de nuestra tradición textual. Señala que si bien existe una correlación fuerte entre el estudio de los manuscritos y la edición correspondiente, la vida y el sentido de un manuscrito va más allá de ser simple testigo de cada uno de los textos que contiene. El profesor Díaz y Díaz subraya la importancia de la Codicología como disciplina que se ocupa de los manuscritos en sí mismos, en cuanto producidos en un determinado ambiente histórico y cultural, al tiempo que indica la necesidad de ir fijando sus límites y programas. Estableciendo como hipótesis de trabajo que la codicología se ocupa de estudiar los códices como objetos materiales, preparados y dispuestos a recibir un texto, pero estudiados independientemente del texto que reciben, señala que uno de los problemas más curiosos que ha suscitado es la disposición de página. Apunta la posibilidad de que existiera una correspondencia entre el destino de los códices y su configuración. Además, ofrece algunas consideraciones sobre el problema más importante que se presenta al que hace crítica del texto: las variantes, y considera que uno de los aspectos que ha de ser digno de atención lo constituye el de la actitud y condición del copista.

Concluye diciendo que, puesto que se entrecruzan los problemas textuales y los problemas codicológicos, resulta imprescindible acudir a los conocimientos de la Codicología si se quiere alcanzar un grado suficiente de delicadeza y matices en la explicación de no pocos fenómenos de los textos en los manuscritos altomedievales, y señala que habrá que acompañar nuevas profundizaciones en el tema con un análisis de los materiales de que disponemos y serán estos materiales quienes digan la última palabra.

Dentro de la sección dedicada a la Paleografía, Epigrafía e Historia medievales se enmarcan tres ponencias, la primera de ellas se titula “Os «clérigos-notarios» em Portugal (séculos XI-XII)” y en ella la profesora Azevedo Santos muestra cómo en la sociedad del Occidente Europeo del siglo XII, por la complejidad de su economía, de su administración y de su política, se produce un fenómeno sociológico por el cual la palabra escrita se convierte en causa y consecuencia de las grandes transformaciones que tuvieron lugar. Persuadido de

esta mentalidad, el hombre medieval verá en la escritura un elemento insustituible en su día a día. Pero no es ninguna novedad el que el poder de la escritura en los siglos XI y XII en Portugal fuese monopolio de los miembros de la Iglesia. Existía un grupo hegemónico, denominados hoy clérigos-notarios, que adquirieron su formación en el seno de la Iglesia. Escuelas episcopales, monásticas y parroquias constituían centros de aprendizaje destinadas a la formación espiritual y cultural del clero. Puesto que durante el siglo XII la actividad literaria en el Reino de Portugal fue reducidísima, el estudio debe realizarse a través de las contribuciones ofrecidas por la lengua, la estética, la expresión gráfica y los géneros menores. Al estudio de estos últimos se dedica la profesora Azevedo en esta ponencia. Partiendo de que, en principio, toda carta debía constar de un conjunto de cláusulas jurídico-literarias, las primeras esenciales, las segundas secundarias y facultativas, de entre estas últimas, pasa revista a las invocaciones y a las arengas. La cronología de su estudio coincide con la Reconquista, período de inestabilidad social, política y administrativa en el que la cultura se convierte en patrimonio de una élite, pero ésta no deja por ello de ser limitada, poco exigente y grosera. A pesar de eso, los resultados obtenidos por la profesora Azevedo en relación con las invocaciones y las arengas, le permiten concluir que en aquel ambiente emergían focos de cierta complejidad, del cual las cláusulas constituyen sólo un indicio más. La relación entre los centros considerados de prosperidad cultural y la existencia de arengas e invocaciones largas y complejas es innegable.

En la segunda ponencia «Epigrafía medieval y Filología» el profesor García Lobo expone la relación de la Epigrafía medieval con otras ciencias afines, por ejemplo destaca cómo la Epigrafía medieval revoluciona una parcela hasta ahora descuidada por los paleógrafos: la evolución y características de la escritura mayúscula medieval, cuya función primordial era la publicidad. Resume en una frase del profesor R. Favreau el papel que la Epigrafía medieval puede jugar con relación a la Filología: «*La epigrafía ofrece al lingüista un doble campo de estudio, la evolución del latín y el avance de las lenguas vulgares*». Muestra con algunos ejemplos la relación de mutua ayuda que deben y pueden mantener ambas ciencias. Así, entendiendo la epigrafía como auxiliar de la Filología, señala el interés de las inscripciones medievales en la evolución del latín, en la progresión del romance y en la transmisión de textos bíblicos. Finaliza mostrando las principales aportaciones del filólogo al quehacer epigráfico, como son la restitución de epígrafes fragmentarios o inacabados, la restauración de copias erróneas y la corrección de faltas.

La tercera y última ponencia perteneciente a esta bloque es la dedicada por el profesor Ruiz Asencio a «La colección de fragmentos latinos de la Chancillería de Valladolid». El profesor Ruiz Asencio señala la existencia de un nutrido fondo de fragmentos de códices latinos medievales en el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid, al tiempo que pone de manifiesto el interés de los

fragmentos y *membra disiecta* de códices, así como las causas de la formación de fragmentos y los destinos del pergamino viejo. Finalmente, tras exponer brevemente qué funciones desempeñaba la Real Chancillería de Valladolid, da cumplida información acerca de la Colección de Pergaminos y de las anotaciones que con sus colaboradores ha realizado sobre el número de fragmentos, naturaleza de los mismos y otras circunstancias.

La tercera sección se dedica a la Literatura latino-medieval y sus géneros, y se inicia con la ponencia del profesor González Rolán titulada «Lucano en el Medioevo hispánico (con especial referencia al siglo XIII)». Tras referirse al aspecto institucional de la transmisión y conservación de los textos, indica que no ha sido suficientemente valorado el importante papel de las traducciones para el conocimiento de la literatura clásica durante la Edad Media. Afirma el profesor González Rolán que, si bien en lo que se refiere a la transmisión y conservación de los textos clásicos la Península no merece muchos reconocimientos, no ocurre lo mismo con las traducciones. Achaca al desconocimiento y, muchas veces al prejuicio respecto a nuestra cultura, el que muchos estudiosos hayan ocultado o tergiversado la verdad histórica, sosteniendo que nuestra aportación ha sido escasa y siempre a remolque de Francia e Italia. El profesor González Rolán considera que se han pasado por alto dos hechos importantes. El primero en el siglo XII, época en la que floreció la escuela de traductores de Toledo, a cuya labor debe Europa durante una parte del Medioevo el conocimiento de las obras de Aristóteles y de sus comentaristas árabes. El segundo se refiere a la ingente labor de traducción realizada previamente a la confección de obras como las *Partidas*, la *Crónica General* o la *General Estoria*. La base sobre la que se asientan estas obras está formada por gran número de textos de autores latinos, tanto clásicos como medievales, hecho que puede comprobarse precisamente con la *Farsalia* de Lucano que aparece íntegramente traducida en la Quinta Parte de la *General Estoria* y utilizada parcialmente en algunos capítulos tanto de la *General Estoria* como de la *Crónica General*. En todos los casos el texto remonta a una única traducción preparada previamente en el taller historiográfico alfonsí.

Pone de manifiesto que, aunque la importancia de las traducciones para la historia de la lengua está fuera de toda duda, se ha considerado mucho menos el valor que tienen para reconstruir o diseñar el manuscrito que le sirvió de base.

Entre los «libros de letra antigua» tomados en préstamo de la biblioteca del monasterio de Albelda figuraba la *Farsalia* de Lucano y el profesor González Rolán sirviéndose de la traducción castellana realizada a partir del códice albeldense, señala que el detenido cotejo entre la traducción alfonsí y la tradición manuscrita latina de la *Farsalia* de Lucano le permite proponer que la colación completa de la *Farsalia* contenida en el Ottobonianus Latinus 1210 y Vaticanus Palatinus Latinus (ff. 62-69), a los que se les da la sigla *H*, está ínti-

mamente relacionada con el modelo latino subyacente a la traducción de la *General Estoria* e indica que *H* es un códice albeldense, pero no el que se llevó en préstamo Alfonso X, también albeldense, antepasado o modelo del anterior, y escrito posiblemente en letra visigótica, o, como se afirma en el documento firmado por el rey, «en letra antigua».

La ponencia del profesor Marcos Casquero está dedicada a la «Evolución histórica de la lírica latina medieval» y en ella expone la trayectoria general seguida por la lírica en su devenir histórico hasta comienzos del siglo XIV. El profesor Marcos Casquero ofrece una panorámica que comienza con la crisis de la poesía lírica de los siglos II y III hasta llegar a Commodiano, el primer poeta cristiano, pasando por la reactivación poética del siglo IV, aunque tal reactivación se basa sólo en una mera versificación escolástica, carente de verdadera calidad creadora. Especial mención merece Ausonio, para pasar al poeta más brillante de la época, Claudio Claudiano, de quien resalta su habilidad y fluidez versificatoria en la imitación de poetas como Ovidio, Lucano o Estacio. Tras resaltar los sobresalientes valores literarios del *De reditu suo* de Namaciano, último poeta de la Roma pagana, indica el profesor Marcos Casquero que el proceso ya iniciado de ósmosis entre tradición clásica y cristianismo empieza a acelerarse y a partir de ese momento la lírica latina comienza a tener un contenido primordialmente cristiano, aunque los poetas cristianos de los siglos IV y V no dejan de ser, en su mayoría, simples versificadores, que ponen en práctica técnicas de la poesía pagana contemporánea, pero sin atinar a adecuarla a los nuevos contenidos. La primera poesía cristiana de aliento lírico se encuentra en los himnos de Hilario, si bien éstos siguen siendo demasiado conceptistas, doctrinales y conectados con la tradición clásica. Habrá que esperar a san Ambrosio para que la himnografía adquiera una personalidad peculiar, original por su lenguaje, por su métrica, por la finura de sus sentimientos y por la fuerza de sus ideas. La poesía cristiana alcanzará su primera cima creadora con Ambrosio de Milán, Dámaso de Roma, Prudencio de Calahorra y Paulino de Nola. La poesía lírica de contenido profano se recupera lentamente de la mano de Fortunato y de Columbano. En el decurso de los siglos VI al VIII son escasas las composiciones originales. Tiene lugar una cultura clerical, capaz de elegancias formales, pero con fines eminentemente religiosos. Pero junto a esta dinámica de la iglesia comienza otra, de carácter laico y de claro marchamo político. Carlomagno, para conseguir la creación de una red de instituciones uniformes y la resurrección del propio concepto de Imperio, se rodeará de las personas más conspicuas, Alcuino de York, Pedro de Pisa y Paulino de Aquileya, Paulo Diácono, Teodulfo... Su sucesor Ludovico Pío también se rodeará de figuras intelectuales: Loup de Ferrières, Rábano Mauro... Señala Marcos Casquero que dentro de este panorama se insinúan ya dos tendencias muy distintas. Por un lado, la utilización de la poesía como vehículo de la fe más acendrada y la defensa a ultranza de

una doctrina en ocasiones calificable de heterodoxa, cuando no de hereje. Ejemplo de esta tendencia es Godescalco de Orbais o de Fulda. En el otro extremo representada por Sedulio Escoto encontramos la poesía que presagia la veta goliarda: la facilidad versificadora, el dominio del latín y el conocimiento de los autores clásicos les permiten hacer de la poesía un instrumento para los más variados fines e intereses personales.

Un balance general de la poesía de época carolingia revela, formalmente, un alto nivel cultural: se recupera el verso de corte clásico. Pero, al mismo tiempo, ello significa el empleo de una versificación artificial que, a menudo, produce una poesía académica, pedante y de somera inspiración. Este primer retorno al clasicismo y a los moldes de la poesía cuantitativa no pudo resistir la arrolladora fuerza que había cobrado la poesía rítmica. Por ello, los himnos, en los que la muchedumbre fiel debía participar, se inclinan sistemáticamente por el empleo del verso rítmico. Al mismo tiempo surgen «géneros» nuevos como la secuencia y el tropo. Establece para la práctica secuencial tres etapas cada una de ellas con un tipo característico: el nokteriano (IX-X) en la que el texto tenía que adaptarse a una melodía, el de transición (XI) que presenta una mayor regularidad en los versos que integran las estrofas y las antistrofas, y el victoriano (XII) que presenta una estructura regular y armónica y cuyos elementos formales característicos serán el ritmo, la rima y la amplitud del verso tiene como representante máximo a Adán de san Víctor.

La producción lírica, tanto cristiana como profana, no se reduce a las secuencias y los tropos. Seguirán componiéndose himnos al par que se cultivan los más diversos metros de la Antigüedad, práctica en la que sobresale Alfano de Salerno. El último cuarto del siglo XI significó el preámbulo de un verdadero siglo de oro de la lírica medieval en lengua latina, tanto profana como cristiana (Marbordo de Rennes, Reginaldo, Hildeberto de Lavardin, Pedro Abelardo...). Desde la atalaya del siglo XII puede verse cómo el desarrollo de la secuencia y el tropo, y las manifestaciones de la poesía popular confirman la vitalidad de nuevas y vigorosas fórmulas. El proceso que el latín ha seguido para adaptarse a la nueva situación como lengua de cultura tiene su exponente manifiesto en la poesía rítmica y acentual que evidencian la inconsistencia de la cantidad vocálica. Los esquemas métricos buscan vías alternativas: junto al ritmo acentual hallan acomodo el número de sílabas y la rima. Algunos tipos de versos como el «goliárdico» hacen fortuna. La música condiciona en gran medida la versificación y da lugar a nuevos tipos de versos, ya que los poemas tenían, en su mayoría, como finalidad la de ser cantados. La eclosión definitiva de la poesía rítmica no significó, sin embargo, el abandono absoluto de la poesía tradicional, de corte clásico y moldes cuantitativos. Para el hombre letrado, imitar los esquemas métricos de los autores clásicos supondrá un auténtico reto. La lírica de los siglos XII y XIII se mantiene dentro de estas coordenadas y en los albores del siglo XIV junto con estas pautas aparecerán nuevos alientos líricos.

En este mismo bloque temático encontramos la ponencia titulada «Épica latina y épica vernácula» en la que el prof. Martínez Pastor muestra la importancia de las relaciones, semejanzas o puntos de contacto entre la épica latina y las épicas vernáculas. En este sentido sirviéndose de dos poemas a manera de ejemplos muestra los diversos tipos de relaciones que pueden mediar entre la épica latina medieval y la épica vernácula, y afirma la existencia inequívoca de una auténtica interdependencia, pues no sólo los textos latinos épicos medievales contiene antecedentes o modelos de inspiración para la épica heroica vernácula, también la producción vernácula debe considerarse instrumento valioso para la explicación, comentario y comprensión de muchos aspectos de la producción latina medieval.

Cierra esta sección el prof. Montero Cartelle con su ponencia «Las *sortes sanctorum*. La adivinación del porvenir en la Edad Media» en la que expone los resultados obtenidos del estudio y análisis de contexto medieval de un texto inédito del códice de Metz, las *Sortes sanctorum*. Las *sortes sanctorum* o «coleciones de respuestas» se caracterizan por su independencia de los textos sagrados, aunque mantengan invocaciones y las oraciones de rigor. Pertenecen a las Colecciones libres, ya que las preguntas son libres y presentan notables peculiaridades: los textos latinos dan un número a cada respuesta, el cual resulta de la suerte de los dados. En las *Sortes sanctorum* la respuesta expresa la negación o aprobación del suceso, y al no estar sujeta a una pregunta previa debía acomodarse a toda posible situación, de ahí su tono banal o la utilización de refranes, proverbios y expresiones de sentido general. Señala el Profesor Monteno Cartelle que tanto las «Suertes bíblicas» como las *Sortes sanctorum* tienen antecedentes paganos pero, puesto que las *Sortes sanctorum* eran una colección de respuestas inventadas, tenían que resultar más sospechosas que la consulta de la Biblia.

El último bloque temático *Latín medieval y lenguas romances* está constituido por tres ponencias. La profesora Codoñer, en su ponencia titulada «Evolución de la lexicografía latina medieval», tomando como punto de partida las glosas de Plácido, concluye que en los aproximadamente seis siglos y medio que transcurren hasta el *Catholicon* se ha producido un proceso de expansión: aumento del número de lemas, de la parte definicional, de las categorías gramaticales incluidas en el desarrollo de cada entrada, y, sobre todo, el hecho de redactar un diccionario se ha dotado de una técnica, esto es, la adopción de manera regular de formas metalingüísticas de expresión. Además se regulariza la presentación de las entradas, así como las marcas gramaticales. En los casos en que se hace necesaria se incluyen observaciones sobre prosodia y, básicamente, se regulariza la definición por la uniformidad de la entrada.

El prof. Nascimento, en su ponencia titulada «Traduzir, verbo medieval: as lições de Bruni Aretino e Alonso de Cartagena», señala que la admisión de

los neologismos *traducere* y *traductio* por parte de Bruni Aretino, un purista de la lengua como era este humanista, resultaba poco esperada. La traducción de la *Ética* de Aristóteles de Aretino iba precedida de una introducción en la que procuraba desmarcarse de los que le habían precedido. De acuerdo con la terminología de Bruni el trabajo del traductor tiene dos momentos, el primero *accipere* en una lengua, el segundo *reddere* en otra lengua. Reclama una *traductio* que mantenga la equivalencia entre dos estados del texto, sin que se pierda la identidad original en el mensaje y en las modalidades discursivas. Desde el conocimiento de las lenguas pasa al plano del estilo y como meta apunta el nivel retórico. La reacción de Alonso de Cartagena ante la traducción de Bruni de la *Ética* de Aristóteles es de las más marcadas. En el origen de la polémica entre estos dos hombres de letras se encuentran razones complejas; en el terreno de la traducción entre ellos existen coincidencias y divergencias, Alonso mantiene una postura más tradicional y concibe al traductor como a un «clarificador» o «interprete» con las consecuencias que de ello se derivan. Cartagena admite tanto la adaptación léxica a usos específicos como la glosa explicativa. El obispo de Burgos muestra una concepción instrumental de la traducción: fidelidad literal y tratamiento retórico. Bruni y Cartagena no son interlocutores de un diálogo aislado. Éste se desenvuelve en el ámbito de una cultura que se expande. La traducción desempeña en época medieval una función altamente significativa, la de procurar una mayor participación en una cultura que no siempre se expresa en lenguas accesibles a los interesados. El ardor de la controversia entre Bruni y Cartagena y sus discrepancias no impidieron el diálogo y la traducción no fue una experiencia sin horizontes ni criterios. En el fondo se trataba de integrar en una cultura cada vez más amplia la lectura de unos textos que eran de todos. El valor originario de la traducción se inspiraba en este objetivo y a él se vinculó.

La última ponencia de este bloque temático la dedica el coordinador de estas *Actas* al «Latín del siglo X leonés a la luz de las inscripciones». El Prof. Pérez González, a través del estudio lingüístico y literario de las inscripciones fundacionales de los monasterios de San Miguel de Escalada, San Pedro de Montes, San Martín de Castañeda, así como del epitafio de Tábara, muestra que, a pesar de lo que se ha afirmado en las escasísimas ocasiones en que algunas de estas inscripciones se han comentado, este latín es lingüísticamente correcto y no exento de cierta calidad literaria. Concluye diciendo que el latín medieval leonés del siglo X, al menos el latín epigráfico, debe analizarse desde un punto de vista constructivo, apartándonos de los tópicos tradicionalmente negativos aplicados a casi toda la latinidad medieval hispánica. Para lo cual, deben considerarse todos los aspectos que encierran los textos y estudiarlos con sumo respeto hacia la mentalidad medieval y las condiciones de vida de dicha época.

Ya señalamos que tras las ponencias encontramos las distintas comunicaciones, de las que, debido a su amplio número y variedad, resulta prácticamente imposible realizar una valoración crítica.

Hallamos al final del segundo volumen los resúmenes de las dos mesas redondas celebradas. La mesa redonda titulada «*Lexicon Latinitatis Medii Aevi*», que estuvo introducida y dirigida por el Dr. Fernández Catón en el I Congreso, contó en esta ocasión con un representante de cada Universidad con proyecto léxico. Acertadamente señalaba en el I Congreso el Profesor Maurilio Pérez que «el congreso de León ha servido para sentar las bases mínimas de un proyecto sobre el *lexicon* medieval, por muy concreto que sea, así como para poner de manifiesto la acuciante necesidad de un *lexicon* medieval, sea regional, interregional o peninsular.» Así lo demuestra el que distintos proyectos parciales, de cuya suma, como él indica, algún día puede surgir el *Lexicon Latinitatis Medii Aevi Hispaniarum*, se encuentran ya en marcha en distintas universidades.

El segundo resumen refleja los acuerdos y conclusiones tomados acerca de la «Revista bibliográfica virtual», mesa redonda en la que el profesor Díaz Bustamante presentó la revista ya creada.

Hay que felicitar de nuevo al profesor Maurilio Pérez como organizador y coordinador de este congreso, valioso conjunto de comunicaciones y ponencias tanto por su diversidad como por el número de los trabajos presentados en este coloquio, en el que han participado prestigiosos profesores.

FRANCISCA DEL MAR PLAZA PICÓN

ROCA MELIÁ, I., *Los significados de «libertad» en Séneca y Tertuliano. Cotejo de sus distintas acepciones*. Perficit. Publicación de Estudios Clásicos. Textos y Estudios. Salamanca 1999, 100 págs.

Conocida es la riqueza de significados de que está dotada la palabra «libertad» y la importancia que tanto para Séneca como para Tertuliano tuvo este concepto en sus escritos. El primero, de clara obediencia estoica, representa a un autor próximo a la cultura cristiana, (incluso se vuelve actualmente a considerar verosímil la posibilidad de alguna relación entre Séneca y san Pablo). El segundo, de evidente cultura cristiana, con todo profundamente impregnado de clasicismo. Al filósofo se refiere el africano Tertuliano cuando escribe *Seneca saepe noster* (anim. 20,1) en el sentido de que su idea de Dios y, en consecuencia, su moral, superado el inmanentismo y fatalismo, ofrece puntos de contacto con el pensamiento y moral cristianos.

Al profesor Roca Meliá le animó a trabajar sobre la libertad y, finalmente, a publicar esta investigación, estrictamente filológica, nos dice, el hecho de

celebrarse en 1996 el bimilenario del nacimiento de Séneca. El método de su trabajo es el siguiente: sistematiza y clasifica las acepciones diferentes de los términos *libertas*, *liber* y los valora debidamente. Tras el análisis de los pasajes en los cuales el filósofo hispano utiliza este léxico deduce hasta doce aspectos que se desprenden del concepto global de libertad. Descubre que dos valores semánticos fundamentales, el ético-individual o «libre albedrío» y el político, cubren este concepto general.

En cuanto a Tertuliano el análisis lo enfoca de otra manera o va por otro camino: el autor presenta pasajes de los textos tertulianos que reflejan la ausencia o presencia de significados cristianos acerca de la libertad. En el primer caso predomina la acepción de «libre albedrío», y los puntos de contacto con el filósofo son comunes o muy semejantes, pues ambos están imbuídos de un patrimonio común; en el segundo prevalece el carácter comunitario o social.

Dentro de los matices encontrados en la primera acepción «libre albedrío», la confrontación entre libertad y hado suscita un problema aparentemente insoluble: las contradicciones de la libertad. Pues lo que ha de suceder, sucederá como algo determinado o decidido al margen del control humano, sin embargo para Séneca es necesario aplicarse en todo caso a la filosofía, pues el conocimiento de ésta nos hará libres. Así como los dioses no tienen necesidad de nada, así el hombre para ser libre, también de casi nada. El ser humano ha de tender a parecerse a ellos.

Las relaciones entre Séneca y Tertuliano, naturalmente, se alejan o son más escasas en la medida en que las acepciones de la libertad se hallan contextualizadas en un discurso estrictamente cristiano (pp. 74-85). La esencia de la libertad consiste en tender al bien razonablemente. La libertad conducirá al hombre a liberarse a sí mismo abriéndose a la verdad y ésta nos hará libres (Jn 8,32). Si Séneca vinculaba la sabiduría o filosofía y la libertad afirmando que servir a la filosofía es libertad, para Tertuliano la verdadera sabiduría es la que proviene de Cristo que nos libera.

En el apartado 3 (pp. 86-89) el autor recapitula las coincidencias y diferencias entre ambos escritores en cuanto a las acepciones de «libertad». Se advierte una gama de variaciones, matices y puntos de vista, como era de esperar en dos pensadores tan relevantes de la antigüedad pagana y cristiana respectivamente. Siguen las conclusiones y los índices, aparte del general, el del léxico de los determinantes de *libertas*, *liber* en Séneca y Tertuliano y de los pasajes citados de estos mismos escritores.

Finalmente quisiera señalar que esta publicación nos ofrece un estudio sugerente, de mucho mérito y alcance. Se agradece, especialmente, la selección bibliográfica bastante completa (pp. 5-20). Además hay que decir que estudios como éste se echan de menos, pues este tipo de investigación resulta cada vez menos frecuente en nuestra área de conocimiento. El profesor Roca bucea directamente el léxico, en su contexto, en las obras de los escritores propues-

tos, extrayendo los significados y acepciones de «libertad». El resultado es la variedad de matices que, a raíz de este estudio filológico, se descubre. Esta variedad, sin duda, da pistas para reflexionar más profundamente sobre un tema crucial de ayer y de hoy: la libertad.

JOSÉ GONZÁLEZ LUIS

RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco, *Historia de la Lengua Griega. De los orígenes a nuestros días*. Gredos, Manuales, Madrid, 1999, 319 págs.

En el Prólogo el autor, el Académico Dr. D. Francisco Rodríguez Adrados, justifica la presentación de este estudio de una *Historia de la Lengua Griega*, porque el griego y el chino son las dos únicas lenguas que siguen vivas aún: «El griego no sólo sigue vivo, hoy, en Grecia, sino que tiene una segunda vida: su alfabeto, su léxico, su sintaxis, sus géneros literarios están presentes en todas las lenguas» (p. 9), después de tres mil quinientos años de existencia conocida.

La obra de Adrados sigue la tradición emprendida por Antoine Meillet, *Aperçu d'une histoire de la langue grecque...* (1913¹, 1975²), O. Hoffmann-A. Debrunner-A. Scherer, *Historia de la lengua griega* (versión española de A. Moralejo Laso, 1973), Rolf Hiersche, *Grundzüge der griechischen Sprachgeschichte...* (1970), Leonard R. Palmer, *The Greek Language* (1980) y G. Horrocks, *Greek. A History of the Language and its Speakers* (1997), si bien hay diferencias sustanciales respecto a la perspectiva ofrecida por Hiersche y Palmer. La *Historia de la lengua griega. De los orígenes a nuestros días*, representa un avance considerable respecto a las historias anteriores, además de ser la primera obra de un profesor español que en esta parcela se publica.

Es un avance, por ejemplo, en su constante referencia a los datos que del micénico se han ido conociendo y del que destaca varias conclusiones: a) «El micénico es el dialecto griego de Creta, que luego fue llevado al Continente como lengua administrativa, ni más ni menos que la escritura; sin duda, los primeros copistas de allí procedían» (p. 52). O más adelante, tras analizar las características que el conocimiento actual ha permitido establecer, concluye: «Era, pues, el micénico un dialecto extremadamente conservador, sin apenas innovaciones propias... El micénico, forma burocrática del dialecto de Creta de fecha anterior a las tablillas del Continente, mantuvo un arcaísmo que sin duda ya no se daba en éste en la lengua hablada. Ésta tendría variantes [los llamados por el autor dialectos paramicénicos y comentados en pp. 61-62], que presagiaban los futuros dialectos del primer milenio. Una lengua oficial, arcaica, de origen lejano y añeja antigüedad, conviviría con los dialectos hablados....» Conclusión que le permite comparar la situación del micénico en la

segunda mitad del segundo milenio con la que tuvo el latín en la Edad Media con las lenguas romances (p. 55).

En cuanto a la lengua épica y lengua homérica, Adrados resume las teorías vigentes (pp. 55-57). De la primera cita las tres fases conocidas (aquea, eolia y jonia) y critica que en las teorías anteriores no se hable de los arcaísmos, dorisismos y formas artificiales. Adrados entiende que la lengua homérica se formó de otra manera (p. 59), a partir de una lengua épica previa a la diferenciación dialectal, cuando se conservaban aún las labiovelares, no se contraían las vocales y subsistían diversos arcaísmos y dobles; había muchos rasgos del griego oriental no micénico y otros de los grupos jónico-ático y arcadio-chipriota. Su ubicación debió estar en Creta, desde donde se extendería a Asia y a la Grecia Continental.

Respecto a la formación y desarrollo de los dialectos del primer milenio antes de Cristo (eolio [tesalio y beocio], ático y jónico-ático, arcadio-chipriota y dorio), en la forma narrativa que ha adoptado el autor ofrece una explicación teórica distinta de la que sostenían Kretschmer y Tovar, en el sentido de que dichos dialectos se formaron a partir del año 1200 a. C., después de la catástrofe que representa el hundimiento de los reinos micénicos. Sería desde el siglo IX (p. 64) cuando esos dialectos, ya consolidados, se propagaron en coincidencia con los fenómenos de la introducción del alfabeto y la colonización griega del Mediterráneo.

Dato de especial relieve es el comentado en p. 65, cuando se indica que la batalla de Alalia en el año 535 a. C., cuando etruscos y cartagineses vencieron a los griegos focenses, supuso el cierre del paso de los griegos hacia el Mediterráneo Occidental, lo que tuvo una gran repercusión en la historia, literatura y mito griegos. El resto de este capítulo quinto repasa en detalle los rasgos de los dialectos del grupo Griego Oriental (jónico-ático, arcadio-chipriota, eolio) y Griego Occidental (dorio y griego del noroeste [focio y eleo]), las isoglosas unificadoras y las diferencias secundarias.

En los capítulos sexto a octavo se da una explicación de las lenguas literarias como lenguas generales (cap. VI) y particulares (cap. VII). Adrados llama lenguas literarias generales a aquellas que eran entendidas por todos los griegos en todas partes en los ambientes cultos; así, la épica homérica y posthomérica (pp. 89-99), la elegía y el epigrama (inscripciones en hexámetros y dísticos elegíacos, pp. 99-103), la lírica coral (pp. 103-112). Las particulares son el lesbio (lírica monódica), beocio (Corina) y siracusano (Epicarmo, Sofrón, Teócrito, prosa de Arquímedes, Pitagóricos, algunos sofistas, pp. 113-119); su valor consistiría en elevar al nivel literario unos dialectos locales nacidos para poblaciones muy concretas.

El capítulo VIII se ha dedicado al estudio del jónico y del ático, porque el autor considera que es el jonio del yambo la tercera lengua literaria general sobre una base dialectal. Sin embargo, hay algo en la redacción que no queda

suficientemente claro para el lector. La confusión se refiere a la clasificación de las lenguas literarias generales, cuando se afirma (p. 120) que «Este es el dialecto jonio, en términos generales, sólo que recibía un carácter literario con ayuda de epicismos no demasiado alejados de la lengua conversacional», afirmación que parece contradecir lo dicho en el capítulo sexto, cuando ha hablado de una tercera lengua literaria general, definida en este capítulo sexto como la lengua de la lírica coral. En uno y otro capítulos (VI y VIII) se está aludiendo, por una parte, a la lírica coral de Alcmán, Estesicoro y Píndaro, a la lírica popular y dramática (p. 103), que se caracteriza por su «dorio genérico», sus mínimos elementos continentales difíciles de definir, su falta de jonismos y sus elementos homéricos y lesbios. «En cambio, no se ha conservado lírica coral jonia ni eolia... Es posible que haya existido, en jonio cantaría Arquíloco sus dítirambos...» (p. 105). Por otra parte, en el capítulo VIII se afirma que «la tercera lengua general de los griegos, lengua literaria sobre base dialectal, es el jonio del yambo (p. 120). Se alude aquí al jonio de Arquíloco, Semónides, Hiponacte, Solón, la comedia ática (Susarión, siglo VI), ciertos cultos populares de Dioniso y Deméter, a la prosa jonia de contenido filosófico, histórico y médico (escritos hipocráticos más antiguos), así como al dialecto ático oral y escrito en prosa (presocráticos, Tucídides...). El lector tiene la impresión de que el rango de tercera lengua literaria general se atribuye a dos dialectos: por un lado, al dorio de la lírica coral en el capítulo sexto, por otro lado, al jonio y ático de la poesía yámbica y de la prosa jónica y ática en el capítulo octavo.

Quisiéramos apuntar una errata que impide la comprensión de lo que el autor quiere decir en el segundo párrafo de la página 105. Dice «Sobre ella hablaré en párrafos 162 ss.» El pasaje se encuentra en el párrafo 164, por lo que el «hablaré» no tendría sentido. Entendemos que el autor sí hablará más adelante de la «monodia lesbia», como parece lógico por el contexto, y no a la lírica coral de la que ya se está hablando. Es por esto que interpretamos que la referencia de párrafos se refiere a 176-179 (pp. 114-116), en los que se habla de la poesía de Alceo y Safo, de sus orígenes e influencias.

Al margen de estos dos puntos algo confusos en la redacción, la explicación del profesor Adrados es clara en cuanto se refiere a los dialectos jonio y ático en poesía y prosa, de forma que se comprende bien la conclusión propuesta (p. 157) de que el jónico-ático creara una prosa capaz de expresar «... todas las relaciones del pensamiento», y más aún, cuando dice que «se trata de una lengua abierta y flexible, capaz de aumentar o modificar su léxico y su sintaxis al servicio de todo el universo intelectual y científico.»

Hasta aquí la primera parte del libro. La segunda está dedicada a la *koiné*, su formación y relación con otras lenguas, al griego bizantino, a la influencia del griego en las lenguas europeas y al griego moderno. Son cuatro capítulos de especial importancia en los momentos actuales, cuando tanto interés se está poniendo en una Unión Europea que trata de integrar a sus pueblos y lenguas,

y donde la lengua griega constituye un pilar cultural esencial. El autor se ha esforzado en subrayar la actualidad del griego y su evolución histórica, así como la del latín, las influencias recíprocas de griego y latín y las influencias del griego en las lenguas europeas actuales. Destaquemos, entre otros, los apartados de los helenismos incorporados al latín hasta el siglo XII, o a las lenguas romances en la Alta Edad Media, o los latinismos incorporados al griego bizantino, etc. (pp. 224-249...).

En resumen, el profesor Rodríguez Adrados presenta en un estilo narrativo muy personal una secuencia de la lengua griega a lo largo de tres milenios y medio, con las conclusiones de numerosos estudios realizados durante su dilatada actividad académica. En este libro tienen cabida los orígenes, clasificación, desarrollo, diferenciaciones, agrupaciones, evoluciones e influencias recibidas y aportadas. El estilo narrativo elegido facilita la lectura a modo de una información sucesiva, cronológica, agrupando las citas de ejemplos y las referencias bibliográficas unas veces en el cuerpo del texto, abreviadas y entre paréntesis, otras veces, en párrafos separados y diferenciados gráficamente con un tamaño menor de letra, de forma que la idea principal de lo que va exponiendo quede claramente destacada. La estructura del libro se ha presentado siguiendo la que ya se hiciera en el manual de Hoffmann-Debrunner-Scherer: dos partes (del indoeuropeo al jónico-ático, y griego postclásico y *koiné*; completan abreviaturas, bibliografía e índices). Meillet había dividido en dos la primera parte (prehistoria del griego y lenguas literarias). La obras de Hiersche y Palmer se estructuran de manera diferente e incorporan otros contenidos y perspectivas.

Hay, pues, en este manual de Adrados no sólo una puesta al día en las teorías referentes al origen y evolución de la lengua griega desde el indoeuropeo, sino numerosas aportaciones personales en su interpretación de lo ocurrido en esa larga existencia del griego. Algunas de esas aportaciones ya habían sido adelantadas en estudios anteriores; ahora se ofrecen juntas y ampliadas, además de completadas con una bibliografía de veintisiete páginas. Con este libro podremos comprender mejor la lengua de Homero, Píndaro, Platón y Polibio, encontraremos una síntesis de los estudios sobre el micénico, otros dialectos griegos, lenguas literarias y fases de dispersión y concentración de la lengua griega. Pero el libro no es información sólo; numerosas reflexiones, dudas y sugerencias aparecen dispersas a lo largo de este estudio, de tal manera que la historia de la lengua griega queda por una parte interpretada y, por otra, como una cuestión abierta a futuras interpretaciones y reelaboraciones en función del mejor conocimiento que de los hechos se pueda ir adquiriendo. Es, por tanto, un libro de gran utilidad como manual universitario, de investigación, consulta y reflexión.

RODRÍGUEZ ADRADOS, F. Y DE CUENCA, L. A., *Eurípides. Tragedias, III. Medea. Hipólito*. Texto y traducción. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1995, XXXVI y 147 pp.

El presente libro es el volumen tercero de la edición bilingüe de las tragedias de Eurípides publicadas en Alma Mater, Colección de Autores Griegos y Latinos (Vol. I, *Alceste. Andrómaca*, Texto revisado y traducido por A. Tovar, 1955; Vol. II, *Las Bacantes. Hécuba*, a cargo de A. Tovar y R. P. Binda, 1960).

En este volumen el prof. Francisco R. Adrados se ocupa de *Medea* y Luis Alberto de Cuenca lo hace de *Hipólito*. En cada parte el texto va precedido por una atinada introducción sobre los principales problemas de la obra y sobre su traducción y edición, y por una actualizada y bastante completa Bibliografía sobre la tragedia correspondiente.

La edición de ambas tragedias, acompañada de una muy lograda traducción española y de numerosas y acertadas notas a lo largo de toda la traducción, está provista de un excelente Aparato crítico selectivo, lo que —en nuestra opinión— convierte a esta edición quizá en la mejor de las que existen sobre estas tragedias en la actualidad no sólo en nuestro país sino en los demás países europeos de nuestro entorno.

Por lo demás, cabe destacar que, como es norma vigente en la colección Alma Mater, la edición de este volumen tercero es desde el punto de vista tipográfico bastante cuidada, lo que es sin duda de agradecer.

ÁNGEL MARTÍNEZ FERNÁNDEZ

SPIZA-PIMBLÍ, D., *Συμβόλαια Γάμων, Προικοσύμφωνα των Αριστοκρατικών Βιβλίων Γεννήσεων, Βαπτίσεων και Γάμων των Βενετών Ευγενών του Διαμερίσματος Χανίων 1519-1591*, Χανιά, Γραφοτεχνική Κρήτης, 2000, 176 pp.

En el presente trabajo Dimitra Spiza-Pimblí edita y estudia los cuarenta y dos contratos o pactos matrimoniales (*προικοσύμφωνα*) de nobles venecianos de la región de Janiá, que se conservan en el Archivo del Estado de Venecia (*Archivio di Stato di Venezia*) en dos libros de registro civil referentes a los nobles venecianos de Janiá de 1519 a 1640. No obstante, los acuerdos matrimoniales que aquí se editan se recogen en la primera *Busta* 4649 y se refieren al período comprendido entre los años 1515 y 1591. Por otra parte, en esta edición sólo se notifican las partidas de matrimonio que son acompañadas de estos pactos matrimoniales.

Conviene indicar que este libro es la continuación de la edición del estudio que Spiza-Pimblí realizó sobre los registros civiles de los naci-

mientos, bautismos y matrimonios de los nobles venecianos de Janiá entre los años 1519 y 1640 (*Τα Ληξιαρχικά Βιβλία Γεννήσεων Βαπτίσεων και Γάμων των Βενετών Ευγενών του Διαμερίσματος Χανίων 1519-1640*, Janiá 1998).

Los contratos matrimoniales editados en la obra que comentamos cubren un período de setenta y seis años y constituyen importantes testimonios para la historia de esta región de Creta Occidental, el modo con el que se concertaban los pactos matrimoniales, el valor de la dote que se otorgaba a las hijas de los nobles, venecianos y cretenses, las cuales se casaban con nobles venecianos, los nombres de los pueblos y de los lugares en los que se encontraban los feudos de los nobles, y los nombres de los notarios. De estos pactos se obtienen además útiles informaciones sobre las relaciones entre los nobles venecianos y los cretenses en general.

Parece oportuno señalar que la lengua de estos contratos es la italiana con algunos rasgos del dialecto veneciano y en algunos puntos la latina, que era la lengua de los documentos oficiales.

El pacto (*patto*), el acuerdo del matrimonio (*matrimonial accordo*) y de la dote que se concedía tenían lugar entre las partes contratantes de las dos familias, con la presencia del notario, de los testigos y, en algunas ocasiones, de herederos. Las partes contratantes eran usualmente los padres de la novia y del novio, el cual estaba presente.

En resumen, este libro supone una valiosa contribución para un mejor conocimiento de la historia de la dominación veneciana en Creta, especialmente en la importante región de Janiá.

ÁNGEL MARTÍNEZ FERNÁNDEZ

STAMPOLIDIS, N. CHR., *Ελεύθερα. Αντίποινα. Reprisal. Contribution to the study of customs of the geometric-archaic period*, Rethymno, Publications of the University of Crete, 1996, 253 pp.

El lugar en el que se encontraba la antigua ciudad cretense de Eleuterna ha sido objeto desde 1988 de un ambicioso programa de excavaciones sistemáticas por parte de prestigiosos arqueólogos de la Universidad de Creta. Para una mejor organización de los trabajos, el lugar se dividió desde un principio en tres sectores, el Sector oriental (I) cuyo responsable es Petros G. Cémelis, el Sector central (II) que corre a cargo de A. Calpaxís, y el Sector occidental (III) del que es responsable N. Stampolidis.

En el libro que comentamos el profesor N. Stampolidis estudia una pira funeraria de época geométrica tardía en la que se realiza un sacrificio humano, la cual fue descubierta durante dos sucesivos períodos de excavaciones en

1990 y 1991 en el área LL de la necrópolis de Orthi Petra en el sector occidental de la antigua Eleuterna.

Las relaciones de esta pira funeraria con los textos literarios contemporáneos y específicamente con las costumbres funerarias descritas en la *Iliada* de Homero la convierten —como señala el autor (p. 15)— en un hallazgo importante para el estudio de la historia de las costumbres de la época.

La estructura del libro es la siguiente. Precede un Prólogo (pp. 15-18) y una Introducción (pp. 19-22), a lo que siguen tres partes: A. *El área y los hallazgos* (pp. 25-91), donde se trata de 1. Las excavaciones (pp. 25-43), 2. Los hallazgos (pp. 44-69), 3. El estudio antropológico (pp. 70-77), y 4. Datación e interpretación de la evidencia arqueológica (pp. 78-91); B. *De las piras funerarias de Eleuterna y los poemas homéricos* (pp. 93-148), donde se analizan 1. Los problemas. Visión general (pp. 93-106), 2. El dominio privado (pp. 106-120), y 3. El dominio público. Pira A en Eleuterna y Homero (pp. 120-148); y C. *Pira funeraria de Eleuterna y su época. Una visión general* (pp. 149-200), donde se estudian 1. El segundo muerto de la pira A. Mujer o adolescente (pp. 149-156), 2. El muerto principal de la pira A. Su posición social. Causas de su muerte (pp. 156-163), y 3. El muerto degollado (pp. 164-184), ¿Sacrificio? (p. 164), ¿Ofrenda? ¿Un esclavo que acompaña a su amo al Hades? (pp. 165-171), ¿Ejecución? (pp. 172-173), ¿Venganza? Los testimonios (pp. 173-197), El marco institucional de la época arcaica temprana. La ley de Dracón (pp. 179-184), Hacia una solución (pp. 184-185), ¿Costumbre o práctica? (pp. 185-189), y Sobre el alma (pp. 190-200).

La obra termina con una «Conclusión» (pp. 201-203), un «Apéndice. Una carta al excavador» (pp. 204-207), una abundante Bibliografía (pp. 208-233), los Índices de nombres y materias (pp. 234-245), de los pasajes citados (pp. 246-247), y de las Ilustraciones (pp. 248-251), y con unas Láminas (pp. 252-253).

En el capítulo de las Conclusiones Stampolidis (p. 201) considera probable —con razón a nuestro entender— que el acto ritual objeto del presente estudio tiene que ver con la ley y las costumbres de la guerra o las hostilidades que tienen lugar en Creta en el período geométrico tardío. La teoría de que el muerto que aparece degollado en el borde de la pira del guerrero de Eleuterna era un enemigo responsable de la muerte de éste, ya fuera él mismo o sus camaradas o compatriotas, parece plausible. Como causa de la muerte del guerrero de Eleuterna se puede aceptar cualquier tipo de hostilidad ya a nivel personal o de la ciudad. Las hostilidades pueden deberse —añade el autor— a causas diferentes, como, por ejemplo, disputas por los límites fronterizos de la ciudad o los pastos —sobre todo en un territorio disputado o en una tierra de nadie—, el robo de animales u otras diferencias.

En resumen, nos encontramos ante una obra, seria y rigurosa, que presenta, con una acertada interpretación de los hechos, algunos de los más recientes hallazgos del sector occidental de la antigua ciudad cretense de Eleuterna, y que supone una excelente contribución para un mejor conocimiento de esta

importante ciudad en particular y de las costumbres griegas de época geométrica-arcaica en general. Cabe destacar además la cuidada edición del libro con una gran cantidad de ilustraciones, tanto en blanco y negro como en color, a lo largo de toda la obra. Felicitamos por todo ello al autor por su perfecto trabajo.

ÁNGEL MARTÍNEZ FERNÁNDEZ